

LA HABANA, Enero, 7 de 1940.

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
América.



La dinastía que gobierna 500 MILLONES de almas



Coronación de Jorge IV.

Jorge VI y Elisabeth (izquierda). Una fiesta de gala del medioevo inglés, en la Corte.

HASTA dónde es fuerte la Gran Bretaña?, preguntaba en el título de un libro reciente el ferviente nazi Conde C. E. Puckler, y trataba de contestar la pregunta con una serie de observaciones objetivas que le permitían ver claro la disyuntiva inglesa. No es la amenaza militar la que puede destruir el poderío del imperio, según este crítico, sino el deterioro de la posición económica que hasta ahora ha ocupado en el mundo. El día que Inglaterra no esté en condiciones de mantener sus comunicaciones para proveerse de las materias primas de ultramar, ese será el último día del su poderío.

LA NACION MAS GRANDE DEL MUNDO

En otro libro de reciente publicación la periodista norteamericana Helen P. Kirpatrick utiliza un título más irónico, «Bajo el Paraguas Británico». A su leal saber y entender, la nación de que nos habla ha padecido un régimen de «incompetentes» durante largo tiempo; Ramsay Mac Donald, Stanley Baldwin, Anthony Eden, Chamberlain, Lord Lowthian. De paso menciona a las dos mujeres más difíciles del mundo: la señora Simpson y Lady Astor.

Pero ni estos hombres de estado ni estas damas del «drawing room» representan el poderío inglés. No son los Tories ni los Liberales ni los Conservadores los que determinan la grandeza del primer país del mundo, sino los intereses vastos que abarca su economía. Sobre 32 millones de kilómetros cuadrados de territorio se extiende hoy esa comunidad de intereses, y en su radio de acción cobija a 500 millones de almas.

Lo que Alemania ha desafiado con sus aviones y sus acorazados de bolsillo es a una confederación de dominios que juntos poseen el 72 por ciento de la producción del oro de la tierra, el 42 por ciento del estaño, el 85 por ciento del níquel, el 28 por ciento del trigo, el 50 por ciento del azúcar de caña, el 60 por ciento del cacao, el 70 por ciento de la lana, el 68 por ciento del caucho y el 33 por ciento del petróleo. Si a esto agregamos que es dueña Inglaterra de más ganado bovino y ovino que ninguna otra nación, y que posee el 26 por ciento del canje internacional y el 27 de los buques mercantes, tendremos una explicación del embotellamiento del «Graf Spee» en Montevideo.

EL GRAFF SPEE FRENTE AL IMPERIO

Para la Gran Bretaña, este acorazado encerrado en un puerto neutral y hundido después es el símbolo de la impotencia del Reich y la prueba de la hegemonía de la armada que es su primera línea de defensa. Al «Exeter», buque insignia del escuadrón latinoamericano de la flota de Jorge VI, le correspondió la misión de reducir la audacia alemana.

Por rara coincidencia histórica, al frente del Almirantazgo encargado de demostrar la fuerza del imperio, está el ciudadano Winston Churchill, descendiente en línea directa de John Churchill Duque de Marlborough, uno de los iniciadores de la expansión internacional del reino de los normandos.

Marlborough venció a los franceses en Blenheim, en Ramillies, en Malplaquet y en Oudenarde. A principios del siglo 18 era fácilmente el personaje más notable de Europa, como lo es actualmente



El Imperio inglés no es la obra de un día, ni producto del esfuerzo de una generación. Nación an-

ta ilustre biznieto. En aquella época era Francia en vez de Alemania la que desafiaba a Inglaterra en el continente. Marlborough organizó la primera coalición victoriosa capaz de nivelar en el campo de batalla la preponderancia indiscutible de Francia.

Contra esta nación, hoy su mejor aliada, hizo Inglaterra intensas guerras desde 600 años antes de existir como estados Italia o Alemania. Un duque normando, Guillermo el Conquistador, miró hacia el Oriente europeo siglos antes de que Hitler tendiera su vista sobre los Balcanes. Por considerar ese su porvenir político, y por ser el primer conglomerado medioeval unido bajo un solo soberano, el pueblo inglés era el enemigo natural de Francia en los siglos 11, 12, 13 y 14, y durante la Guerra de los Cien Años en que Inglaterra abatió a su rival en Crecy y Poitiers, y más tarde en Agincourt.

DESDE ENRIQUE VII HASTA JORGE I

El galés Enrique VII dictó desde el trono británico el dogma de que en adelante los franceses continuarían siendo nada más que franceses, como dicta hoy Jorge VI el decreto de que los alemanes sólo podrán seguir siendo alemanes en Europa. Desde que aquel monarca se arregló con Florencia para entrar en el Mediterráneo a competir con los venecianos, comenzó la política del equilibrio europeo a depender del poderío naval inglés que con el correr de los años hubo de someter a España, Francia, Holanda y Alemania.

La evolución imperial de Inglaterra es una historia de almirantes: Frobisher, Hawkins, Drake, Raleigh. El único país inconquistable para estos hábiles marinos fué la Escocia, y acabaron por absorberla colocando en el trono a James Stuart. Mientras este soberano escocés agotaba el estado los marinos británicos partían para América a luchar contra los indios.

La política nacional tenía los más pintorescos vaivenes, pero el imperio crecía. Cromwell y los puritanos decapitaban a Carlos I y el protestante Guillermo de Orange expulsó a los Stuarts. El imperio en formación había probado reyes holandeses, angevinos, galeses y escoceses. Había que ensayar con los alemanes. Jorge I, sin saber inglés y sin tener mucha cabeza, fué el germano que originó con su vigorosa dinastía todavía reinante el moderno poderío de la Gran Bretaña.

LA CONQUISTA DE LA TIERRA POR LOS MARES

A cada victoria de la armada inglesa ha seguido, desde tiempo inmemorial, un aumento de territorio. Gibraltar, Menorca, Nueva Escocia, la Bahía de Hudson, Terranova. Canadá entró en Inglaterra por la derrota inflingida a los franceses por el general James Wolfe en los llanos de Abraham, cerca de Quebec, en 1759. India fué incorporada por el valeroso Robert Clive. Malta, Helgoland, el Cabo de Buena Esperanza. Un caballero inglés de la Malaya, Raffles, le regaló a los reyes la joya de Singapur. Los reyes se tomaron por su cuenta a Hong Kong y a otros cinco puertos del Asia.

No era posible que el país que había triunfado con Nelson en Trafalgar y con Wellington en Waterloo se detuviera. Le faltaban Africa y el Cercano Oriente. Al obtener el bloque de acciones del

tañona que realizó la primera de las revoluciones fundamentales de la historia—la industrial—, desde la Edad Media, con un tesón renovado por los monarcas—a despecho de las vicisitudes y los cambios tumultuosos de las dinastías—y los grandes hombres que brotaron del mismo cogollo de Britania, ofrece al mundo el ejemplo de la pujanza de una raza que hizo del patriotismo un dogma. Figuras especialmente vigorosas (la Reina Victoria en el centro, que conquistó Egipto y el Sudán) consolidaron el poderío británico, a partir de la reina Isabel (abajo). Arriba destacamos una silueta británica característica de la época anterior a la consolidación del reino.

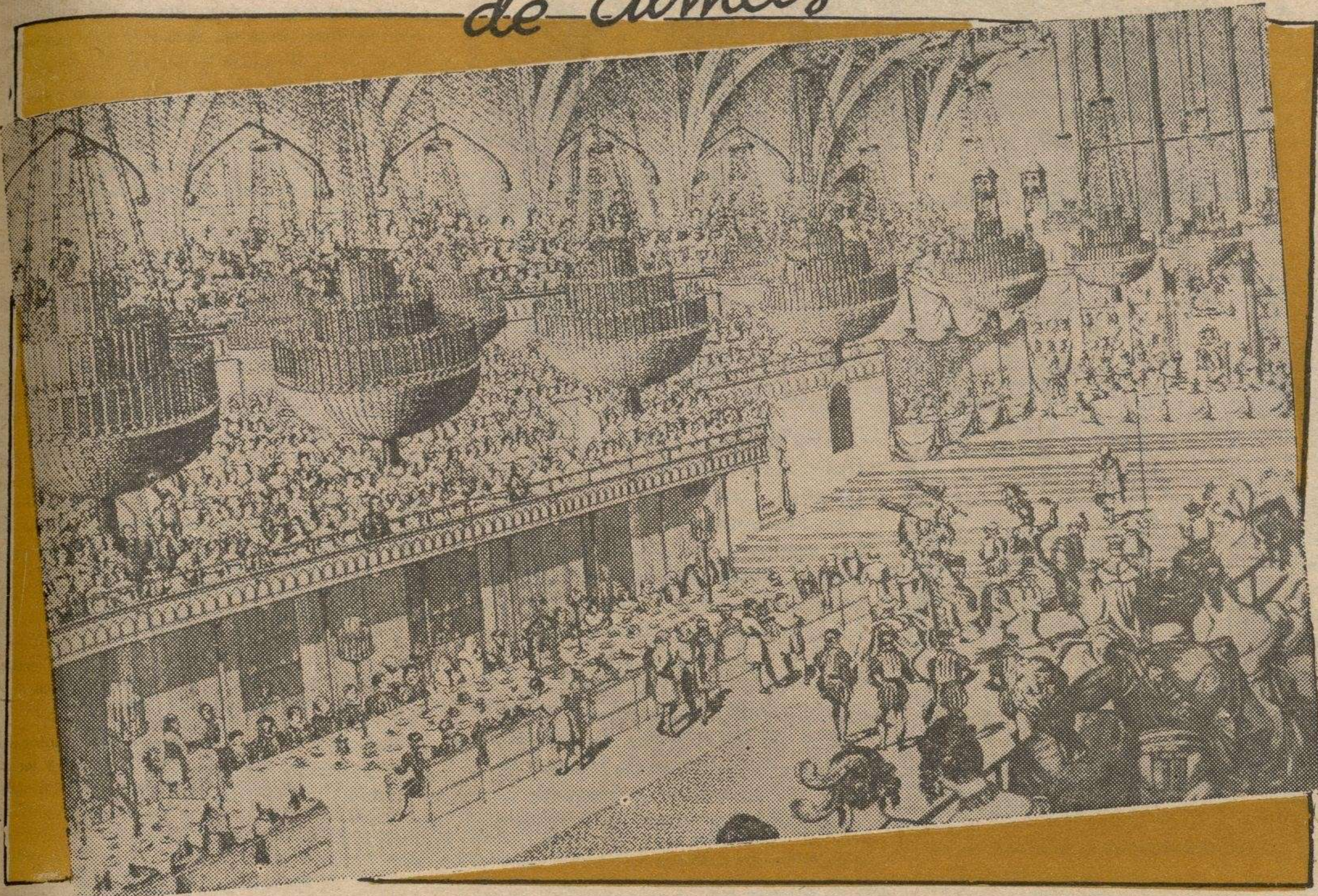
Canal de Suez, Disraeli coronó a la reina Victoria Emperatriz de India y decidió que necesitaba a Chipre y al Egipto. De ahí la resonancia del Congreso de Viena y de la batalla de Tell-el-Kebir en 1882.

Los holandeses, enterados de que en el Transvaal había oro, hicieron resistencia al avance inglés en el Africa del Sud. Otro insigne estadista, Joseph Chamberlain, padre del actual Premier inglés, pre-

La dinastía que gobierna 500 MILLONES de almas

rra ha plantado la ley, la democracia y el derecho. No es la moderna nación británica el núcleo original de Guillermo el Conquistador. Ha sufrido una revolución fundamental a través de las ciencias y la cultura. Ha tomado, según alegan los edecanes del liberalismo, el cetro de la civilización en sus manos para redimir los pecados del pasado.

«Nunca desde los tiempos heroicos de Grecia— escribe el formidable pensador español Jorge San-



El banquete real después de la coronación de Jorge IV, en el Westminster Hall, de Londres.

cipitó la guerra de los Boers gracias al «incidente croico» de Mafeking. Winston Churchill, Primer Lord del Almirantazgo ahora, cayó prisionero de los rebeldes, a cuyo lado peleaba el famoso General Smuts.

MAPA COMPLETO DE UN IMPERIO

Smuts es hoy uno de los más influyentes consejeros del imperio. Como Premier de la Unión de Sud Africa, gobierna uno de los estados soberanos de la Comunidad Británica creada en 1931 por el estatuto de Westminster, junto con Canadá, Australia, Nueva Zelandia e India. En estos puntales descansa la fuerza de la nación más poderosa del mundo, cuatro veces más extensa que Estados Unidos y tres veces mayor que Rusia.

Maderas y trigo del Canadá; oro y diamantes del Africa; lana de las Australias y caucho de Malaya. Eso es el imperio, que vende el 40 por ciento de sus exportaciones en los dominios y les compra a ellos el 30 por ciento de lo que venden; la lealtad de la Reina Tonga y del cacique de Busutolandia. En la Guerra Mundial de 1914, 800.000 comba-

tientes indios y 400.000 colaboradores sirvieron a la Corona en Africa y el Cercano Oriente. Canadá mandó 400.000 hombres y 400.000 anzacas de Australia y Nueva Zelandia pelearon en Gallipoli, en el Levante y en Francia. Con 200.000 africanos el imperio limpió de alemanes las colonias del continente negro.

«EL AMO MAS DULCE Y JUSTO DE LA HISTORIA»

Hoy día Canadá, Australia, Nueva Zelandia y Africa del Sur pueden poner a disposición de Jorge VI un ejército de 6.500.000 hombres, innecesarios para mantener el orden en el Mediterráneo en Africa o en Norteamérica. Los dominios, por tanto, sólo necesitan proveer armas, municiones y alimentos a Londres, y mantener ininterrumpido el tráfico comercial de 6.000 millones de dólares que navegan anualmente por las rutas vitales del imperio.

Tres amenazas se ciernen sobre este gran estado y quieren exterminarlo: Alemania, Japón y Rusia. Dondequiera que ha llevado su autoridad, Inglate-

rayana—tuvo el mundo un amo tan dulce, justo y jovial. Será un día negro para la raza humana el día que Inglaterra sea reemplazada por los pelagatos de la ciencia, los conspiradores, los palurdos y los fanáticos».

PENSAMIENTOS

Hay casos en que es una suerte que la mujer no crea a su marido. Cuando éste sueña en voz alta.

o o o

Cuando al hombre se le agota la paciencia, lo que debe hacer es callarse para abreviar la discusión con su mujer. No respondemos del resultado.

o o o

En todas partes la mayoría manda, es cierto; siempre que la minoría no esté compuesta de mujeres.

o o o

El matrimonio es la preocupación de la mujer antes de la boda. En el hombre sucede todo lo contrario.

o o o

No creas a la muchacha que aparenta considerarte más inteligente que ella. Eso lo hacen todas durante el noviazgo.

¿Juega usted a la LOTERIA?

Vuestra suerte y los astros



Las guerras amenazan y estallan; los odios, las catástrofes se ciernen sobre la humanidad. Todo es sombrío en Europa. Sólo las mujeres, en el medio de este caos, protegen, con sus manos temblorosas, la llama de ese ideal que se denomina Amor.

Esta comprobación ha inspirado al célebre astrólogo C. KERNEIZ, una página sentimental sobre la SUERTE, la FELICIDAD y la marcha de los astros.

LA suerte! He aquí una palabra mágica. ¿No es así, queridas lectoras? En tenerla o no tenerla consiste todo. Es la primera y tal vez la única condición de la dicha...

Tal es por lo menos, estoy seguro, la opinión de la mayoría de vosotras. Temo, no obstante, que os forjéis demasiadas ilusiones acerca de lo que pueda esperarse de la volandera diosa de los ojos vendados. Su prestigio consiste, sobre todo, en que se la conoce mal o, mejor aún, de que no se la conoce: cuando se está bien informado respecto a ella se la mira, podéis creerme, con más desconfianza que simpatía.

En primer lugar, es falso juzgar a la suerte como un efecto del azar; en la naturaleza no existe el azar, pues todo es efecto de una causa. Lo que ocurre es que cuando ignoramos la causa de un acontecimiento lo atribuimos al azar. Sin embargo, esta causa existe. No digamos entonces que la suerte es una felicidad que llega sin causa, sin razón. Hay siempre una explotación lógica, racional, de los favores de la fortuna, aunque esta explicación se nos escape.

LA SUERTE ABSOLUTA NO EXISTE

También hay grados de suerte. La suerte pura, la suerte absoluta se manifiesta cuando los sucesos dichosos se producen independientemente de nuestro valer, de nuestros méritos personales y sin que hayamos realizado esfuerzo alguno para provocarlos. Como ejemplos típicos están los grandes premios de la lotería y las herencias inesperadas.

Astrológicamente, esta suerte absoluta corresponde a una concordancia momentánea, pero potente, entre dos espectos planetarios y dos radia-

ciones astrales personales, concordancia muy localizada en ciertas regiones del mapa celeste y que ninguna disonancia compromete. Tales conciertos son extremadamente raros y su probabilidad es apenas igual a la de las combinaciones malélicas que marcan los accidentes graves. Para presentar las cosas en forma concreta, se tienen tantas probabilidades de beneficiar de estas ventajas como un peatón de hacerse atropellar por un auto. Esto indica cuán vano es contar con la suerte absoluta y hasta cuán peligroso el hacerla entrar en nuestros planes y proyectos del porvenir. Se pierde entonces el sentido de la realidad, se sueña en lugar de obrar, se dejan pasar las ocasiones reales del éxito y se culpa, injustamente, al destino de los sinsabores resultantes.

Neptuno es el planeta cuyos aspectos benéficos determinan con mayor frecuencia (y cuando digo frecuencia es un modo de hablar) los casos de suerte absoluta. Pero también es el planeta cuya influencia es responsable (por las vanas ilusiones y la inacción que inspira) del crecido número de existencias malbaratadas.

Dejada a un lado la suerte absoluta, queda la suerte relativa. Es a la que queremos referirnos cuando decimos de un hombre que acierta fácilmente en sus empresas, que tiene suerte. Queremos expresar entonces que el éxito que obtiene es sensiblemente mayor que el alcanzado con solas su influencia personal y el esfuerzo desplegado.

EL EXITO, RECOMPENSA DEL TRABAJO

Esta apreciación de la suerte relativa no es, frecuentísimamente, sino una cuestión de punto de vista. Por desgracia,—la naturaleza humana lo ha hecho así,—nos inclinamos a exagerar nuestros propios méritos y a disminuir los ajenos; por consiguiente vemos la intervención de la suerte donde en realidad no la hay. Los hombres que

llegan a la cúspide de la escala social, en cualquier ramo de actividad que sea, no son nunca imbeciles o perezosos. De manera general, la cantidad de trabajo que producen excede, considerablemente la de los envidiosos que se complacen en desechar su éxito atribuyéndolo a la casualidad.

Y conste que en modo alguno quiero negar la existencia de la suerte relativa que desempeña un papel, y hasta un gran papel, en las cosas del mundo. Subrayo únicamente que su dominio es mucho; pero mucho más restringido de lo que generalmente se cree.

La suerte relativa, vuelta así a su verdadero valor, depende, como la suerte absoluta, de una concordancia entre las radiaciones astrales y las radiaciones personales, resultantes éstas, como sabéis, de la configuración de los planetas en el momento del nacimiento.

Para que sea sensible tal concordancia exige, en el cielo de la natividad, la presencia de configuraciones numerosas y poderosas a la vez. De lo contrario no se puede prever más que un destino liso y llano, sin acontecimientos, y que nadie pensaría en calificar de afortunado o desdichado.

Existiendo un gran número de configuraciones, las hay forzosamente malélicas y, en consecuencia, la suerte se encuentra limitada a ciertos dominios de la actividad. En el tiempo la limitan los periodos en que los grandes planetas, en su marcha a través del Zodiaco, armonizan con la significación del cielo del nacimiento. Esto significa que la suerte es siempre parcial y temporal. Conocéis el refrán: Afortunado en el juego, desgraciado en amores. Es la expresión de una verdad mucho más general, a saber que no se podría ser dichoso en todo. Aún en el fruto más hermoso hay siempre un gusano que el destino nos ofrece. Basándome en mi experiencia astrológica, he notado que la suerte nos es denegada generalmente en el dominio que tiene para nosotros más importancia, en aquel en que más la deseáramos.

Hay hombres que adquieren, como por juego, una riqueza considerable. «¡Qué suerte tienen!» exclamamos. Sí; pero uno tiene empozoñada su vida por una ambición política insatisfecha; el otro por un amor desgraciado; un tercero porque ha perdido un hijo o una hija querida que ya entraba en la adolescencia.

¿Es de envidiar la suerte de ese general italiano que se cubrió de gloria en una expedición lejana; pero cuya esposa e hijos fueron asesinados por los insurrectos?

LA HORA DE LA SUERTE

Por último, la suerte relativa está circunscrita al tiempo, limitada como hemos dicho más arriba a los periodos en que las configuraciones celestes se armonizan con nuestro cielo de nacimiento. En relación a esto se puede distinguir la suerte temprana de la suerte tardía. La primera, es la que se manifiesta al comienzo de la vida en la juventud, y es generalmente un temible don del destino. ¿Hay algo más triste, más horrible, que una vejez miserable después de una juventud dichosa y brillante?

La suerte tardía, la que espera para manifestarse a la edad madura o a la vejez misma, es seguramente preferible; pero ¡qué de quejas!, ¡qué de recriminaciones trae!: «Ah! Si yo hubiese tenido esto antes!» Se está ya agotado, deshecho por las pruebas sufridas, por los esfuerzos realizados. Esto me recuerda las palabras de un literato al que felicitaban el día de su elección en la Academia: «¡Has llegado al fin!, le dijo uno de sus colegas. «Sí—respondió—, pero en qué estado!»

Dos vidas humanas nos dan asombrosos ejemplos de suerte temprana y de suerte tardía: Las de Napoleón y Clemenceau. Confesemos que en sus casos la suerte no ha intervenido sino de manera muy relativa, pues se trataba de personalidades de un valor excepcional, tanto desde el punto de la inteligencia como en el de la potencia de trabajo. Pero es innegable que, en ambos, el factor suerte ha existido. Después de haber conquistado Europa Napoleón muere prisionero en Santa Elena, torturado por un mal cruel, rodeado de enemigos, lejos de su hijo adorado.

Tras una ardiente vida de luchas, a veces

ENTRE todas las monedas que circulan en el mundo—más o menos depreciadas—el Dollar y la Libra Esterlina son las que con preferencia atraen las codicias de los ya enriquecidos o de los que suspiran por enriquecerse. Es decir, se consideran los símbolos monetarios más firmes... si es que actualmente hay algo firme sobre la tierra. Sin embargo, ha pocos años sufrieron la depreciación de un cuarenta por ciento poco más o menos. Primero fué la Libra Esterlina, hace unos dos siglos, la que limó sus contornos áureos para valer menos y competir con fortuna, en el mercado mundial, con el Dollar y con el Franco.

Pero la crisis clavó su garra en la economía de los Estados Unidos, y Roosevelt, amigo siempre de cortar por lo sano ante los peligros, decidió que el Dollar se equiparase a la Libra; y en espacio de cortos meses lo hizo bajar un cuarenta por ciento de su valor. Esto, si mal no recuerdo, ocurrió por 1933. Hubo el pánico correspondiente y muchos agiotistas aprovecharon el río revuelto para enriquecerse a la sombra de inteligentes operaciones de cambios.

El Dollar y la Libra volvieron a la paridad proporcional de valores. Las otras monedas de envergadura—el Franco, el Marco y la Lira—observaron el movimiento detrás de trincheras opuestas. Las dos últimas, el Marco y la Lira, dentro de la economía controlada que impera en Alemania e Italia, continuaron su extraña existencia que tantos dolores de cabeza ha causado a los economistas. El Franco, por su parte, moneda libre y adherida al patrón oro, se encontró en un estado de alarmista inferioridad en el mercado mundial. Las exportaciones francesas se limitaron considerablemente, en tanto que el ramo de las importaciones acrecía llevándose al extranjero las reservas de oro de Francia. Los expertos creyeron que el Gobierno francés tomaría medidas semejantes e inmediatas para nivelar el Franco con el Dollar y la Libra Esterlina. Pero los economistas franceses dejaron decursar varios años en una estéril y perjudicial batalla antes de llegar a la devaluación escalonada del Franco, rematada por el Acuerdo Tripartito de Londres, de carácter monetario, por el cual se obligan los Estados Unidos, Inglaterra y Francia a mantener sus monedas, por medio de fondos de estabilización sabiamente manejados, en armónico ritmo en el mercado mundial.

Ahora ha venido la guerra, y la Libra y el Franco han sufrido un pequeño descenso. Los azares del conflicto impiden hacer cálculos precisos sobre sus futuros de resistencia. Consecuentemente, el Dollar parecer ser hoy la más firme y poderosa de las monedas existentes.

Y del Dollar, o, mejor aún, de su historia quiero hablaros hoy, aunque para ello haya tenido, al correr semi-inconsciente de la maquineta, que hacer una ligerísima incursión por los áridos terrenos económicos, que tanto se alejan del espíritu que me ha animado siempre al teclear estas frívolas crónicas huérfanas de pretensiones académicas.

El popular signo del dólar (\$) lleva en sus orígenes la sombra poderosa de Hércules. Cuando nuestro mitológico amigo terminó aquellos doce robustos trabajos cuyo recuerdo ha llegado hasta

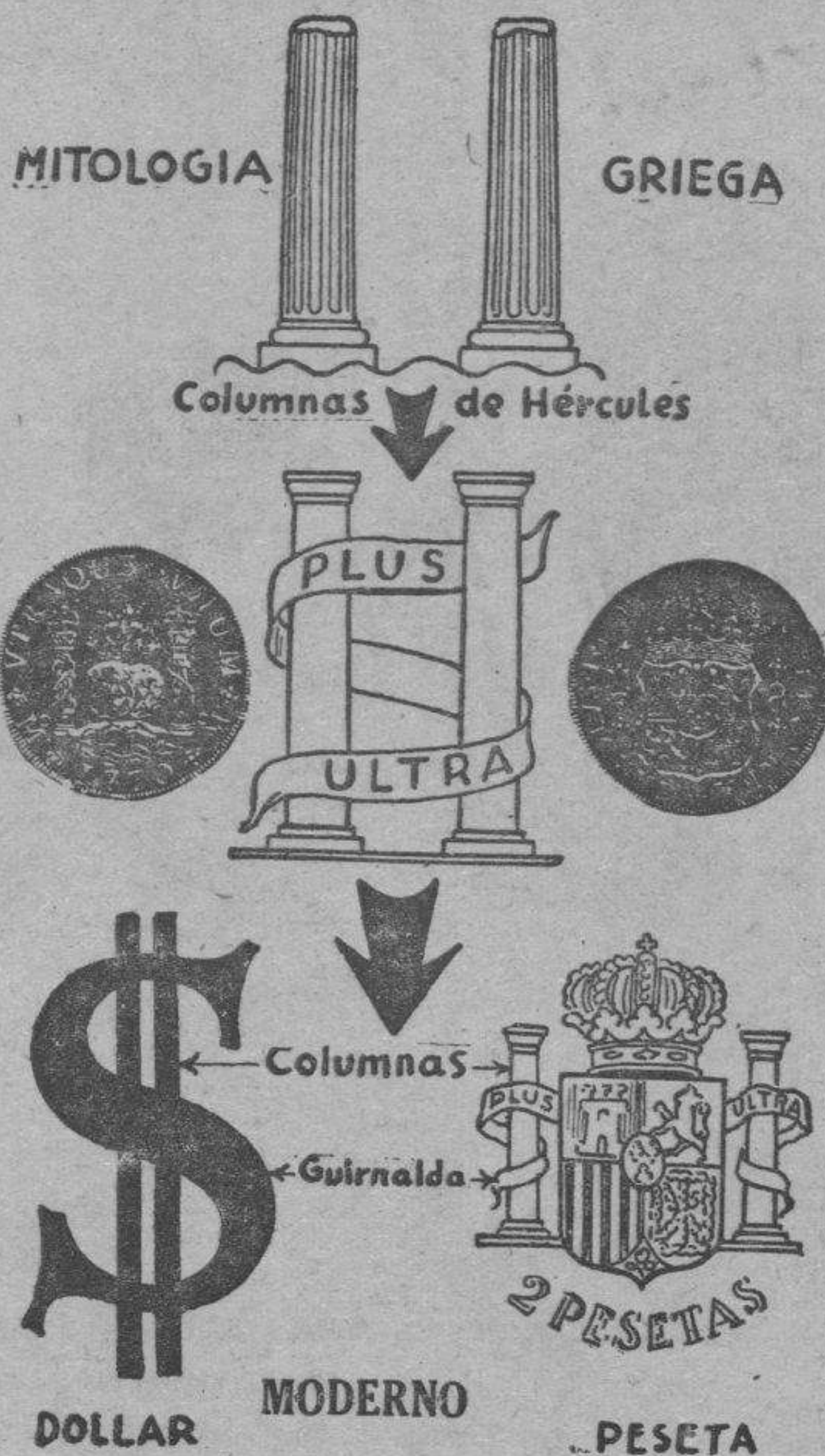
calumniado, debatiéndose entre dificultades económicas, Clemeceau, ya viejo, gana la guerra más grande de la historia. ¿Cuál de los dos, Napoleón o Clemenceau, ha sido más feliz?

Veis, queridas lectoras, que como os manifesté al principio de esta crónica, cuando la suerte se examina de cerca se la considera con cierta desconfianza, como un presente, más bien pligroso, que nos concede el cielo.

Guardémonos sobre todo de confundir la felicidad con la suerte. Lo primero es algo íntimo que no se conquista sino con el mérito y los esfuerzos personales. Se puede ser dichoso en todas las circunstancias. Si la suerte viene a sumarse también, será extraordinario, un lujo del cual se goza tanto más cuanto que se le concede menos importancia.

París, diciembre, 1939.

C. KERNEIZ



El Dollar Y LAS COLUMNAS DE HERCULES

Los peligrosos vaivenes de la Libra Esterlina, el Dólar y el Franco.—La Leyenda de las Columnas de Hércules —Su aplicación a las monedas españolas y más tarde al Dólar.—El origen alemán del símbolo fiduciario de Norte América.—Incidente en el Congreso de Washington.—El dominio del Dolar en el Mundo.

(POR RENATO VILLAVERDE)

nosotros, fatigado y satisfecho a su vez, plantó en los bordes del mundo—que en tal época terminaba allá por Gibraltar—dos hermosas columnas, paralelas y próximas, griegas de factura, que habrían de perpetuar su memoria al mismo tiempo que señalaban el límite de la tierra.

De aquellas mitológicas columnas sólo queda el recuerdo. La leyenda quedó tan vivida en el espíritu de las gentes, especialmente entre los hombres de España, que las columnas de Hércules fueron recogidas para grabarlas en las monedas de ocho reales, trenzando entre ellas una divisa alada que portaba la inscripción del famoso «plus ultra».

El símbolo, con ligeras variantes, siguió utilizándose en España para orlar las monedas. Así lo encontramos en las piezas de dos pesetas, en que las columnas sirven para encuadrar el escudo de la nación, siempre enguinaldadas, apareciendo el «plus» en la columna de la izquierda, mientras el «ultra» se fija en la divisa que flota en la columna de la derecha.

Los americanos aprovecharon el símbolo de las columnas de Hércules para representar su Dollar. Las columnas fueron estilizadas y sirvieron para atravesar, como dos líneas intrascendentes, la

S que con ellas lleva a nuestras mentes la idea de una riqueza cierta.

Las columnas de Hércules siguen, pues, siendo poderosas en el mundo.

El origen de la palabra «dollar» es germánico. Viene del «thaler» alemán, que a su vez ha servido también de base para el «daler» escandinavo y el «daelder» flamenco. ¿Pero cuál es el origen del «Thaler» alemán?

Sobre esto hay dudas, aunque los peritos en numismática llegan casi a un acuerdo general para situarlo en el siglo VI. En aquella época, haciendo uso de los pintorescos derechos que la Edad Media daba a los señores de horca y cuchillo, los Condes de Schlick usufructuaban los productos que extraían de la ciudad minera de «Joachimsthal», cuya traducción literal significa «valle de Joaquín». Para facilitar el tráfico fiduciario hicieron imprimir unas monedas que nombraron «joachimsthaler», y que con el uso se simplificó rápidamente convirtiéndose en el popular «thaler». La ciudad de Joachimsthal, situada en el corazón de la discutida Bohemia y a media hora de la conocida estación termal de Carlsbad, comparte con ésta la visita de enfermos de todo el globo que van a buscar en sus aguas, plenas de radio, una acción benéfica para su salud perdida.

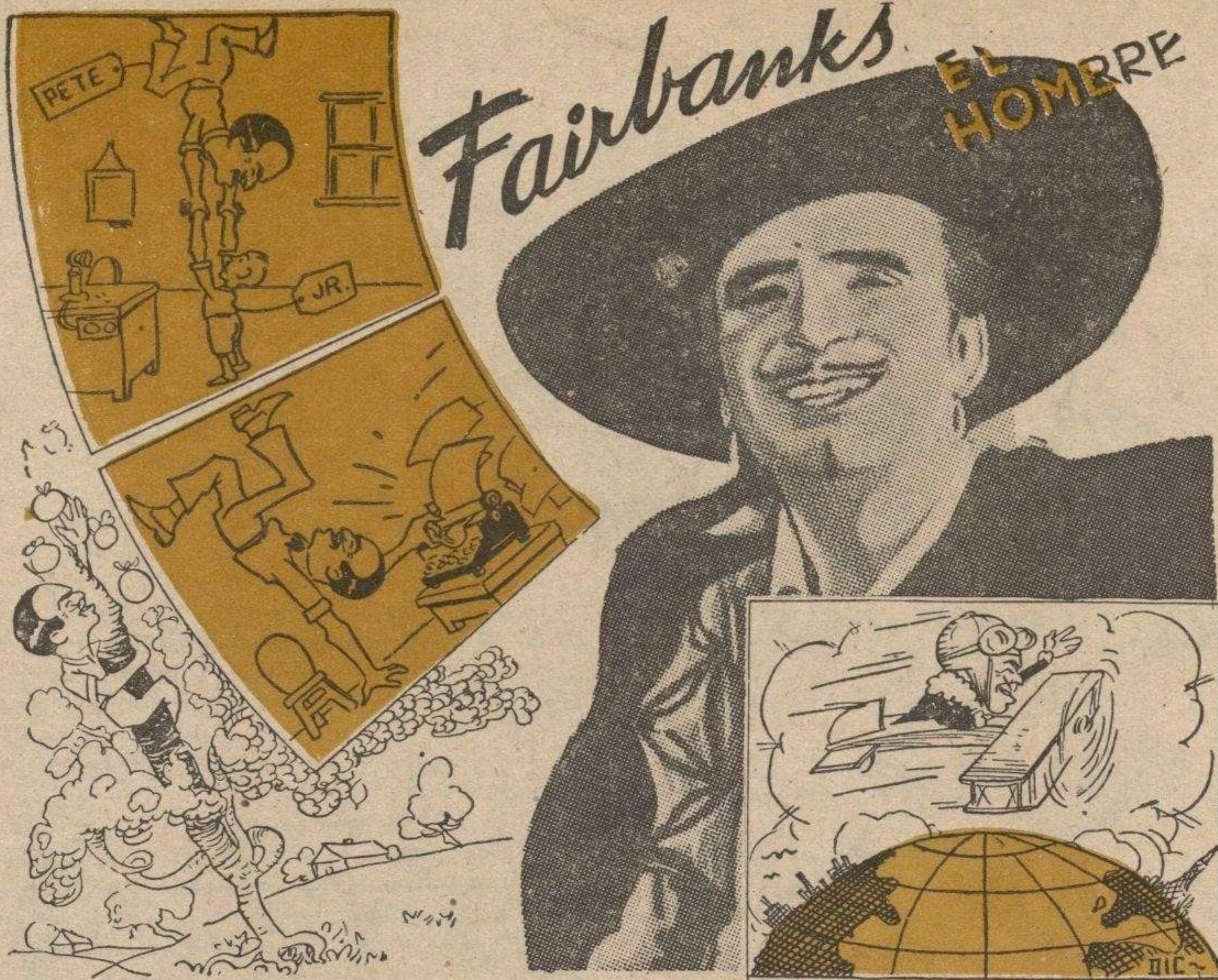
Pero volvamos al «thaler», origen de tantas monedas, entre ellas del dólar. La «th» tiene una pronunciación en inglés y en alemán que mucho se parece a nuestra «d» española, y de ahí que, al correr de los años, se trasmutase fácilmente en la «d» del dólar, cambiándose la «a» de «thaler», por igual corruptela, en la «o» del dólar que todos miramos hoy como el mejor de los símbolos del poderío yanqui.

En 1792 el Congreso de los Estados Unidos acordó la impresión de su moneda y el nombre de «dollar» fué aceptado para su unidad o patrón de cuentas, así como el signo de dólar (\$) para escribirlo abreviadamente. La aprobación de esta Ley trajo algunas dificultades y discusiones en el Congreso americano. El Senado, cuando le impartió el voto de su mayoría, acordó que las piezas de plata del dólar, en uno de sus lados, ostentaran el busto de Jorge Washington, con la inicial de su nombre propio y el apellido con todas sus letras. Pero la Cámara de Representantes modificó ese artículo en el sentido de que en vez de la efigie del primer Presidente de la Confederación americana, se estampase una ideal cabeza de mujer, que representara la Libertad. Hasta dos años más tarde no se hicieron las primeras acuñaciones de los dólares plata. Pero en el pueblo americano estaba tan arraigado el sentimiento de simpatía hacia Washington, que los primeros dólares plata presentan en los bustos de la Libertad los retratos de Jorge Washington joven y de su mujer.

Después de este patriótico incidente que coincidió con los inicios del dólar en la vida, los americanos se han encargado de asentar su poderío en todo el orbe. Su arca es Wall Street, esa callecita de Nueva York donde se tejen los negocios más fabulosos que podamos soñar, y desde la cual el Tío Samuel impone su voluntad a los más apartados confines.

En la actual guerra el dólar tiene una importancia de primer plano, y será, en definitiva, como ocurrió en 1918, el agente que más pesará para inclinar la balanza en un sentido determinado. Ya desde el siglo pasado Napoleón pedía dinero para hacer la guerra, y hoy este factor es más indispensable que nunca. Hasta don Juan Tenorio, experto en lides de amor, sabía que «con oro nada hay que falle», y el sensitivo Gustavo Adolfo Bécquer, aunque pleno de ensueños, no dejó de decir que «una oda sólo es buena de un billete de banco al dorso escrita.»

El dólar, pues, entre todas las monedas, campea como rey en los presentes momentos. Resulta la S trenzada a la inmortalidad de las dos columnas de Hércules. Y no hay duda que los americanos estuvieron acertados al hilvanar el símbolo de su poderío al retazo olvidado del formidable héroe mitológico. Hércules sigue invencible: su arma es el \$ y su palacio se levanta en los áureos dominios del fantástico Wall Street...



audaz de la Pantalla



ACABA de fallecer Douglas. ¿Qué decir de él? «Douglas Fairbanks nació aquí o acullá, en tal día y tal año». ¡En su memorable vida ha habido tan poco que fuera sosegado o convencional! Sus pies de eterno y romántico vagabundo lo han llevado por tan singulares atajos que parece discordante tener que decir que Douglas Fairbanks vino al mundo poco más o menos igual que nosotros. Mas por raro que parezca, así fué. Douglas Fairbanks nació en Denver, en el Estado de Colorado, Estados Unidos de Norte América, el 23 de mayo de 1883. Su padre, un abogado neoyorquino, había ido al Oeste a examinar unas propiedades mineras; le gustó tanto Colorado que decidió radicarse allí, y su hijo vió la luz en la ciudad que extiende su lozanía bajo la sombra del celebrado y altísimo Pico de Pike. Ya ven pues que no es por mero accidente que Douglas Fairbanks llevó espuelas y el sombrero de anchas alas del vaquero.

La primera nota saliente de su acrobática carrera tuvo lugar cierto día, contando justamente dos años, al realizar Douglas su primera proeza atlética. La niñera acababa de salir de la habitación; Douglas, sin perder tiempo, se encaramó a la ventana, y sin titubeos de ningún género saltó al jardín. Seamos sinceros: no le salió bien del todo. Se hizo un corte profundo en la frente.

Con toda probabilidad fué el chiquillo más activo de Denver y de todo el Oeste. Nunca podía estarse quieto, excepto cuando su padre le leía pasajes de Shakespeare. Pues el licenciado Fairbanks era un ferviente admirador del Vate del Avon, y cuando apenas tenía Douglas siete años se sabía de memoria los famosos soliloquios de Hamlet y Oteló. Desde luego, no entendía jota de cuanto declamaba.

Después Fairbanks pudo recitar palabra por palabra, página tras página de todas las obras más poulares del genial dramaturgo. No hace mucho, estando de visita en un estudio en el que a la sazón ensayaba un nuevo modelo de equipo sonoro, uno de los ingenieros preguntó si había entre los concurrentes alguien que se prestara a hablar ante el micrófono por unos diez minutos. Fairbanks se acercó al apartao y sin más se lanzó de lleno en uno de los más extensos monólogos shakesperianos.

Cuando las compañías que representan las obras de Shakespeare visitaban Denver, los principales actores iban siempre a la tertulia de los Fairbanks.

Y en el centro del animado grupo nunca faltaba el futuro Rey del Cine, declamando briosamente «Ser o no ser». Indudablemente era el más joven y más entusiasta intérprete que haya tenido Hamlet.

Otra de sus actividades juveniles era servir de monaguillo en la iglesia de San Malaquías, en Denver. A su debido tiempo cursó el bachillerato en el Instituto de aquella ciudad, pasando un año en la Escuela de Minas de Colorado. Pues ya sus pies comenzaban a sentir el escozor de las aventuras; calculaba que la carrera de Ingeniero de Minas lo llevaría algún día a los lejanos lugares cuyos nombres, ya en aquel entonces, eran un deslumbrante tormento para él.

Cuando tenía 17 años su familia regresó a Nueva York, y Douglas, incontinenti, saltó su primera valla teatral. Frederick Warde, el famoso actor shakesperiano e íntimo amigo de Fairbanks padre, lo colocó en su compañía, encomendándole papeles de menor cuantía. Recorriendo la compañía el norte del país, uno de los principales actores cayó enfermo y Douglas fué ascendido al rol de Laertes. Se encontraba en Duluth y los diarios locales comentaron animadamente su actuación—todos concordaban que era peor actor de los que figuraban en el reparto de «Hamlet».

Esto lo desanimó un poco, y creyó que lo que necesitaba era adquirir mayores conocimientos. ¡Volvería al colegio! «Un hombre como yo debe estudiar en una universidad de la más alta reputación». Así reflexionó él.

Escogió Princeton por su futura alma mater; mas al dirigirse a esa célebre universidad del Estado de Nueva Jersey encontró en el tren a un compañero de Denver que iba a hacer sus estudios en Harvard. Así es que fué con él a matricularse en la no menos famosa universidad de Cambridge, en los alrededores de Boston. Gracias a la gran variación de asignaturas en que se había distinguido en el Instituto, logró ingresar en Harvard sin dificultad, proponiéndose especializarse en las literaturas latina, francesa e inglesa. En realidad el único estudio profundo que hizo fué de las artes de balompié y fumar en pipa.

Harvard no pudo retenerlo más que cinco meses. Si por allí cerca hubiera habido un circo, tal vez hubiera permanecido un mes más. Eso de embutirse cultura tragando libros era demasiado monótono para él. Volvió a las tablas; pero a los tres meses le dieron el pasaporte.

Por aquella época le dió un fuerte ataque de «wanderlust»—la pasión de viajar, de hacer vida errante. Dió la casualidad que dos de sus compañeros de futbol sufrían también de lo mismo. El capital de que disponía cada uno eran treinta dólares e inmejorable salud. Se fueron a una compañía naviera dedicada al transporte de ganado vacuno, y alegando ser grandes peritos en domeñar animales cornudos consiguieron colocarse de mozos de establo.

—Las reses no podían ser más tratables—comentó Douglas.—¡Pero los establos! ¡Y las otras niñeras vacunas! ¡Había que ver! Estuvimos peleando con ellos durante todo el cruce del Atlántico. A tanto llegó la cosa, que para poder conciliar el sueño arremetíamos a puñetazos con nosotros mismos. Cuando llegamos a Liverpool nos apercebimos que nuestros conocimientos de geografía eran algo defectuosos y nos propusimos mejorarlos dando una vuelta por todo aquello.

Vagabundeando de un lado a otro, compartiendo a veces el trabajo de los campesinos para ganarse el sustento, recorrieron a pie Inglaterra, Bélgica y parte de Francia. Después de tres meses de tan dulce ocupación empezaron a echar de menos a sus camaradas bovinos, y volvieron a sentar plaza en la marina ganadera.

II

Cuando el buque ganadero atracó en el muelle de Nueva York, Douglas se despidió de sus compañeros de aventuras. Había oído decir que en Wall Street todo el mundo se hacía millonario. En Wall Street tenía sus oficinas la austera firma de corredores de bolsa llamada Coppet and Doremus. El nombre de la poderosa casa cautivó a Douglas Fairbanks. Entró en el despacho del gerente con su aire conquistador. Terminada la entrevista, el peor enemigo de Shakespeare quedó convertido en vendedor de valores bursátiles.

Todavía se acuerdan de él en esa casa; le tienen cariño y miedo a la vez. Nadie tuvo queja de su trabajo. Hasta hay quien le adjudicó el alto honor de haber inventado el sistema científico de organización.

—Les diré en que consistían mis deberes—cuenta el actor.—De lunes a viernes decía «Desde luego a todo cuanto me consultaba mi ayudante, no importaba lo que fuese. El sábado, a las diez de la mañana, me precipitaba en la oficina del gerente, fruncía las cejas y por todo saludo me destapaba con «¡Lo que necesitamos aquí es eficiencia!» Una vez llegué a sugerir que se comprara un reloj de marcar la entrada y salida de los empleados.

Sus volteretas, ejercicios de boxeo, saltos de mesa en mesa y otros juegos por el estilo trastornaron algo las vetustás normas de la oficina; mas a pesar de sus muchas inocentes locuras lo nombraron jefe del departamento en corto tiempo. Era una colocación magnífica para un muchacho tan joven.

Fué en esta época que Fairbanks se casó con Beth Sully, la madre de su hijo Douglas. La señorita Sully era hija de Dan Sully, el «Rey del algodón», uno de los hombres más ricos de aquella era. Fairbanks se lanzó de cabeza en el alegre torbellino de actividades sociales, pasando gran parte de su tiempo en el palacio de los Sully, en la aristocrática costa de Narragansett.

Tanto sus amigos como su familia respiraron con sosiego. Sin duda alguna, el dinámico joven sentaría ahora la cabeza; tenía un empleo excelente, una esposa, un hijo. La mayoría de jóvenes en su posición hubieran estado más que contentos con el porvenir que se le abría ante sí... Pero Wall Street era un sendero muy estrecho, y el mundo estaba lleno de los anchurosos caminos que sus pies de vagabundo ansiaban recorrer.

Sus siguientes venturas lo llevaron por otros cauces del comercio. Fué un vendedor de jabones, y también se dedicó a vender carbón al por mayor. Sin embargo, no vendía mucho carbón, y cierto día la amontestaron. Su ingenio lo salvó de ser despedido.

—¿Qué sabe usted del negocio de carbón, si es que sabe algo?—le preguntó el director de la casa.

—Pues le diré—contestó Douglas al instante—sé que una tonelada tiene novecientos kilogramos.

Conservó el empleo.

Siempre supo arreglárselas para ganar abundante dinero. Cuando su corazón tiraba de él hacia el otro lado de la valla, o hacia el otro lado del mundo, sabía que no le faltaría trabajo, en el teatro o en otra cosa.

Del negocio del carbón pasó a una fábrica de ferretería; mas así que averiguó que el jefe de la compañía, una de las más grandes del ramo, después de dedicar toda su vida a tuercas, clavos, tornillos, goznes y tuberías, ganaba sólo la miseria de diez mil dólares al año, decidió que los hierros no eran buenos para su salud.

Después de todo, tal vez su futuro estaba tras las candilejas. Al invierno siguiente trabajó con Alice Fisher en «Mrs. Jack». Mas a los pocos días de estrenarse la obra tuvo un altercado con alguien de la compañía y llegó al convencimiento que, de seguir siendo actor, el mundo perdería un brillante abogado.

Durante tres meses trabajó de pasante en el bufete de E. B. Hollander. Por aquel tiempo una ola de operetas japonesas barrió los Estados Unidos cual una corriente de capullos de cerezo, y Douglas volvió a las andadas. No había otra alternativa que partir inmediatamente para el lejano Oriente. Además, había conseguido la patente de un interruptor eléctrico con el cual se proponía amasar una fortuna en el extranjero. Pero en Londres se encontró con un amigo de Nueva York, se olvidó en seguida de las provocativas geishas y de los estupendos interruptores eléctricos y regresó a la patria y a las tablas, esta vez bajo la dirección del célebre empresario William A. Brady.

Este fué el comienzo de una grata unión que duró, salvo cortas interrupciones, siete años. En el otoño actuó en su primera y única revista musical, «Fontana»; no de actor principal, ¡de corista!

Pocos meses más tarde recibió un telegrama de Brady ofreciéndole un contrato por cinco años. Le agarró tan de sorpresa que, algo escéptico, telegrafió al empresario para saber si el telegrama era genuino o solamente una gracia de algún guasón. Poco después, su nombre aparecía en grandes letreros eléctricos de estrella de «Frenzied Finance». La obra fué un fracaso, mas no tardaron en sucederle otras que obtuvieron entusiasta acogida.

Alguien preguntó una vez a una de sus primeras actrices:

—¿Qué tal actor es ese Fairbanks?

—Pues verá—dijo la interrogada—, es el más lindo caso de baile de San Vito que he visto jamás.

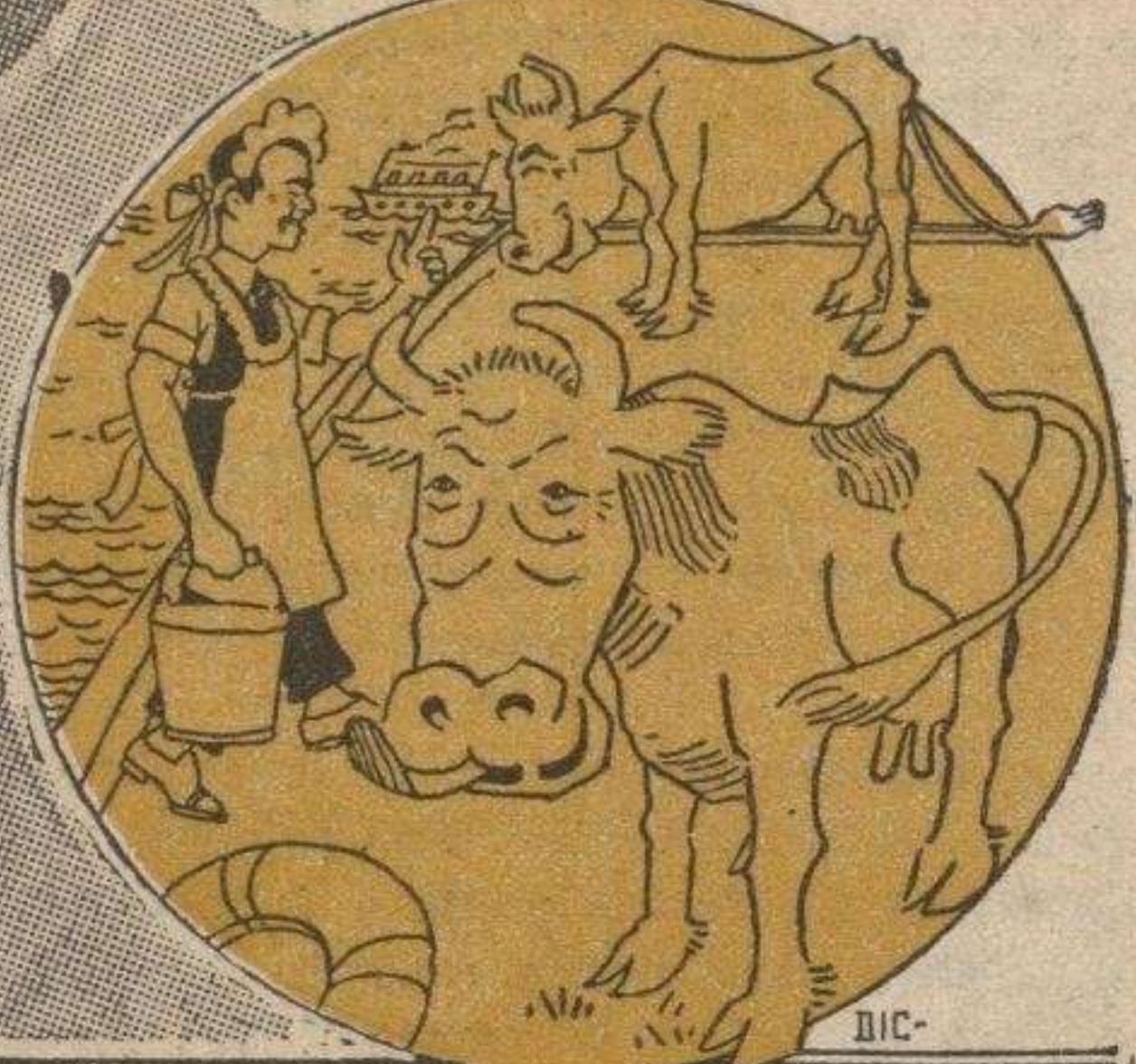
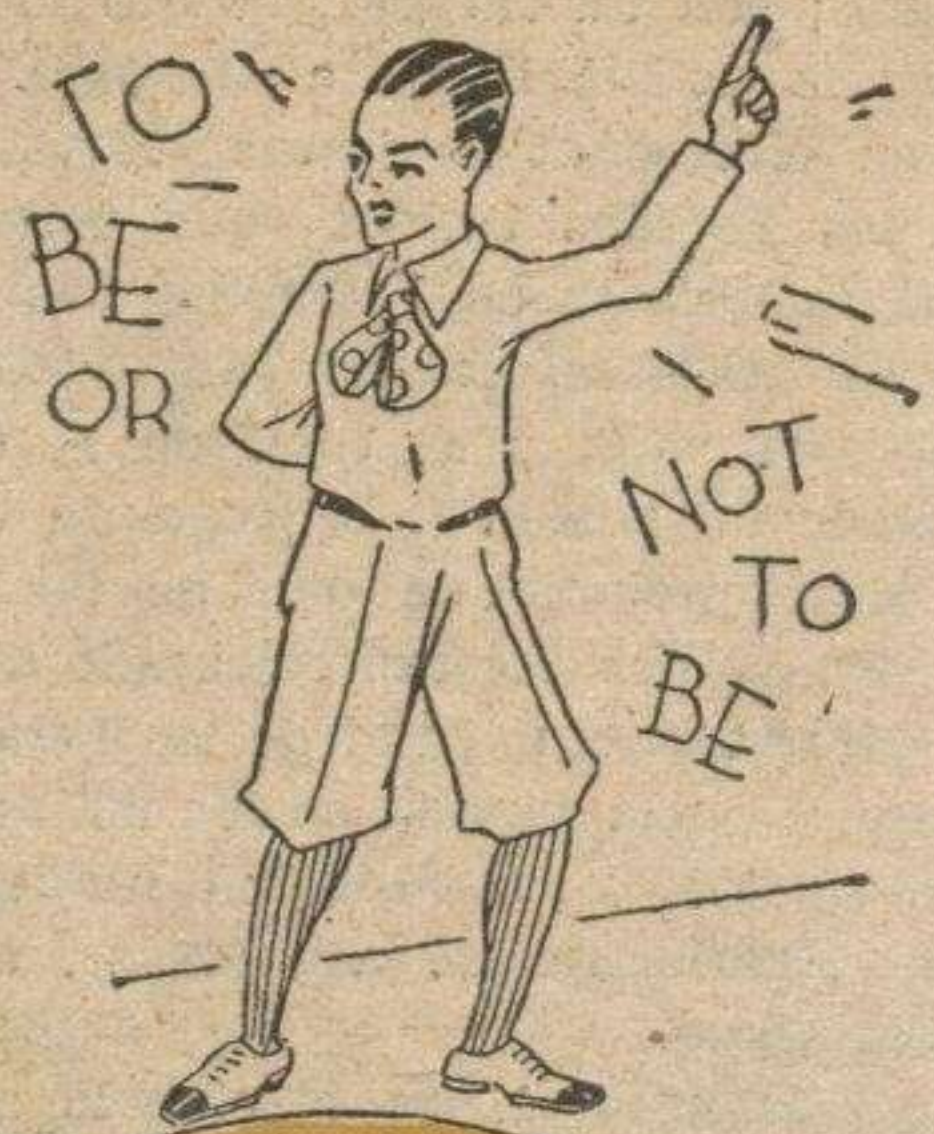
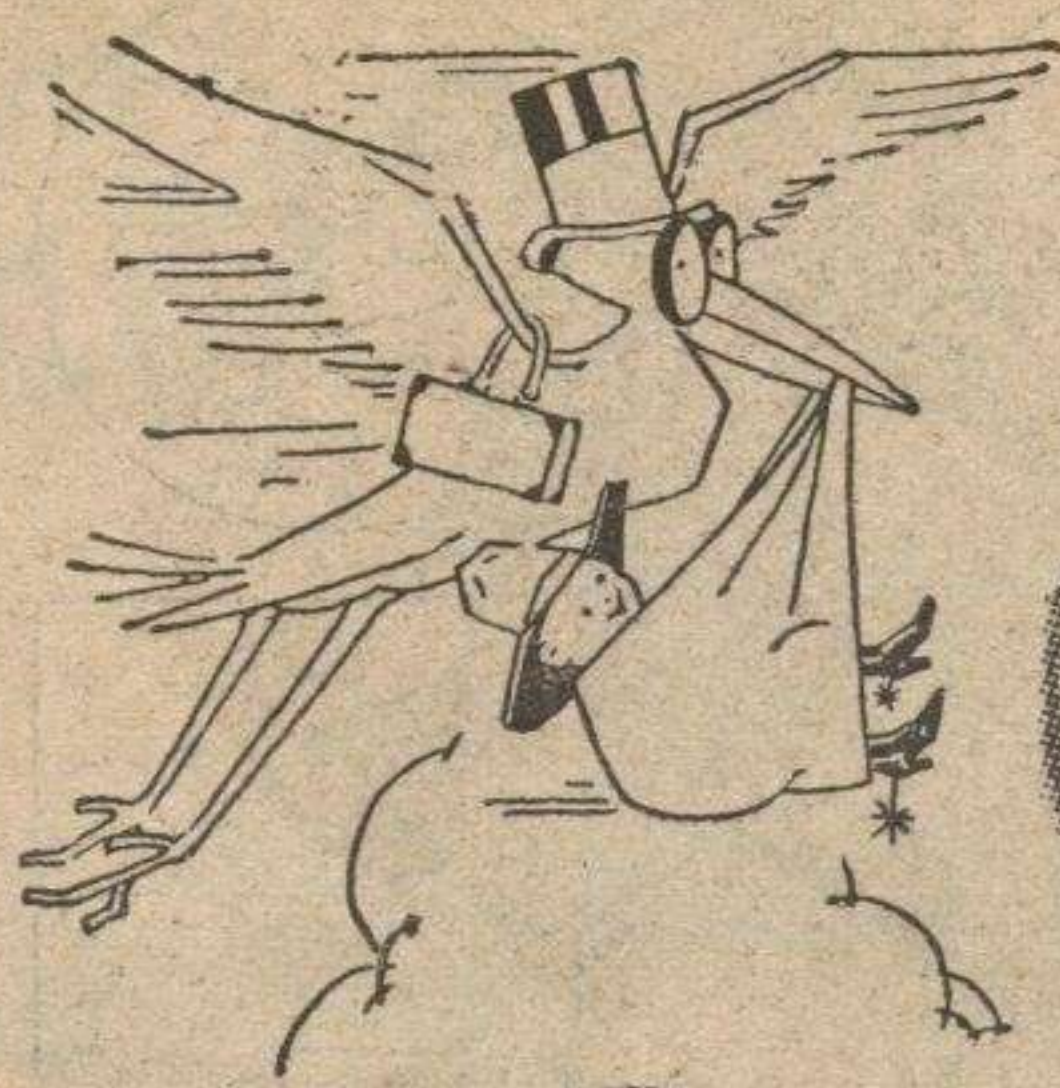
Parece extraño recordar que muy pocas de las obras en que Douglas se hizo tan popular en aquellos tiempos, fueran éxitos sensacionales. Muchas de ellas duraron en la cartelera de 12 a 15 semanas; casi ninguna fué lo que solemos llamar un exitazo. Pero bajo la dirección de Brady el joven actor fué ascendiendo rápidamente. Brady poseía casi tanto dinamismo como el propio Fairbanks, y aunque los dos estuvieron a punto de enemistarse más de una vez, el gran empresario alabó siempre el coraje de Douglas, su denuedo y entusiasmo juvenil.

—¿Qué tipo! —era el tributo de Brady. —Denle una escena en que muera de consunción y él hallará la manera de hacer añicos todos los muebles.

Durante este período, Douglas llegó a casi ser el ídolo de Broadway. Su sonrisa se hizo famosa; los críticos teatrales y otros cronistas la mencionaban a diario. Era uno de los más populares miembros del célebre club de artistas «Los Cordeiros», y siempre fué el actor ideal.

Se le conocía por «el actor mejor vestido de Broadway», y lo era, tanto en las tablas como en la calle.

Los ejercicios gimnásticos formaban parte importante de su vida diaria. Sobresalía en muchos deportes, y la salud era para él casi un fetiche. Ni aun en las tablas podía moderar su entusiasmo y actividad. Jamás nadie le vió entrar en una habitación o acercarse a unas escaleras de la manera usual para los demás mortales; subía los peldaños de tres en tres o bien escalaba la balastrada. Su



La niñez de Douglas Fairbanks se caracterizó por un dinamismo contradictorio. Rodeando uno de los retratos de su buena época del cine silente, nuestro dibujante ilustra diferentes actitudes de los primeros años del gran actor fallecido.

contagiosa exuberancia inició la boga de un nuevo género de comedia romántica. ¡Y cómo lo admiraban, tanto mujeres como hombres! Era Don Juan Tenorio, Francois Villon, Robin Hood—todos los héroes de sus sueños, modernizados por su arte inimitable.

Mas era un ídolo esquivo; Broadway lo perdía por largos períodos. Siempre había la posibilidad de que volviera a aparecer ¡o a desaparecer!

III

Terminada la presentación de una obra, que en Nueva York lo mismo puede durar dos días que dos años, Douglas Fairbanks agarraba sus maletas y se embarcaba en el primer buque que se le ocurría tomar, con destino a España, Cuba, Italia, México, cualquier sitio, con tal de ir lejos y ver algo nuevo. Siempre tuvo gran cariño por los países cálidos, quizá porque su natural era tan intensamente latina. Muchas de sus más celebradas caracterizaciones cinemáticas han sido de héroes de sangre latina: «El Zorro», «Don Q», «El Gaucho» y «Don Juan», el héroe de las mil y una aventuras galantes, en «Los Amores de Don Juan». Su pasión por Sevilla, la bella ciudad de las flores y de las mujeres hermosas, lo llevó allí año tras año. La prodigiosa historia del Burlador de Sevilla lo fascinaba. Por fin, cedió a la tentación de encarnar para el lienzo de plata al más famoso de los arrogantes aventureros españoles, dando cima con esta cinta a uno de sus más entrañables sueños.

En una ocasión vivió todo un verano en Inglaterra, en una casita a la orilla del Támesis, a corta distancia de Londres. Otro verano, encontrándose libre—léase, sin trabajo—y, temporalmente corto de dinero, le entraron grandes deseos de irse con unos amigos que se marchaban a Europa. George M. Cohan, el célebre actor y empresario teatral, le prestó quinientos dólares y logró realizar el viaje sin tropiezos, pasando parte del tiempo en dar una vuelta a Inglaterra a pie. De regreso a Nueva York saldó su deuda con Cohan, pagándole los quinientos dólares en monedas de diez centavos. Siempre fué así.

Fairbanks nunca ha pretendido que su trabajo «elevara» el arte dramático. Ni su buen porte ni su arte jugaron jamás papel principal en sus triunfos. En el albor de su carrera, lo que le hizo popular, lo que le ganó la idolatría del público, fué ese gozo exuberante de la alegría del vivir, que siendo en él tan abundante, lo impartía a todo lo que le ro-

deaba. Fairbanks fué el ejemplo viviente del poder de una sonrisa. Nunca trabajó en una obra que no fuese edificante y provechosa. Y jamás escatimó sus sonrisas y arranques jubilosos.

Una mañana, William A. Brady llamó a Fairbanks a su oficina. La comedia en que trabajaba a la sazón, «Un caballero desocupado», no había resultado tan popular como lo vaticinaban las entusiastas reseñas que le dedicaron los críticos el día del estreno. Con el cigarro en la boca apagado y en posición descendente, señal infalible de que el famoso empresario adolecía de un ataque de pesimismo, Brady le preguntó a Fairbanks si se avendría a cancelar su contrato, el cual era vigente todavía por dos años más.

Douglas se sonrió. ¡Así le gustaban a él los hombres! A las buenas se avenía él a todo. Cancelarían el contrato inmediatamente, y tan amigos como antes. Esto le daría una oportunidad de ir a dar una vueltecita. Se despidieron dándose las gracias mutuamente, y aunque se quedaban sin trabajo, el que parecía más reconocido de los dos era Fairbanks.

Empleó la tarde recorriendo agencias de turismo en busca de información para el viaje que proyectaba. Mas los empresarios Cohan y Harris fueron a visitarle aquella misma noche, y tuvo que abandonar toda idea de hacer vida ociosa.

—Siempre tuve grandes deseos de escribir una obra para tí—le confió George M. Cohan entusiasmado.—¡Tú eres el típico chico americano! Entrenaremos la pieza por Navidad.

Esto ocurría en noviembre y Douglas se fué a dar un paseo. Vino a Cuba. Y después siguió hacia Yucatán. Cuando regresó a Nueva York la obra no estaba terminada todavía.

—No consigo hacer salir a mi héroe del salón—lamentóse Cohan.

Varias semanas después, habiendo por fin logrado Cohan lanzar por el mundo a «Broadway Jones, el Rey del Chiclé»—pues el héroe de la obra era precisamente el joven promotor cuyas hazañas divertieron tanto al público neoyorquino hace años—se fué a buscar a su protagonista, y descubrió que había desaparecido. ¿Que dónde estaba Fairbanks? Cansado de tanto esperar, se había ido a Chicago, a interpretar el rol principal en «El Detective número 666».

Refunfuñando y diciéndo mil pestes de la gente voluble que abunda en el mundo, Cohan terminó por protagonizar él mismo la obra que había es-

erito para su amigo. Ese chico Fairbanks era una calamidad; con un carácter menos impulsivo, quizás todavía podría llegar a ser algo.

Fué en el romántico drama «Hawthorne, natural de los Estados Unidos» que primero Douglas puso de manifiesto en las tablas sus extraordinarias dotes atléticas. Entraba en la escena saltando una alta valla y al final de la obra se lanzaba desde un balcón a la garganta de su adversario, como preludio de una de las fenomenales peleas por las que fué tan celebrado años más tarde. A «Hawthorne, natural de los Estados Unidos», siguieron «Con la sonrisa en los labios» y «La prima Enriqueta», y en 1914, su última temporada teatral, «Fabricante de aventuras», alcanzó también gran éxito.

Nada más natural que el cine lo atrajera a su regazo. Mas hasta entonces siempre se había mostrado sordo a sus cantos de sirena. Temía que una vez metido en las películas no podría salirse de ellas. Su contestación a todas las ofertas que le hacían siempre era «Bueno, ya lo pensaré».

Pero esta vez las películas cebaron el anzuelo con una gran promesa: «Véngase con nosotros—le dijeron—y le dejaremos hacer cuanto le venga en gana. Con excepción de emplear gases asfixiantes y cometer un asesinato premeditado, tiene usted campo abierto».

Sin quitarse los zapatos, Douglas se lanzó de cabeza al mar del celuloide. Por primera vez en su vida podría dar rienda suelta a su imaginación, podría expansionarse, podría revolver el mundo de arriba abajo, si así se le antojara. Era el cauce ideal para sus energías e ideas... Desde luego, tendría que empezar modestamente, le dijeron. Douglas se sonrió. Hasta entonces nunca había ganado más de seiscientos dólares a la semana—suma bastante respetable en aquellos tiempos. Firmó un contrato por dos meses y medio, empezando modestamente—con dos mil dólares semanales!

«El Corderito» fué su primera aventura cinesca. En ella dejó que una serpiente de cascabel lo acariciara de pies a cabeza, libró un combate épico con un león, les molió el cuerpo a media docena de indios «malos» con sus tretas de jiu-jitsu y detuvo a una avalancha de enemigos armado con una emetralladora. «El Corderito» fué el primer film que abarrotó un cine de Broadway a dos dólares la entrada, y la presentación duró largo tiempo. Griffith prolongó su contrato a tres años, con un aumento de 500 dólares cada seis meses.

En «His picture in the papers» se echó a un precipicio guiando un automóvil, nadó varios kilómetros en lo más recio de un temporal, saltó de un vagón a vagón en un tren que iba a toda velocidad, y tuvo una batalla descomunal con un pelotón de gigantes que vestían el uniforme policíaco.

IV

The Half-Breed» arrojó a Douglas Fairbanks en un incendio forestal que había sido cuidadosamente prendido en un bosque de pinos de California. Bajo una lluvia de ramas al rojo vivo tuvo que salvar a un sheriff, a quien las llamas amenazaban reducir a cenizas. Su físico salió algo malparado del encuentro; pero el pelo y las cejas volvieron a crecer y las ampollas se secaron. A los pocos días volvía a estar como nuevo.

«The Habit of Happiness» abundaba en proezas capaces de poner en aprieto a media docena de d'Artagnanes y Tarzanes. «The Good Bad Man» era una «western» en la que había una proeza para poner los pelos de punta en cada metro de celuloide, y «Reggie Mixes In» era una jocosa serie de saltos y acometidas desde principio a fin. En esta última cinta quebró varios huesos a sus contrincantes, ex pugilistas casi todos ellos y traídos expresamente a Hollywood para pelear con él ante la cámara. La casa editora tuvo que pagar luego una larga cuenta del hospital.

En «The Mystery of the Leaping Fish» se vió obligado a convertirse en un submarino humano.

—Si el rodaje llega a durar un día más—nos contó sonriendo—me hubieran salido las aletas. Fairbanks fué uno de los pocos héroes de la pantalla que no tuvo nunca ningún doble. En casi todas sus películas exponía la vida una vez cuando menos; pero jamás pidió a otro que hiciera algo



que a él le daba miedo. Después de todo, él adoraba el peligro—y si no se atreviera a hacer algo arriesgado, ¿quién podría hacerlo? Contados son los actores que han aportado al cine semejante acopio de alardes atléticos.

A menudo salía a dar paseos lejos del campamento, para regresar luego con las manos ensangrentadas y la ropa hecha pedazos.

—¿Pero qué ha estado usted haciendo?—le preguntaba el director.

—Pues cazado con cepos—replicaba él más alegre que unas pascuas.

En sus excursiones por el bosque, con un libro de Bret Harte en la mano, había trabado conocimiento con un viejo leñador que a ratos perdidos se dedicaba a cazar con ese procedimiento, antiguamente muy en uso en el norte de los Estados Unidos. Su especialidad eran gatos monteses y las manos ensangrentadas y la ropa despedazada eran testigos de los esfuerzos de Douglas en agarrar a las «fierecillas» con igual destreza con que lo hacía su venerable preceptor.

Cuando trabajó en las películas «westerns», aprendió a domar potros salvajes y a manejar el lazo de los vaqueros que había en los ranchos cercanos. Cuando tenía que hacer juegos de jiu-jitsu en alguna película, no se contentaba con lo que ya sabía de ese fascinador deporte japonés; cada hora que tenía libre la pasaba con un diestro jugador japonés. Y lo mismo con el boxeo. En cada nueva película aprendía algo nuevo.

Fairbanks opinaba que hay que vivir la vida intensamente, con fruición. Más que ninguna otra cosa, lo que le hizo vencer fué su formidable viveza mental y física. Ya lo dijo un alto dirigente de Hollywood: «La cámara sienta al actor al lado del espectador. La gallardía o la belleza no son tan importantes como muchos se figuran. Douglas Fairbanks no llegó a la cumbre cinematográfica por su buena presencia ni por sus proezas, sino por su deporte altamente humano».

Douglas pronto llegó a ser tan popular en Hollywood como lo había sido en Nueva York. Todos eran sus amigos. Todos admiraban su coraje y envidiaban sus éxitos. Era un boxeador de primera, un excelente nadador y jugador de polo, un corredor velocísimo y un soberbio jinete.

Muy pocas personas saben que él escribió muchos de sus argumentos cinematográficos, usando el seudónimo de Elton Thomas. También dirigía muy a menudo sus películas, aunque otro apareciese como director.

Desde un principio se mostró enemigo de las costumbres establecidas por los productores. Como todo el mundo sabe, la mayoría de las películas de hace veinte años eran muy mediocres, o bien eran refundiciones de viejísimas obras dramáticas, novelas y cuentos, o argumentos originales de la peor vulgaridad.

—Este camino no conduce a nada—declaraba Fairbanks—. El cine tiene que ofrecer originalidad. Desarrollemos nuestros propios escritores.

No vayan a creer que Douglas Fairbanks se contentó con mero buen humor y exuberancia física. Su mente era tan fuerte y vigorosa como su cuerpo. Detrás de su sonrisa, un carácter vivo y alerta que se apercibía de las tristezas de la vida al igual que de sus promesas. «The Habit of Happiness» fué una de sus propias ideas; en ella había la tragedia de los desamparados, de los caídos—la mi-

seria de los barrios bajos. Y no es que él quisiera ser reformista, mas, como afirmó en cierta ocasión, «Todo poquito ayuda».

Su primitivo arreglo con Triangle Films estipulaba que D. W. Griffith intervendría como director general en todas las películas de Fairbanks. Faltando los productores a esta cláusula, Douglas dejó la Triangle para aliarse con Famous Players. «A Modern Muskeeter», «Wild and Woolly», «Bound in Morocco» y una veintena más de películas de acción y románticas resultaron de su nueva filiación.

Fué en 1919 que comenzó su noviazgo con Mary Pickford, noviazgo cuyo progreso fué seguido por todo el mundo, tan famosos eran sus protagonistas. Hacía ya algún tiempo que se había divorciado de su antigua esposa. El día en que él y Beth Sully recibieron el divorcio, Fairbanks asignó a su ex compañera un millón de dólares. Si bien su hijo permaneció con su madre, Fairbanks siguió viendo al muchacho siempre que tenía ocasión.

Su cortejo de Mary Pickford fué probablemente el más famoso de todos los cortejos de Hollywood; que fué el más romántico nadie lo disputa. Mary nunca sabía cuándo, dónde ni cómo se le aparecería su adorador. Vestido de vaquero saltaba a lo mejor la valla del jardín, se encaramaba a un balcón, y allá bajaba al comedor, deslizándose por el pasamano de la escalera; o bien entraba por la ventana de la cocina, vistiendo los arreos de un saltador de caminos. Eso sí, su aparición era siempre estrepitosa.

Se casaron en 1920 y al instante se mudaron a su famosa casa, «Pickfair», que Douglas construyó para Mary en Beverly Hills. Al fin, todos pensaron de nuevo, el huracán humano se ha asentado. ¡No era fácil que Douglas Fairbanks volviese a su vida aventurera!

V

Jamás hubo nada que lograrse apagar el fuego que siempre animó las costumbres impetuosas de Douglas Fairbanks. Después de su casamiento con Mary Pickford, en 1920, lo mismo se le podía ocurrir presentarse a última hora en su casa con una docena o más de amigos a quienes había convidado a cenar, como telefonar a Mary que la esperase en la estación del ferrocarril dentro de un par de horas para irse a lo mejor a España, al Japón o a la Unión de los Soviets. Siempre que ambos podían escabullirse de su trabajo cinematográfico, salían a viajar. Y así, sin preocuparse gran cosa, el Don Juan de Zorrilla, visitaron chozas y palacios en todas partes del globo. Y por supuesto, siempre que algún miembro de la realeza llegaba a California, el primer lugar que visitaba, y en donde a veces paraba, era Pickfair.

La parte comercial de la industria cinematográfica siempre fascinó a Douglas tanto como su aspecto artístico. Muchos son los hombres de negocios que se enorgullecen de su aptitud por actuar en el teatro de aficionados. Douglas, en cambio, se sentía más complacido de su sagacidad mercantil que de su habilidad histriónica.

En esta época Fairbanks era el jefe de su propia compañía productora. Que entendía tanto de administrador como de actor, lo prueba el que ganara un millón y medio de dólares en el primer año. El exorbitante costo de la distribución mundial de películas llegó a presentar un serio problema, mas él se lanzó a encontrar una solución con el mismo entusiasmo que un jugador de balmopí pone en el juego decisivo de la temporada.

El, Mary Pickford, Charles Chaplin y D. W. Griffith organizaban al poco tiempo la casa United Artists. Esta nueva idea, aunando la labor del artista con la producción y distribución de las películas, causó al principio sensación en el mundo del cinema. Los intereses combinados de los tres controlaron el mayor número de votos en esta enorme empresa.

Teniendo Chaplin su casa al lado de Pickfair, él y Douglas y Mary eran inseparables en aquellos tiempos, más de una importante conferencia sobre los negocios de la United Artists, fué discutida allí de sobremesa. Llamadas telefónicas a través del Atlántico y del Pacífico, sobre los asun-

(Continúa en la página DIEZ).

LOS historiadores de la guerra actual encontrarán material interesante en la carta que escribió el Capitán F. S. Bell al padre de Ronald Hill, corneta de 17 años de edad, natural de Plymouth, Inglaterra, quien fué una de las primeras víctimas del combate. La carta, publicada en el «Portsmouth Times», presenta la primera descripción fidedigna de lo ocurrido en la costa de Montevideo la mañana del 13 de diciembre de 1939.

La historia contada por el Capitán Bell hace luz sobre datos importantes que hasta ahora habían permanecido ignorados.

Al publicarla carta, el diario inglés, hace la historia del acorazado de bolsillo «Graf Spee», desde su construcción y lanzadura al agua en Wilhelmshaven en 1934

El «Graf Spee», con un complemento de 1.107 hombres y oficiales—dice el citado diario—estaba en las Islas Canarias el día en que se declaró la guerra. Llenando sus depósitos de combustible, y tomando provisiones para tres meses, salió a correr el Atlántico del Sur, haciendo su primera víctima el 15 de septiembre cuando hundió al tanque «Africa Shell», fuera de la costa del Africa Oriental. Dos semanas más tarde hundió al vapor «Clement», fuera del Brasil; en octubre hundió otros tres buques mercantes ingleses y en noviembre estaba fuera del Cabo de Buena Esperanza esperando los barcos que traían lana de Australia.

Para esa fecha el Almirantazgo inglés conocía su paradero, aunque creía que se trataba del «Almirante Scheer», acorazado gemelo, pero de construcción anterior y menos adelantados. El buque porta aviones «Ark Royal», que escapó milagrosamente de un ataque aéreo alemán en el Mar del Norte, el crucero de combate «Renown» que según los alemanes había sido averiado por bombas aéreas, el viejo acorazado «Barnham» y el crucero de combate francés «Dunkerque» fueron destacados al Sur Africa.

El «Spee», disfrazado de buque francés, con una chimenea simulada, huyó de la encerrona y en la costa del Brasil volvió a sus ataques contra la marina mercante. El 9 de diciembre, según relata el Capitán Bell, el crucero inglés «Exeter» tomó combustible en Río de Janeiro y se dispuso a escoltar al vapor francés «Formosa» que llevaba pasajeros y carga del Brasil a Montevideo. Por inalámbrico recibió noticia de que el crucero de Nueva Zelanda «Achilles» había aprovisionado en Buenos Aires el día 10. El relato de la batalla, según lo hizo el Capitán Bell, es así:

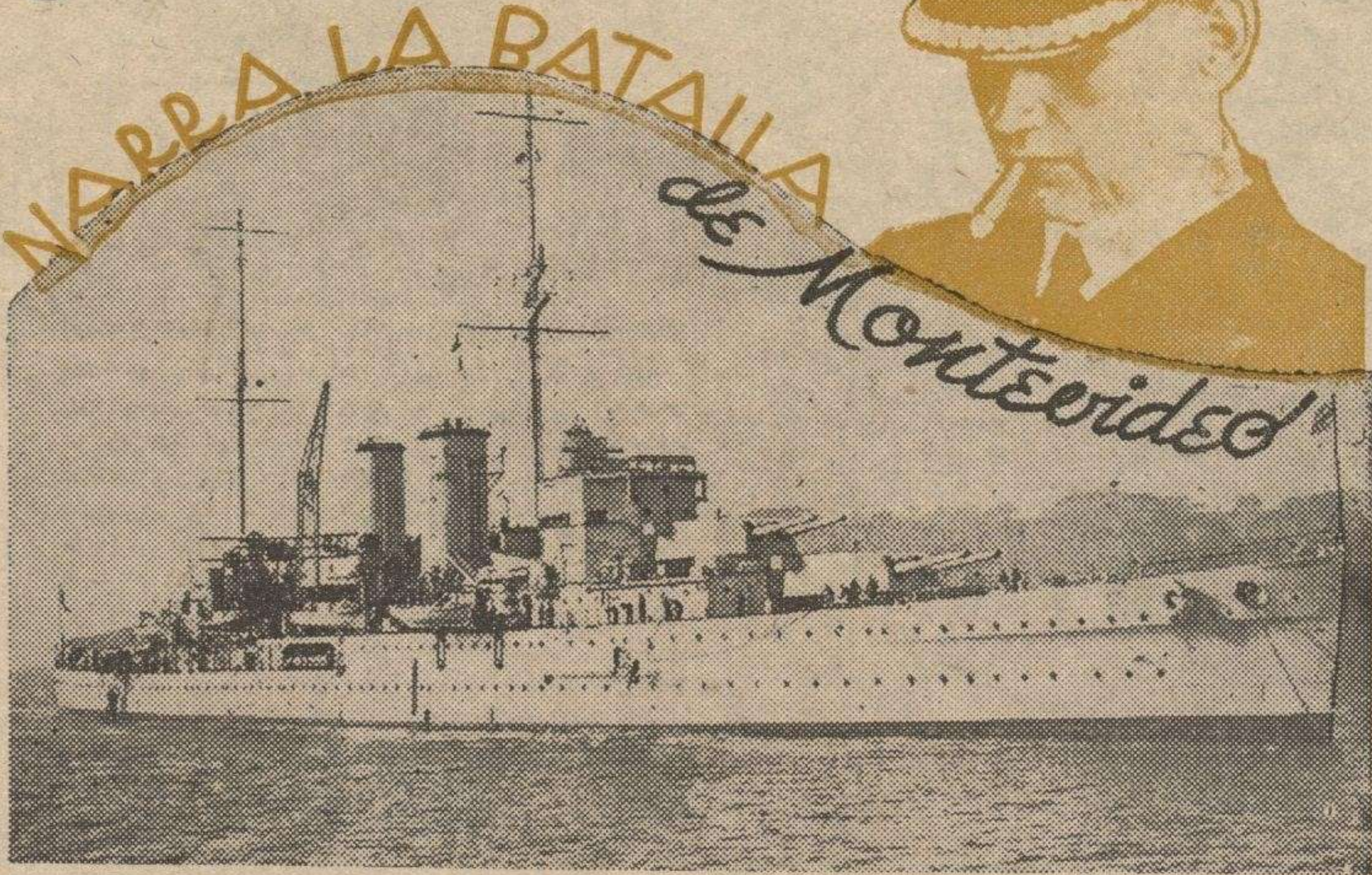
«Al amanecer, el telegrafista me trajo un despacho urgente del capitán del vapor de pasajeros «Formosa», diciéndome que un barco alemán lo amenazaba. Aunque las calderas del «Exeter» necesitan normalmente tres horas para levantar toda la presión de vapor de las turbinas de 80.000 caballos de fuerza, la tripulación de las máquinas, mediante un esfuerzo sobrehumano, pudo dar toda la presión en sólo 20 minutos y a las 6.18 a. m. navegábamos hacia el «Formosa» a una velocidad de 30 nudos. A babor y como a 15 millas náuticas estaba la costa del Brasil y Uruguay.

«Mediante nuestra alta velocidad pudimos colocarnos entre el «Formosa» y el buque hostil que ya pudimos calificar como el acorazado de bolsillo alemán de la clase del «Almirante Scheer». Entonces no sabíamos que era el «Graf von Spee». Dimos dos vueltas al «Formosa», envolviéndolo en una mar de humo y lo dejamos acercarse todo lo posible a la costa, telegrafizando al capitán francés

«Enviamos radiogramas al «H. M. S. Ajax», que llevaba la bandera del Comodoro (hoy Contra Almirante) H. H. Harwood, jefe de la División Naval de Sur América, y éste se comunicó con el Capitán W. E. Parry, de la Marina de Guerra de Nueva Zelanda, comandante del crucero ligero «Achilles». El capitán C. H. L. Wodehouse del «Ajax», levantó presión y vino en nuestro socorro. Entre tanto consulté con los oficiales sobre si daríamos combate solos o si esperaríamos a que llegaran los otros dos cruceros.

«Hill estaba a mi lado con su corneta, esperando órdenes para tocar a zafarrancho. A las 6.31 tocó Ronald la orden. El oficial en el tablero leyó

El CAPITAN "EXETER" del



El crucero inglés «Exeter», a bordo del cual resultaron numerosos hombres muertos en la batalla de Montevideo. ARRIBA: el capitán Langsdorff, comandante del «Graf Spee», que se suicidó después en Buenos Aires.

la distancia. Primero dos, ocho, cero, cero, cero (28.000 yardas) minutos más tarde, dos seis, cero, cero, cero. Y casi en seguida, cayó el primer proyectil del «Graf Spee» a unas mil yardas delante de nuestra proa. Seguimos un rumbo a gran velocidad de zig zag y cuando el oficial leyó uno, siete, cero, cero, cero (17.000 yardas) disparados la primera salva de nuestras tres torrecillas de a ocho pulgadas (20 cms.) Las dos torrecillas de a once pulgadas (27.5 cms.) del «Spee» estaban disparando y levantando verdaderos geisers

«La quinta salva del «Spee» dió en nuestra proa y sacudió el barco. Continuamos nuestra marcha procurando acortar la distancia para que pudiéramos responder debidamente al fuego. La sexta salva cayó a babor; pero la séptima fué fatal. Al disiparse el humo, Ronald estaba sobre cubierta con la cabeza destrozada. Una de las torrecillas estaba destrozada y los cadáveres de 24 hombres se confundían con las ruinas hacia proa. Y todavía no estábamos dentro de una distancia efectiva. El alejarnos ahora era confesar derrota. Continuamos adelantando, pensando en vengar a Ronald

«El vigía informó haber visto el humo distante de un crucero. Probablemente el «Ajax». El «Formosa» ya estaba pegado a tierra y pudimos retirarnos y dejar la caza a nuestros compañeros del «Ajax» y «Achilles»; pero pensamos que los dos cruceros, más pequeños aún que el «Exeter», podrían ser hundidos antes de llegar a distancia de disparar, y nosotros teníamos una ventaja de 4.000 yardas y proyectiles de 256 libras.

«A 15.000 yardas nuestra salva surtió efecto visible. El observador informó que habíamos destruido una torrecilla, con la única que nos quedaba. Continuamos acortando la distancia, aunque ya el acercarnos era casi suicida. El aparato eléctrico de comunicaciones estaba destruido y en llamas. Mis órdenes eran llevadas de boca en boca

«El «Spee» había visto también al «Ajax» y al «Achilles» que ya estaba cerca y trató de ganar la costa. El «Spee» tenía sólo dos torrecillas; pero la distancia le permitía ya emplear su artillería secundaria y su fuego caía sobre cubierta. Habíamos perdido a 60; sólo podíamos responder con los cañones secundarios que eran inefectivos; y nuestra velocidad había sido reducida por la necesidad al no poder gobernar con la maquinaria, siendo preciso hacer a fuerza de hombres. Entonces el «Ajax» estaba cerca de la popa del «Spee», y nos conformamos con envolvernos en una cortina de

humo y cruzar la proa del «Achilles» hacia el mar, fingiendo que íbamos a cortar el paso al «Spee»

«Disparando a una distancia de sólo 5.000 yardas el «Ajax», a pesar del corto calibre de sus baterías, pudo causar daño visible al enemigo, y creímos que nuestra tarea había terminado. Eran las 7.40 y teníamos que combatir las llamas a bordo.

«A las 8 estábamos frente al Cabo Santa María; el «Formosa» navegaba a unos seis nudos a distancia respetable y de nuestra cubierta, parecía estar junto a la costa. El «Ajax» continuaba cerca de la popa del «Spee» y el «Achilles» disparaba una salva contra su costado. Nuestros cirujanos trabajaban abajo con los heridos y en la conferencia que celebramos nos preguntamos si era cierto que estábamos vivos

«Ya sabíamos que el fuego combinado de 4.000 libras del «Spee» en cada salva, había sido reducido y que su velocidad era mucho menor. Al mismo tiempo la rapidez de las salvas de los dos cruceros aumentaba, lo cual era señal de que tenían un blanco perfecto. Telegrafiamos entonces al Comodoro que el «Exeter» no era ya unidad de combate y le explicamos que la única torrecilla manejable, tenía que ser operada a fuerza de brazos y hombros. Harwood contestó autorizándonos a convertirnos en meros espectadores.

«El cirujano nos dijo que de los 24 heridos, uno o más morirían en breve. Entre Santa María y San Ignacio, el «Ajax», en una maniobra peligrosísima, pero maravillosamente ejecutada, se acercó lo suficiente al «Spee»

«Al Sureste de Punta del Este el «Spee» volvió hacia el mar envuelto en humo y no había medio de saber si eran llamas o humo de las calderas. Ya el sol estaba a ponerse y el «Achilles» que continuaba al costado del «Spee» lanzó sus torpedos pero sin efecto. Contamos 120 disparos del «Spee» entre las 5 y las 9; pero el «Achilles» informó entonces que se habían agotado los torpedos y no tenía medios de impedir que el enemigo entrara en el puerto. Leíamos el mensaje de Harwood, ordenando cesar la caza. Era evidente que Harwood temió que el «Spee», que ya sólo podía hacer fuego inefectivo de una torrecilla, usase sus torpedos con efectividad. Ambos cruceros cruzaron la proa del enemigo para permitirle entrara en Montevideo, y el «Spee» aprovechó la oportunidad. Sabíamos entonces que habíamos acabado con esa amenaza del Sur Atlántico».

FAIRBAKS. . .

tos de la compañía, no significaban novedad alguna para ninguno de los tres.

Durante este período, Douglas hizo varias grandes películas, entre ellas «La Marca del Zorro», «El Loco», una cinecomedia del carácter jocoso con que se distinguió en sus primeros tiempos, y «Los Tres Mosqueteros». Habiendo sido d-Artagnan uno de sus ídolos predilectos desde pequeño, el resultado fué una película que pasó a ser clásica. Estas majestuosas producciones eran consideradas por los productores rivales como algo extravagante, de costo desmedido; sin embargo, alentado por su magnífico éxito financiero, Douglas siguió con sus ideas. Cada nueva película suya era un paso adelante en el arte cinematográfico.

Luego vino su inolvidable «Robin Hood».

Estando Fairbanks en Nueva York en ocasión del estreno de esta cinta, en 1922, le ocurrió algo muy chusco. Durante la filmación de «Robin Hood» se había entusiasmado como un chiquillo con la ballestería, y todos los días practicaba este deporte en la azotea del hotel. Una mañana lanzó una flecha al aire, la cual, entrando por una ventana fué a parar a un taller de sastrería. Mas esto no le supo Fairbanks hasta que el furibundo sastrero se presentó en la conserjería del hotel clamando que él no quería servir de blanco a nadie. El maestro en cuestión era de la raza de color.

La gerencia del hotel creyó al principio que se trataba de alguna maniobra de reclamo; una herida de flecha era algo insólito en el año de 1922. Afortunadamente, la lesión no era grave, y mediante una suma de dinero bastante respetable, se arregló el asunto a satisfacción de todos.

Otras fastuosas películas que siguieron la rutilante estela de «Robin Hood» fueron «El Ladrón de Bagdad», «El pirata negro», «El gaucho», «La máscara de hierro», «La fierecilla domada» (con Mary Pickford), y «La vuelta al mundo con Douglas Fairbanks», una narración gráfica de uno de sus periódicos viajes.

En el verano de 1929, Douglas se llevó a Mary a dar una vuelta al mundo, pero no en ochenta minutos. Este viaje vino a ser casi una jira triunfal, particularmente en la China y el Japón. La acogida que les dió el Japón fué monumental: Fairbanks era singularmente popular entre los japoneses por la naturalidad y gracia con que realizaba sus prodigiosas hazañas atléticas. Mas no hubo rincón alguno en el globo, por remoto y pequeño que fuese, en que los habitantes no salieran en grandes multitudes a vitorear a los dos famosos artistas.

Para muchos hombres, el dar la vuelta al mundo una vez bastaría para sosegarlos por algún tiempo. Mas para Douglas Fairbanks, el viajar era sólo un acicate para viajar más. Así, pues, en 1931 volvió a recorrer el mundo, pero esta vez él solo. Y en 1932, le entraron deseos de ver nuevos cielos y se fué a Tahití a filmar la deliciosa cinta «Robinson Crusoe».

Alguien le preguntó si había tenido alguna vez deseos de volver a las tablas.

—Varias veces—asintió Fairbanks. —Lo que uno echa más de menos es la reacción del público. No me refiero al aplauso, sino a ese algo que al instante le dice al actor si ha sobresalido o ha estado mediocre, si sus esfuerzos merecerán el triunfo o bien el fracaso coronará su actuación. El auditorio de un artista de cine es el director, y de sobra sabemos que pasan semanas, meses a veces, antes que el trabajo de uno sea sometido al fuego de la crítica popular.

Nunca se pasó mucho tiempo sin visitar los países latinos, pero a España volvía una y otra vez. Un verano dió una vuelta completa por toda la península.

Habló excelente español y tanto en España como fuera de ella, a menudo lo tomaron por un español o sudamericano, no precisamente por su dominio del idioma sino por su tipo tan marcadamente hispano. Adoraba la música y la arquitectura española; tenía en proyecto construir una nueva casa en su hacienda de San Diego, en California, al estilo de los cortijos de Andalucía.



Fairbanks, equilibrista, viajero, hombre «del Oeste».

Fué durante su estancia en España en el invierno de 1933, estando a la sazón en Sevilla que decidió definitivamente filmar «Los amores de don Juan». Hacía mucho tiempo que ansiaba interpretar el carácter del más famoso aventurero y galán que ha tenido esa noble tierra. Esta vez, empero, no se dejó arrastrar por su loco impulso, sino que lo llevó a ello una firme determinación. Si bien gran parte de esta película fué hecha en Inglaterra bajo la dirección de Alexander Korda, casi todas las escenas exteriores fueron tomadas en España.

Mas antes de empezar la película, Fairbanks estudió ávidamente todo cuanto se ha escrito sobre Don Juan de Mañara, real o ilusorio.

VI

Douglas Fairbanks permaneció en España, absorbiendo el fondo histórico y el ambiente romántico de la vida española hasta que se dió por satisfecho de que podría «vivir» el carácter que representó en esta película, hasta que hubo captado toda la fanfarria y osadía del legendario burlador, desde su primer amoría hasta su agotamiento y último fracaso. Y consiguió lo que se proponía.

Hace algunos años Douglas Fairbanks escribió un libro titulado «Ríase y diviértase», en el cual expresaba con su franqueza de costumbre, y, por lo tanto, en la forma explosiva que siempre lo ha distinguido, su propia filosofía de la vida. Es un pequeño volumen ingenuo y audaz a la vez, lleno de felices observaciones y escogidas citas de Shakespeare.

En él prescribe para todo el mundo la frecuente lectura del discurso que en la hora de su muerte dirige Ponius a su hijo Laertes en «Hamlet», aduciendo que sus excelentes consejos son tan buenos hoy como lo eran hace cuatrocientos años.

—Ninguna mente sana y activa podría verdaderamente existir sin la compañía de las enseñanzas

de Shakespeare—afirmó el actor—, recomendando luego el libro de Teodoro Roosevelt «La conquista del Oeste», como la mejor obra escrita sobre los Estados Unidos para los norteamericanos.

El inmenso amor de Fairbanks por la vida y la alegría del vivir está comprendido en este libro— publicado en 1917, agotado hace ya muchos años.

Repasando su carrera, al igual que sucede con Gil Blas, más que de un solo hombre, parece que se trate de varios... Triunfó en el mundo de los negocios cuando apenas tenía veinticinco años. Tuvo la rara experiencia de ser el marido de una de las mujeres más acaudaladas de los Estados Unidos. Durante muchos años fué el ídolo de esa veleidosa calle llamada Broadway. Y con él ha desaparecido el actor de cine norteamericano.

De su hijo, estaba inmensamente orgulloso, un muchacho que por sus propios esfuerzos se creó una magnífica reputación en el cine antes de cumplir 21 años.

Podría decirse que lo ha visto todo, que lo ha hecho todo. Poco tiempo antes de su muerte decía:

—¡Muévase, muévase, muévase! Procure que la sangre de sus venas corra veloz. Descubra en sí mismo una sensación estimulante. No olvidemos lo fundamental: ¡busquemos nuestro sustento en el trabajo! Ríase de la civilización, diviértase con ella, haga lo que quiera, pero haga algo. Los alimentos que son de fácil digerir son de fácil conseguir, y viceversa. Tome la yerba, por ejemplo, todo lo que uno tiene que hacer es echarse y comerla. Mas fíjense en los dátiles, crecen en las copas de las palmeras. Si usted cree que vivir es mejor que morir, no sacrifique su digestión a la civilización, ¡ser demasiado civilizado a veces significa ser demasiado atrasado!

Su hijo ha heredado su pasión por viajar, su impaciencia. Los dos Fairbanks, que más parecían hermanos que padre e hijo, han viajado mucho juntos. Bajo el constante espíritu de controversia que reinó entre los dos, existió un profundo sentimentalismo que de vez en cuando brotó a la superficie. No hace mucho Fairbanks regaló a su hijo una pitillera incrustada con un reloj, en la que mandó grabar esta inscripción: «A mi chico, de su chico». A menudo se daban el uno al otro excelentes consejos, a los cuales ni uno ni otro prestaban la menor atención.

Todo lo que hacía lo realizaba extremadamente bien. Pocos hombres comían tan frugalmente como él: su plato predilecto, el cual él llamaba una «comida completa», consistía en un par de panecillos de avena con higos y leche.

Raramente bebía nada de alcohol. No fumaba más de seis cigarrillos al día y se limitaba a un tabaco después de la cena.

Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK

COPYRIGHT 1930—HEALTH NEWS SERVICE, INC.

¿DE QUÉ MODO AFECTÓ AL ÁFRICA
1. LA SALUD DE
CECIL RHODES?



1.—Padeciendo de tuberculosis en su juventud, fué a Africa del Sur buscando los beneficios del clima. Fué uno de los primeros que allí encontró diamantes, motivo por el que hizo una gran fortuna. Enormemente rico y deseando extender todavía más el imperio británico, contribuyó con todas sus fuerzas a la conquista del Africa del Sur por Inglaterra.

2.—Un bacteriólogo del Washington State College se ha referido al estallido de los catarros los lunes, como prueba de que se propagan por medio del beso. (En los dos días del fin de semana, los estudiantes cambian más besos que en cualquier otra fecha).



Estos edificios de Helsinki, la capital de Finlandia, constituyen una prueba elocuente de la severidad con que la aviación rusa ha atacado al pequeño país del Báltico. Como resultado de los bombardeos han perecido o han quedado heridas cientos de personas. — El ex Presidente de la Unión norteamericana Mr. Herbert Hoover—a la izquierda—con el destacado historiador Hendrick W. Van Loon, y el alcalde de Nueva York Fiorello La Guardia, conferenciando acerca de las medidas a tomar con vistas al auxilio que el Fondo de Alivio a Finlandia—del que Mr. Hoover es presidente—está recaudando en todo el territorio estadounidense.

Los EE. UU., por medio del fondo de alivio, ayudan a Finlandia

El ex Presidente Hoover, que aceleró el reconocimiento del gobierno finlandés por Wilson en 1919, es también ahora el amigo fraterno del pequeño y heroico país que quieren sacrificar los rusos. — El gobierno de los Estados Unidos da toda clase de facilidades al de Helsinki para la adquisición de nuevos aviones de guerra.

DE Checoslovaquia se dijo en muchas ocasiones que era como «la hija» del presidente Wilson. Con la misma razón se podría decir que Finlandia es «la ahijada» de otro ex presidente de los Estados Unidos: Mr. Herbert Hoover. En estos días se ha hecho pública una carta que el futuro presidente escribió a Wilson en abril de 1919, cuando se hallaba en París dirigiendo la campaña de alivio de las regiones devastadas por cuatro años de feroz contienda. Dicha carta comenzaba así:

«Mi querido Sr. Presidente: Me pregunto si no habrá algún método por el que se pueda acelerar el reconocimiento de la completa independencia de Finlandia. Los fineses han celebrado elecciones generales y han creado un Ministerio responsable al par que de carácter liberal. Hay muchas razones por las que este asunto debe ser resuelto en seguida».

Mr. Hoover exponía sus puntos de vista que tendían a convencer al presidente Wilson de que había llegado el momento de que los Estados Unidos reconocieran al gobierno de Finlandia, pese al hecho de que el Consejo Aliado de Ministros Extranjeros, estaba observando toda clase de demoras al tratar la cuestión finlandesa. Hoover decía que si el gobierno finlandés había de sobrevivir a los peligros que lo amenazaban, el reconocimiento de los Estados Unidos debía ser inmediato. Once días después de haber escrito Mr. Hoover su carta, el gobierno de Wilson reconocía al de Finlandia.

Al producirse ahora la agresión de Finlandia por el coloso ruso, Mr. Hoover ha vuelto a demostrar el gran afecto que siente hacia el heroico país que lucha denodadamente por mantener su independencia contra un enemigo cuarenta veces superior en número, poniéndose al frente del movimiento de auxilio hacia la pequeña República báltica.

Ese auxilio ha tenido ya repercusiones tan fuertes en la gran nación norteamericana, que cabe decir que si con él no se logra hacer fracasar a los bolcheviques, por lo menos se les hará la tarea mucho más penosa. Y mientras hay vida siempre hay esperanza...

En la noche del 20 de diciembre, ante 15.000 personas reunidas en el Madison Square Garden neoyorquino, Mr. Hoover, en calidad de presidente nacional del Mundo de Alivio Finlandés, pronunció un brillante discurso en el que expuso con claridad meridiana el problema que confrontan los fineses y los motivos por qué los ciudadanos norteamericanos los deben ayudar. Su concepto de lo que es la Finlandia que quieren conquistar los rusos, lo expresó en el siguiente párrafo:

«Finlandia, a pesar de ser una nación de sólo cuatro millones de habitantes, es una gran nación. Una nación es grande, no por su riqueza o sus kilómetros cuadrados. Es grande por el carácter de su pueblo. Es grande por su espíritu industrial por su educación, por sus artes, por su música, por su coraje... Es grande por sus valores morales y espirituales. La grandeza consiste en la devoción a los ideales de paz y de libertad. Y todas las medidas de esa grandeza pueden ser concretadas en una sola palabra: Finlandia».

La primera semana de la labor de Mr. Hoover y sus asociados fué tan efectiva, que el 19 de diciembre ya el ex presidente había girado por cable al señor Rytte, jefe del gobierno finés, la suma de cien mil dólares. El dinero iba dedicado a las 500.000 mujeres y niños del este y el centro de Finlandia, que han tenido que abandonar precipitadamente sus hogares como resultado de la invasión rusa.

En el mitin de Madison Square Garden, entre ovaciones delirantes, dirigieron la palabra al pú-

blico, además de Mr. Hoover, el alcalde de Nueva York Fiorello H. La Guardia, y los senadores de los Estados Unidos Mr. Robert F. Wagner—de New York—y Sr. Burton K. Wheeler—de Montana, aspirante a la candidatura a presidente por el partido demócrata en las próximas elecciones. El ministro de Finlandia en Washington, señor Hjalmar J. Procope, fué otro de los oradores.

Aunque su neutralidad oficial no permite al gobierno de los Estados Unidos auxiliar abiertamente a los finlandeses, los centros gubernamentales, según las informaciones periodísticas, están tratando de darle al gobierno de Helsinki toda clase de facilidades para la adquisición de aviones, arma de que se hallan muy necesitados dada la inmensa superioridad de los rusos en el aire. Una delegación de la aviación finlandesa ha estado realizando gestiones encaminadas a adquirir inmediatamente 250 aviones de guerra, y se asegura que aunque los modelos más avanzados del Ejército y la Armada norteamericana no pueden ser cedidos a Finlandia o cualquier otro país extranjero, cuarenta y cuatro aviones que se hallaban bajo la autoridad militar han sido entregados al gobierno finés por la Brewster Aircraft Corporation de Long Island City, Nueva York.

Aunque muy destacadas personalidades de la política, el comercio, las artes y la ciencia, han exteriorizado su deseo de que los Estados Unidos rompan sus relaciones diplomáticas con el gobierno de Moscú y le retiren el reconocimiento que le extendió Mr. Roosevelt en 1933, ni la Casa Blanca ni su ministro de Estado, Mr. Hull, parecen hallarse decididos a ello, al menos todavía. Consideraciones diplomáticas en relación con la política internacional que sigue Mr. Roosevelt desde el comienzo de la guerra, justifican, a juicio de los comentaristas, ese nexo artificial entre los Estados Unidos y los agresores de Finlandia.



LA EXTRAORDINARIA EXISTENCIA

ANTHELME COLLET

Si uno no se imagina ese período de las guerras napoleónicas, en el cual el alejamiento del poder central, el movimiento incesante de los ejércitos, la ausencia de toda fuerza policial seria y la lentitud de los medios de comunicación permitían las más grandes confusiones, resultaría imposible creer en la realidad de una existencia como la de Anthelme Collet. Sin embargo, nada más real que la extraordinaria vida de este aventurero genial, que ya pertenece a la Historia.

Anthelme Collet nació en Belley, en 1785. Su padre, oficial del ejército, fué muerto en el Rhin. Su madre falleció poco después de pena y el pequeño huérfano fué recogido, a los nueve años de edad por su abuelo, que le trató severamente, a golpes para adiestrarlo, según decía, en la carrera de las armas.

Lejos de declararse vencido, el niño huyó, refugiándose en casa de uno de sus tíos, cura párroco de la localidad de Chalon-sur-Saone. Pero antes de irse, tuvo buen cuidado de pedir prestadas pequeñas sumas a los amigos de su abuelo, iniciándose así en su carrera de estafador, embaucador y ladrón.

Para causar buena impresión a su tío, el joven Collet declaró que deseaba estudiar para sacerdote. El buen cura párroco, encantado de aquella temprana vocación, confió la educación de su sobrino a unos monjes, pero el truhán no tardó en fugarse, yendo a pedir asilo a otro de sus tíos, veterano militar. Esta vez, Collet se declaró irresistiblemente atraído por la carrera de las armas, en

vista de lo cual se le hizo ingresar en la escuela militar de La Fleche, de la cual salió, a los 18 años de edad, con el grado de subteniente.

En esta forma, por medio de aquellas dos educaciones tan contradictorias, Anthelme había adquirido sólidas bases para representar con apariencias de verdad los dos papeles que fueron preponderantes en su vida de delincuente: usando un día la sotona y al siguiente la espada, para ganarse a los inocentes y sacar constantemente provecho de la confianza que en cualquiera de aquellas dos investiduras inspiraba.

Collet fué enviado, con el regimiento en el cual le tocó servir, al frente de batalla y, herido, se le transportó al hospital de Nápoles. Su estado no era grave, pero el joven oficial estaba ya cansado de una profesión que le exponía a semejantes peligros. En consecuencia, desertó, se refugió en un convento de Caserta, consiguió ganarse la confianza de los monjes y no tardó en ser designado limosnero de la comunidad, que era, precisamente, la ocupación que él deseaba. Desde entonces, ya bajo el disfraz de prelado o el de militar, Collet no cesó de estafar y robar casi hasta el día de su muerte. Sus hazañas son tan numerosas que sólo es posible citar las más importantes y, a la vez, risueñas.

Embolsando tranquilamente todo el dinero que recogía como limosnero del convento, no tardó en tener reunido lo suficiente para comprarse hermosos trajes, caballos y una carroza. Tomó a su servicio varios criados, robó los documentos de un oficial que iba destinado a Roma y llegó un buen día a la ciudad de los Papas, que le recibió con los

brazos abiertos. El cardenal Fesch le acogió en su propio palacio. Pero Collet, no satisfecho con aquella vida de halagos, robó 10.000 escudos al banquero del cardenal, se hizo entregar 60.000 francos de alhajas por el joyero de Su Eminencia y, llenos los bolsillos, desapareció.

Con nombre supuesto, adoptando la personalidad de un buen burgués, permaneció algún tiempo en Lugano. Pero este hombre extraño se aburría extraordinariamente cuando no robaba. Bajo pretexto de intervenir en representaciones teatrales, se hizo confeccionar un uniforme de general, otro de ordenador y una vestimenta completa de obispo. Guardó aquellos disfraces en su baúl, tomó un coche y se alejó de Lugano. Pero una de sus víctimas de aquella ciudad le denunció, los gendarmes se lanzaron en su persecución y, por fin, alcanzaron al coche. El jefe del piquete abrió la portezuela y, en lugar del buen burgués que perseguía, se encontró con un dignísimo obispo, que le preguntó cortésmente:

—¿Qué deseaba, hijo mío?

Confundido, el oficial sólo acertó a responder:

—Vuestra bendición, monseñor.

Collet accedió al pedido con toda naturalidad y prosiguió su viaje tranquilamente, hasta llegar a Francia. Pero en la localidad de Gap fué un tercer personaje quien descendió del coche: un pobre sacerdote de Nápoles, exilado, según dijo, por razones políticas.

Apiadado por el relato de aquellas desventuras tan elocuentemente narradas, el obispo—auténtico—de Gap le dió asilo, y Collet se dejó alimentar

durante un tiempo, consiguió embaucar a unos cuantos inocentes y un día desapareció de la ciudad.

Poco después, la villa de Niza vió descender en uno de sus muelles a un obispo italiano, monseñor Pasqualini, quien no era otro que Collet, que una vez más aprovechaba su habilidad en los disfraces para proseguir sus estafas y robos. Sin embargo, no tardó en comprender que en un ambiente tan reducido aquel juego podía volverse peligroso para él y tomó el camino de París, decidido a reanudar allí sus hazañas habituales.

En el haber de este extraño personaje es necesario, no obstante, inscribir un gesto que tal vez sorprenda, pero que muestra claramente con qué frecuencia suelen producirse marcadas contradicciones en el carácter de un ser humano. Collet, al enterarse un día de que una niña huérfana se hallaba sin recursos, fué a verla, se interesó de inmediato por ella y decidió prohibirla. Pagó todos sus estudios, le fijó una dote y hasta el día en que, ya mujer, se casó, no dejó de velar por ella un solo instante. ¡Esa fué, indiscutiblemente, la gran obra, la única obra buena que llevó a cabo este hombre increíble en toda su vida!...

Bajo nombre supuesto, como siempre, Collet, que en París era ahora el general conde de Borromée, consiguió que el Ministerio de Guerra le confiase una importante misión: la de organizar, con plenos poderes, el ejército de Cataluña, «con autorización para nombrar y destituir oficiales y tomar de las arcas públicas los fondos de que hubiese necesidad».

Esto parece increíble, pero, sin embargo, así ocurrió. Conviene recordar que era el año 1812, época de la desastrosa campaña de Rusia. Resultaba imposible conocer a ciencia cierta las decisiones del emperador en lo que a las tropas estacionadas en Francia se refería. En consecuencia, el momento era admirable para un hombre de la audacia y la habilidad de Anthelme Collet.

Ya general—casi auténtico—, Collet creó su propio Estado Mayor, condecoró oficiales, presidió banquetes y... se apoderó de 200.000 francos de las arcas del Estado. Después, seguido de su brillante escolta, que creía dirigirse a España, se fué a Avignon, donde tomó 115.000 francos, a Marsella, que le entregó 200.000 y a Nimes, donde sólo pudo conseguir 30.000. Por fin, llegó a Montpellier, donde esperaba engrosar su bolsa también.

A la mañana, pasó revista a su guarnición. A la noche, asistió a un banquete que el prefecto hizo servir en su honor. Y se hallaba saboreando el postre, mientras charlaba galantemente con una dama, cuando se abrió la puerta de la sala, para dar paso a dos gendarmes, que, acercándose a la mesa, tomaron de los hombros al general conde de Borromée.

¡Estupor general!... ¡Indignación sin límites! Pero no hubo más remedio que inclinarse ante las sorprendentes pruebas. Por primera vez el aventurero había caído en el cepo.

Ahora estaba ya detenido, es cierto, pero, ¿por cuánto tiempo? Fué interrogado y se negó a responder. Como no fuese posible establecer su verdadera identidad, el sumario que se le siguió fué languideciendo. El prefecto, aquel que había ofrecido el banquete en honor del falso general, creyó tener una idea genial. Reunió en torno de su mesa a todas las notabilidades locales, con la intención de mostrarles al misterioso detenido en el transcurso de la comida. Era posible que alguno de ellos le reconociese.

Collet fué llevado, en consecuencia, a la residencia de la Prefectura, encerrándolo en un cuchitril próximo a la cocina. Cuando llegó el instante elegido por el dueño en la casa, se abrió la puerta de la provisoria celda. ¡Y el cuchitril estaba vacío! Mientras nadie se ocupaba de él, Collet había logrado forzar la cerradura de la puerta, se apoderó de un delantal de cocinero, se encasquetó un gorro blanco y, ante las barbas de los gendarmes, pasó al comedor, sirvió una gran fuente con un enorme flan y se fué tranquilamente de la residencia, desapareciendo de la ciudad.

Después de semejante alarma, cualquier otro se



hubiese llamado a silencio, para vivir tranquilamente de la fortuna que ya tenía guardada en lugar seguro. Pero Collet no era un estafador vulgar, sino un verdadero artista, un «dilettante». Robaba por el placer de robará cambiaba de personalidad, para gozar el placer de engañar y burlarse de sus semejantes.

—Algunas veces—dijo algún tiempo después—me sorprendía a mí mismo creyendo que en realidad era el personaje que aparentaba ser.

Así prosiguió sus aventuras, hasta que un día se hizo prender, sin que esta vez le fuese posible huir.

Con nombre supuesto, se le condenó a cinco años de prisión. Cumplida su condena, reanudó su vida de siempre, primero en Montauban, después, en Rochechouart, ciudad en la cual, por espíritu de bravata, arrendó una parte de la casa en la cual residía el comisario de policía, y por fin en Maas, donde las autoridades consiguieron echarle el guante definitivamente.

El 20 de noviembre de 1820, puesta al día, por así decirlo, su verdadera personalidad, el tribunal de la Audiencia en lo Criminal le condenó a 20 años de trabajos forzados. Y Collet entró en el tétrico ambiente del presidio.

¿Había terminado, al fin, su carrera extraordinaria de estafador y ladrón? Todavía no, pues en el penal de Rochefort, donde se hallaba encerrado, Collet encontró el medio de cometer una nueva estafa. En la soledad de su celda escribió un interesante libro que tituló «Mis memorias». Varios editores, atraídos por el éxito que suponía la edición de una obra de tan popular autor, le visitaron en su encierro, ofreciéndose adquirir el manuscrito.

Y Collet, ni corto ni perezoso, lo vendió simultáneamente a dos de ellos.

Sobre este asombroso aventurero, nos queda todavía un testimonio poco conocido: el de M. Achille Laurent, que en 1836 visitó el penal de Rochefort y pidió hablar algunos instantes con el famoso estafador. He aquí lo que dice Laurent:

—Vi avanzar hacia mí, con un aire de perfecto aplomo, a un hombre de agradable aspecto, de unos cincuenta años de edad, que caminaba con una mano en un bolsillo y llevaba en la otra una gorra.

»De inmediato le pregunté cuántos ejemplares había hecho editar de su libro, el cual acababa de publicarse.

»—Tres mil —me respondió. —Por lo menos, esa es la cifra convenida con mi editor, pero, como comprenderá usted, resultará muy fácil engañarme si él lo desea, debido a la situación en que me encuentro.

»—¿Cuánto tiempo le queda todavía de reclusión?—pregunté.

»—Cuatro años.

»—¿Qué hará usted una vez libre?

»—¡Oh!... El porvenir no me preocupa... Tengo unos 30.000 francos de renta anual.

»—Entonces... ¿los gastos judiciales no se lo han llevado todo?

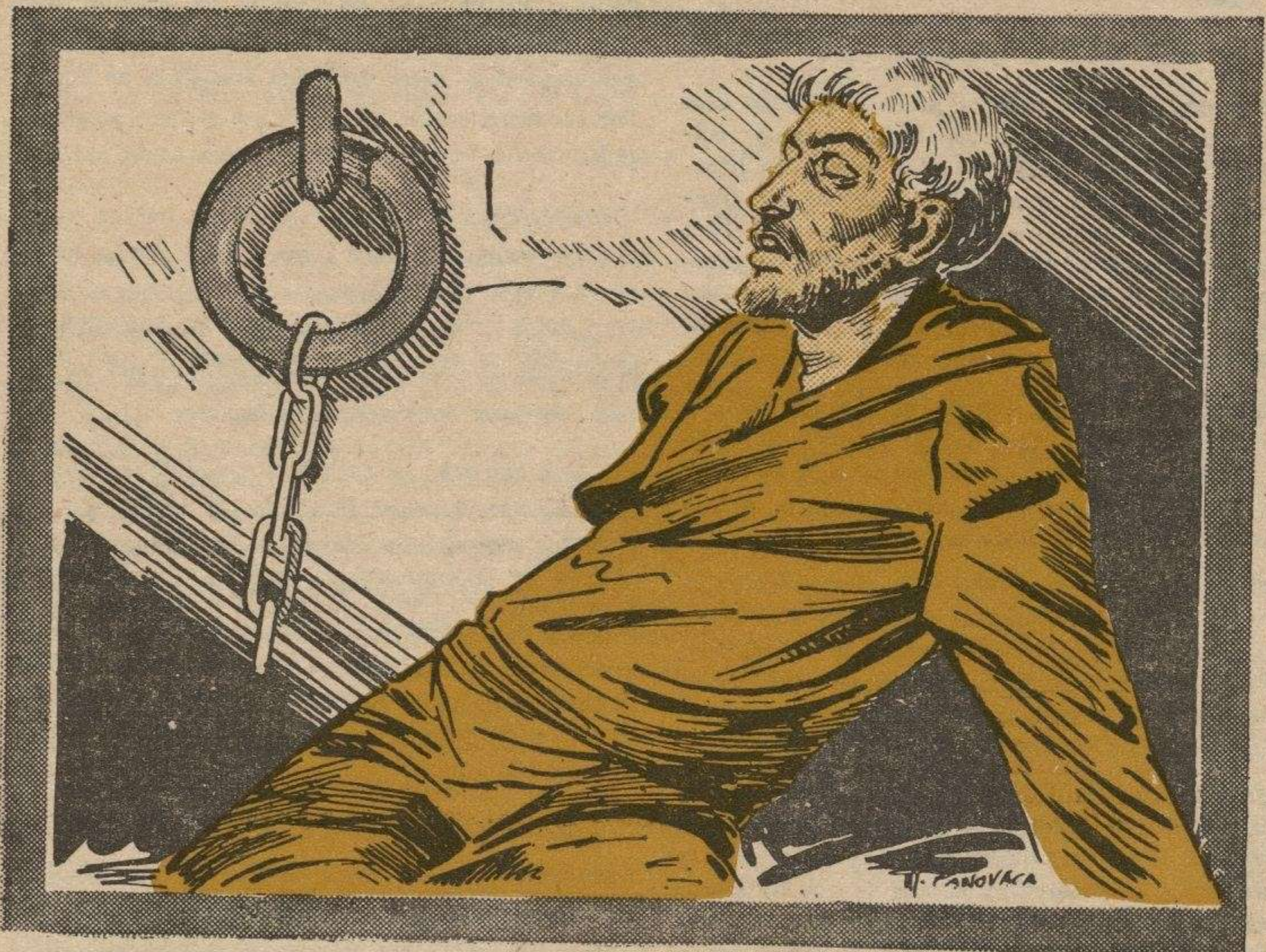
»—No. He tomado mis precauciones de antemano. No en vano he trabajado exponiéndome continuamente a perder la libertad o la vida para que ahora, ya en la edad amarga de la vejez, me viese arruinado, sin un cobre y esperando de la caridad humillante de los amigos—si es que los tengo—para poder comer».

Esas precauciones no le sirvieron de nada a Collet. Atacado de una fiebre maligna, fué llevado al hospital, donde el 24 de noviembre, cuando se acercaba la hora de su libertad, el ex obispo, ex general y misticador expiró, diciendo:

—No tengo más que una pena: la de morir en presidio. Porque aquí no me vale de nada el oro y las joyas que poseo.

Así concluyó la inquieta y aventurera existencia de Anthelme Collet, el hombre que realizó las estafas más audaces e inverosímiles de su siglo. Que hizo de la credulidad humana un medio de vida y un escalón para realizar sus diversos y tortuosos afanes...

Vivió cincuenta y un años apoyándose en el engaño y la burla para concluir siendo el mayor burlado, ya que jamás supo ni gozó de ese encanto inefable de una vida buena y honrada.



SER FELIZ a los 30 años

Por KATHLEEN NORRIS

DESDE que existen las muchachas existe también un grupo de ellas que se tortura la mente cavilando sobre las cualidades que los hombres aprecian más en sus novias.

Hay una clase de muchacha que flirtea, es besada, baila y cae llena de felicidad en el matrimonio, sin entorpecimientos de ninguna índole.

Hay otra clase que mira llena de asombro, sonríe inoportunamente, se pone solemne inoportunamente, se apoca, es audaz se sobrecoge, decide por fin que odia a todos los hombres, y a los veinte y nueve años se encuentra aislada, y considerada un ser superfluo y antipático.

Y precisamente es en esta época, cuando ya ha abandonado la lucha y está resuelta a vivir lo mejor que pueda sin complicarse en la idiotez de las experiencias amorosas, cuando se siente deseada. De repente, descubre que un varón aceptable la ha avasallado silenciosamente, y termina por casarse tarde, pero hace un matrimonio dichoso.

Esto sucede con tanta frecuencia que a veces pienso en aquellas que, aunque tengan la edad de las colegialas, están un poco fuera de concurso, esperando en vano la llamada telefónica de algún joven aceptable, o de cualquier joven que las invite al cine o a cenar fuera de casa. Me gustaría saber si en realidad se dan cuenta de por qué la frescura juvenil de una muchacha de veinte abriles no tiene la atracción encantadora de una mujer de 30

La contestación es que la mujer cambia. Por alguna razón sólo conocida de los especialistas en glándulas, este es el tipo de mujer que desde la niñez se siente afectada ante la mera presencia de un hombre. No puede ser natural en el trato social con los varones. Lo niega pero esa es la verdad del caso.

Los hombres la desconciertan

El ejemplo de Amanda es preciso. Cuando está entre muchachas, siempre se siente alegre y amigable. En el instante en que se le acerca un hombre, ya se pone tiesa y afectada. Contesta con miedo o con arranques de nerviosa elocuencia. Dice cosas que no quiere decir. Le molesta la conversación común y corriente en que toma parte su amiga. Eso le duele; la desprecia al verla tan entusiasmada con un hombre.

Dorothea, en cambio, trata al hombre como a cualquier otro ser humano. Si lo cree apocado, lo alienta a conversar. Si sospecha que se siente solo, le invita a visitarla, como invitaría a una nueva amiga que se sintiera igual.

Amanda no podría hacer otro tanto. Es capaz de manifestar cordialidad a los niños y a la gente vieja; al rector y a las empleadas de las tiendas; pero en cuanto se codea con un hombre que puede convertirse en su marido reacciona como una chiquilla enojada y confundida de siete años de edad.

Esta terrible inhibición la domina por diez o quince años y le arrebató la alegría de sus años de juventud. Desde los diecisiete hasta los treinta y dos sufre y se ruboriza, y simula lo que no siente acerca de las relaciones normales de la vida. Luego se dedica al trabajo; pone todo el cariño en su



En el instante en que aparece un hombre, ella se pone tiesa y dice cosas que no quisiera decir.



Hay una clase de muchacha que flirtea, sonríe, es besada y se casa felizmente con la mayor facilidad.

pequeño apartamento; sigue queriendo a sus antiguas amistades, y por amar así la vida; de una manera sencilla y honrada, se transforma exactamente en la clase de mujer que cualquier hombre preferiría como esposa.

Lo escrito es aplicable a cientos de oficinistas que se acercan a los treinta años. Pero se publica especialmente en contestación a una lectora llamada Nona, de treinta y un años, y que siente tanta vergüenza de decir que desea casarse que ni siquiera se atreve a firmar la carta con su verdadero nombre.

Nona no tiene viejas amistades

Esta muchacha es muy cultivada, se ha educado en colegio, tiene una buena colocación y constituye la adoración de sus padres, ambos dedicados a las ciencias. La familia ha residido muchos años en diversos países extranjeros y es ahora que empieza a hacer una vida tranquila de hogar. Por eso Nona carece de amistades viejas y se siente sola.

«Por desgracia —dice— no puedo hablar tanta necedad como las demás muchachas. Si un hombre me dice algo interesante me dispongo a contestarle, pero temo que por estar acostumbrada a la sociedad de personajes importantes no me sea posible sostener conversaciones insulsas.

«Y sin embargo —continúa— deseo de todo corazón casarme. Quisiera mimar a un hombre y conseguir que me amara. Quisiera una biblioteca para leer en las tardes lluviosas y un auto para acompañar a mi marido o que me acompañara él. Quisiera tener hijos; una chiquilla con una melena dorada, y un chico regordete. De veras, yo no soy una investigadora de datos, sino una esposa y una madre. Ayúdeme a encontrar el camino»

A esta lectora debo decirle que una manera de conquistar es demostrarle al hombre que le agrada. La mayoría de los hombres son apocados y por ello ocurre con tanta frecuencia que un magnífico

hombre se casa con la primera audaz que le echa los brazos al cuello, escucha atentamente a sus palabras, se ríe de los chistes que él cuenta e insiste en que la lleve a almorzar. Al cabo de unos cuantos encuentros sociales, por mala impresión, que se haya formado de la mujer al principio, el hombre se acostumbra a estar en su compañía y acaba por convercerse de que la ama hasta la desesperación.

Siga la lectora estas dos reglas y fíjese lo que logra. La primera es estar contenta, ocupada y sumamente interesada en la vida. Llenar el tiempo con el trabajo de la oficina, los libros, el estudio, los crucigramas, los paseos, todo lo que le llame la atención. Ahí encontrará datos curiosos y pintorescos para sus conversaciones.

La segunda regla es seleccionar dos o tres hombres de tipo interesante y concentrar en ellos. Demuéstreles que la alegra encontrarlos; hábleles algo sobre el trabajo a que se dedican. No permita que haya silencios. Pídale consejos. Simule que la intriga alguna situación trivial y deje que el hombre se la solucione

No sea audaz, naturalmente, pero tampoco debe dejarse relegar. No lo censure ni le pregunte nada si se niega a llevarla a un concierto o una conferencia, pero vuelva a sugerirle el asunto por segunda y hasta por tercera vez. Si le invita a cenar, que la cena sea apetecible; y si van a almorzar juntos o al teatro, recuerde que a él le agradaría saber que usted se siente satisfecha, como le gustaría a usted que él se sintiera igual.

Si acaso el hombre se expresa sin hondura, no vaya a pensar que eso indica que es un tipo superficial, pues si él le juzgara a usted por otros aspectos aparentes acaso llegaría a la misma conclusión. Trátele como trataría a una nueva amistad femenina, sobrepasando la rigidez y reserva iniciales con la amistad y la confianza y antes de que pueda darse cuenta habrá olvidado sus preocupaciones y pasará a la tarea de tenerle la ropa preparada al esposo y alarmarse porque al chicleo le están saliendo los dientecitos y sufre dolores.

OTRO TRIUNFO DEL CINE ESPAÑOL

Por Anton Caballero

NUESTRO cine hispano progresa! En Méjico, en la Argentina, en la misma Cuba, se están haciendo películas realmente notables, que prueban que el camino del celuloide es una ruta que ya no tiene secretos para nosotros. En España la guerra civil interrumpió una producción que se las prometía muy felices y todavía no hemos sabido que se haya reanudado la filmación de aquellas cintas que, como «Nobleza Baturra», «Morena Clara» y tantas otras, fueron una revelación para los que creían—que así somos nosotros de pesimistas—que los secretos de la filmación de películas nos estaban vedados. En los mismos Estados Unidos—Nueva York y Hollywood—donde las primeras películas en español tuvieron un resultado catastrófico que por sus características nos recordaba «el lio de la torre de Babel», ahora, más comprensivos los norteamericanos de nuestros gustos y de la valía de nuestros artistas, se están haciendo obras que convencen. En fin, que estamos de enhorabuena!

Estas reflexiones nos las hacemos después de haber acudido a una exhibición privada de «Odio», una película hecha en la ciudad de Méjico bajo la dirección del productor y director norteamericano Mr. William Roland. El hecho de que la poderosa empresa norteamericana RKO Radio, la haya aceptado para su distribución en todos nuestros países, es ya un aval de la bondad de la notable cinta, la cual no dudamos en calificar entre las mejores hechas en nuestro idioma.

«Odio», de principio a fin, está impregnada de emotividad, que es tanto como decir de realismo y de calor de vida. Conociendo como conocemos la idiosincracia de nuestros pueblos hispánicos, qué es lo que en materia de teatro y de cine le gusta y le desagrada, no dudamos en augurarle a la nueva película de Roland un acabado éxito.

Según nuestras noticias «Odio» se estrenará muy pronto en el Teatro Alameda de la capital de Méjico, y ese es también un detalle revelador acerca de cuáles son las potencialidades del nuevo «film». Porque en el mencionado teatro no tienen cabida más que aquellas películas casi en su totalidad extranjeras—que auguran una vida larga en el cartel y justifican los precios elevados que se le cobran al público.

Como su nombre indica, la acción de la película de Roland gira alrededor de esa pasión que lleva al hombre a todos los excesos y hasta a todos los crímenes. Se trata de un odio implacable, mortal, que llega más allá de la tumba y subsiste—o pretende subsistir—de generación en generación. Pero el odio como el valor o como el miedo, no pueden vivir en la atmósfera, bella y sana, del amor, que torna al lobo en cordero, y en valiente al individuo más pusilánime.

«Odio» ha sido interpretado por un elenco formidable encabezado por el gran actor dramático Fernando Soler, a nuestro juicio el mejor actor de Méjico. Sus hermanos Domingo y Julián Soler



Varias escenas de la gran película «Odio», en la que triunfan el gran trágico mejicano Fernando Soler, sus hermanos Domingo y Julián, el guapo galán Arturo de Córdoba, las notables y bellas Magda Haller y Gloria María y una veintena de artistas de ambos sexos.

Producida y dirigida en Méjico por Mr. William Roland, constituye una de las obras más dramáticas y vigorosas llevada a nuestra pantalla. Una vez más denota el cine en español que está alcanzando una plenitud y una madurez que promete óptima cosecha.

lo acompañan en su gran interpretación, sin duda el triunfo más notable obtenido en «team» por la familia que viene a ser en la tierra azteca lo que son los Barrymore en los Estados Unidos. Magda Haller, cuya madurez artística es puesta de relieve en «Odio», comparte las primicias del éxito femenino con la bellísima Gloria Marín, otra «estrella» cuyos progresos se hacen evidentes con cada una de sus interpretaciones. Arturo de Córdoba, el galán escogido en un certamen popular reciente como «el más guapo» del cine mejicano—que envidia le deben tener los donjuanes de la Ciudad de los Palacios—triumfa plenamente en el papel de Tomás, sin duda uno de los que Arturo de Córdoba ha sabido captar más a conciencia. Toman parte también en «Odio» otros dieciocho artistas de ambos sexos, entre ellos los muy destacados Emma Roldán—la actriz cómica por excelencia—y Manuel Noriega—que hace reír con su gran vis cómica hasta a un enfermo del hígado. De muy notable puede calificarse también la actuación de varios niños—lumbreras del futuro—entre los que no se

pueden dejar de mencionar a Pepe del Río, Maruja Sánchez y Narciso Busquets.

La actuación de Fernando Soler es superba, como que no puede sorprender a los que lo habían admirado en aquella otra producción titulada «Celos». Entonces era la locura con todas sus vicisitudes y sus síntomas desconcertantes, la que supo retratar el gran trágico con un verismo que daba escalofríos. Ahora es el odio hacia el hombre que estima su enemigo, odio por el que está dispuesto a sacrificarlo todo: fortuna, posición, familia. Aquel odio inmenso, ardiente, incontenible como la lava de un volcán, lo avasalla y lo domina hasta el punto de hacerle perder la razón...

«Odio»,—repetimos—tendrá mucho éxito en nuestros países. Las pasiones—buenas y malas—germinan en nuestra alma con la exuberancia de las plantas del trópico. El odio nos ha dominado muchas veces y en ocasiones ha sido la causa de nuestras desdichas. Esta gran película, interpretada por uno de los mejores actores de la raza, nos enseñará una lección...

HACE 90 AÑOS MURIO Chopin, Simbolo del alma de POLONIA

Las grandes vidas ejemplares

ERA, cuenta Eduardo Herriot, mucho antes de la Gran Guerra. Yo era entonces estudiante y hacia un viaje por Europa. Me hallaba en Cracovia y me recogía en el museo, ante el piano de Chopin cuando me abordó un aciano polaco que,—en francés,—me confió que venía allí todos los días, desde hacía veinte años.

Si el museo permanece abierto o, si por lo menos la reliquia está todavía en su sitio, la sombra del patriota melómano habrá vuelto a emprender su cotidiana peregrinación.

En 1770, por el tiempo en que Polonia era víctima de la agresión de Austria, Prusia y Rusia, veía la luz en Nancy, de una familia oscura, un niño que debía mostrar sed de aventuras o, por lo menos, de polonesismo un tanto imprevisto, a no ser que se tenga en cuenta que fué en Nancy donde acabó sus días Estanislao Leczincky, ex-rey de Polonia y suegro de Luis XV.

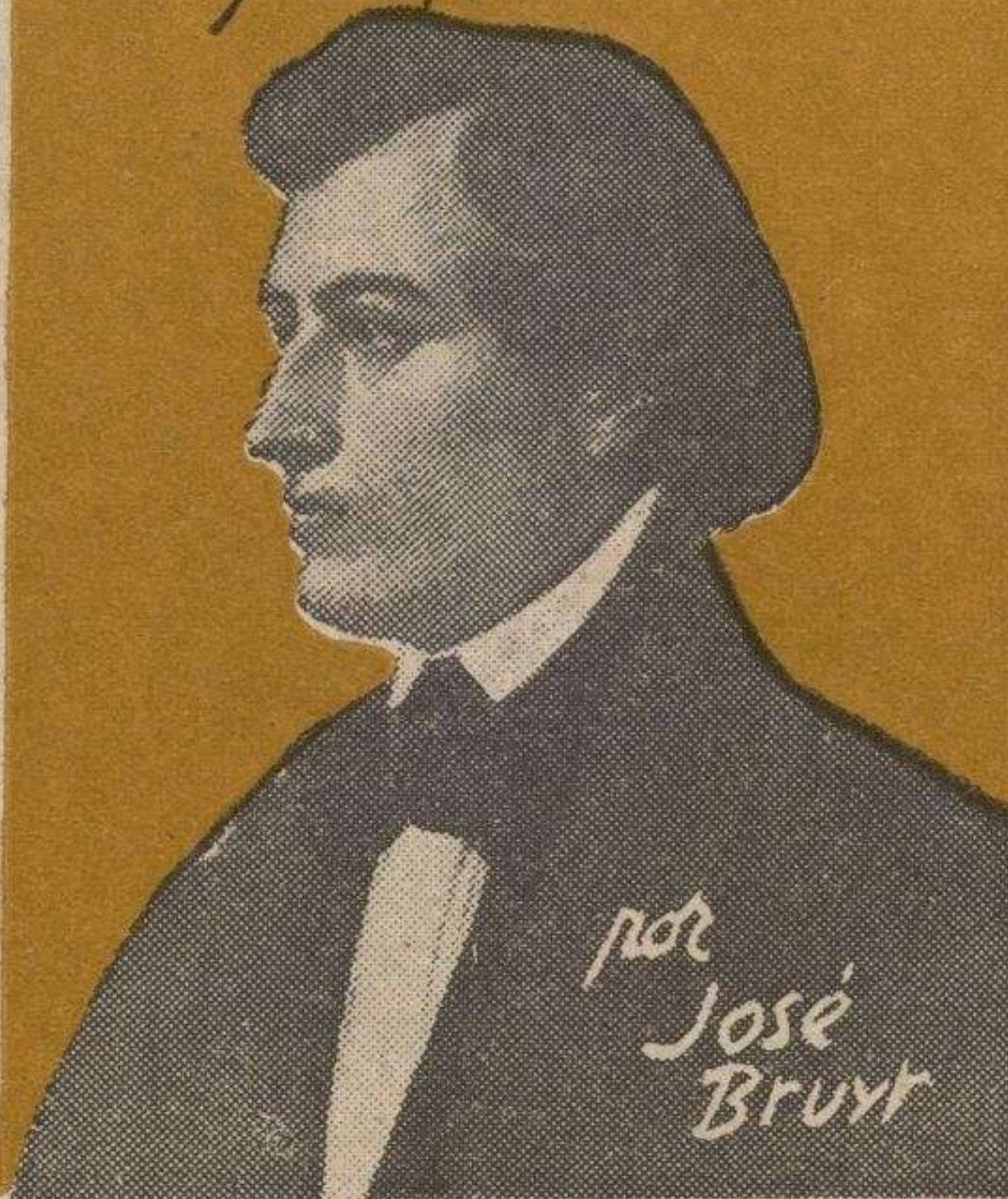
A los diecisiete años Nicolás Chopin,—el nacido en Nancy, Francia,—iba a establecerse en Varsovia como contador de una fábrica de tabacos. Pero apenas había hecho sus primeras adiciones cuando el país se levantaba ante la ardiente llamada de Kosciusko y el joven lorenés, cambiaba la pluma del chupatintas por la espada del soldado. Pronto gana las charreteras. El 4 de octubre de 1794, Kosciusko lanza su legendario «Finis Poloniae». Sin embargo Varsovia no había caído: el 5 de noviembre el capitán Chopin lucha en el arrabal de Praha; pero una vez más hay que ceder ante la superioridad del número. Soverov se apodera de Praha y sólo por milagro el francés Chopin se escapa a la espantosa matanza de la noche.

El orden reina ya en Varsovia, mas la fábrica de tabacos no es sino una ruina. Entonces, para vivir, Nicolás Chopin se improvisa de profesor de francés, y cuenta entre sus alumnas una particularmente inteligente y bella: María Wanlewska, la idolatrada de Napoleón.

En 1800—entonces Bonaparte no es aún sino Primer Cónsul—, nuestro pedagogo pasa al servicio de la condesa Anna Skarberk. En Zelawola Wola, a dos horas de coche de Varsovia, la condesa posee un «dwor», una quinta. Cerca de esta masión el preceptor ocupa una vivienda alargada, de un solo piso y con el tejado de pizarra. Hay un hermoso árbol delante de su puerta y en torno la llanura mazuriana, la de la colza, la del maíz y la del centeno. ¿Existirá todavía esta casa, después de los bombardeos aéreos de Polonia? Ayer aún, estaba en pie, transformada en museo, pues Nicolás Chopin no había tardado en encontrarla demasiado grande para un soltero y en 1816 casará con una polaca de 24 años, Julia Aryzanowska.

Federico, «Fricke», es un niño impulsivo y soñador cuya alma sensible parece impregnada de esa intraductible *zai* (le gustará tanto esta palabra que se la repite incesantemente a sí mismo.) Y no es que se amohne ante los ejercicios libres: baila la *Kujawrak* como nadie y sin duda también el *oberek* y la *mazurka*. Los baila y los toca. Es de esos niños prodigios que nacen con la música en ellos entre los dedos. Pronto José Elsner, el antepasado de la música polaca, no tiene ya nada que enseñarle. Es delgado, fascinante.

Sin embargo, no había gloria como la que Pa-



Frederic Chopin, cuyo genio es popular en todo el mundo. En su célebre Marcha Fúnebre, parece que solloza la desventurada Polonia bajo las cadenas de la esclavitud.

rís concede y el polaco de veinte años sólo sueña con París. Su padre juzga mal elegido el momento. Estamos en el otoño de 1830 y en las fachadas parisienses están aún las cuchilladas de las jornadas de julio. Además, por contrachoque, Europa no duerme tranquila. Pero nada obsta y el 22 de septiembre, Federico da en Varsovia su concierto de despedida. Va a dejar su patria y su primera novia. Se llama Constanza Gladkowska y está en la sala ¡cómo no!, vestida de blanco y con rosas en los cabellos.

El primero de noviembre sus amigos le acompañan hasta Wola, en el límite de los arrabales. Le ofrecen un banquete, unas señas y una copa de plata llena de tierra polaca. Llora. «Estoy convencido de que doy un adiós a mi país.» Llora y sonríe. Tiene veinte años...

De Varsovia a París el camino es largo cuando está sembrado de éxitos. Por Breslau, Viena, Linz, Salzburgo y Munich, Chopin emplea casi un año para llegar a Stuttgart. Pero, ¿había ya salido de su patria el 19 de noviembre cuando a la luz de los incendios una nueva revuelta estallaba en su capital? Es dudoso. Después los polacos, heroicos como siempre, habían librado las dos batallas no decisivas de Grochow y de Ostrolenka; y el 6 de septiembre de 1831 «la formidable artillería rusa destruía el fuerte de Wola. Tras una defensa desesperada, Varsovia, una vez más, era tomada por el enemigo y según la palabra histórica «reinando el orden».

A Stuttgart le llegan las nuevas de estos acontecimientos. ¿Cómo expresar su dolor, su desesperación? Por medio de la música, que era su lengua materna. De un golpe improvisa el fulgurante *Estudia en do menor* llamado a menudo el *Revolucionario*.

Han transcurrido veinte años.

Chopin ha producido inextinguibles tesoros de su genio: los ópalos cambiantes de sus mazurkas,

los diamantes de sus vales, los rubíes sangrientos de sus baladas. Las manos más lindas han hecho collares con ellos. Lo han colmado la gloria y el amor. Ha amado a María Wodzinska, la heroína de su *Vals de adiós* y conserva sus cartas en un sobre señalado con estas palabras: «Maja biela», mi miseria. Se ha dejado querer por *Jorge Sand* y sin duda en Mallorca, ha conocido días deslumbradores en la Cartuja de Valldemosá «el sitio más bello del mundo».

El 16 de febrero de 1848, ocho días antes de la caída de Luis Felipe hace al todo París, el favor de tocar solo para él una última vez. ¿Se acordará todavía,—ya no es más que una sombra, y estuvo a punto de desmayarse sobre el teclado—, de aquel último concierto de Varsovia y de aquel primer amor de traje blanco y la cabeza ceñida de rosas? Ahora ya no espera a nadie.

No obstante, todos los días, los aires polacos brotaban de sus dedos. Un viaje a Inglaterra pareció reponerlo un poco. Pero el invierno es malo en Londres.

Y desde entonces su vida no es más que una sorda y larga lucha con la muerte. Venido el estío se cree que el aire puro del Bosque de Bolonia, le hará bien. Pero los primeros fríos lo llevaron a la plaza de Vendôme, a un piso que le había escogido su médico parisiense y donde se debilitaba de día en día. Sólo un temor, sólo una pena le angustia, le condeuele:

El temor: «Como la tierra me ahogará, os suplico que abráis mi cuerpo para que no sea enterrado vivo.»

La pena: «Y sin embargo, ella me había dicho un día que yo moriría en sus brazos.»

Pero si la amada no acudió, todos los otros a quienes él quería estaban en su alcoba de moribundo, incluso la condesa Delfina Potocka, venida expresamente de Niza. «Si Dios ha tardado tanto en llamarme a él, exclamó al verla, es porque quería concederme la dicha de volver a ver a usted», habría añadido «Y de oírlo». Pues tal muerte no gran silencio en un sollozo de voz de mujer.

Después de lo cual Chopin no oyó más que al doctor que le preguntaba: ¿Sufre usted? El respondió: «Plus». Y fué su última palabra.

Era la hora en que el alba pálida del 17 de octubre empezaba a clarear.

En el cementerio parisiense del Père Lachaise se arrojó sobre su féretro aquella tierra de Polonia que veinte años antes había traído con él.

Chopin fué más que un gran artista, que un pianista incomparable, que un genial compositor. Esa «alma pura como una lágrima» y marcada con el sello del ideal y de la desgracia, llevó «el sacramento de la patria», como ha dicho—¿y quién podría decirlo mejor?—Ignacio Paderewski. Chopin no es polaco: al mismo tiempo que lorenés por su origen, es la Polonia heroica y mártir.

«¡No! Polonia no está muerta
 pues nosotros respiramos aún...»
 reza el himno polaco.

No está muerta porque canta en cada compás de Chopin. Y esto valía sin duda decirse en el ocaso del mes de octubre de 1939.

a) Los contratiempos soviéticos

MOSCU no apreció con exactitud las dificultades que aguardaban a sus ejércitos en Finlandia. Consideraban que el mariscal Mannerheim no contaría con el apoyo de las masas para la defensa patria. En efecto, la formación de un gobierno títere en Finlandia, integrado por comunistas, indica que el Kremlin suponía, que estallaría una revolución social

La realidad ha sido otra. Los líderes comunistas que pretendieron complacer al Kremlin, demostrando que desconocían la realidad social de su mismo país, nada pudieron hacer frente a la actitud enérgica de las masas que se negaron a secundarlos. Y así, cuando la Rusia Soviética consideraba enfrentarse con un país dividido, se vió frente a un pueblo unido

b) Las hostilidades

No obstante los partes contradictorios, parece que la guerra ruso-finesa va a ser larga y sangrienta. Hasta el momento de escribir este artículo la ofensiva rusa parece contenida con las tempestades de nieve y la heroica resistencia de los guerrilleros fineses.

Al parecer por los despachos de Helsinki y de los corresponsales de Estocolmo, las operaciones en todos los frentes de combate han sido ventajosas

En el frente sur, situado en el estrecho Istmo de Karelia, entre Terijoki y el lago de Ladoga, de solo ochenta kilómetros de anchura, donde los fineses tienen construida su línea «Mannerheim», los rusos han lanzado ataques numerosos y violentos, sin lograr romper las líneas defensivas finlandesas. En solución de continuidad, apenas terminaba un encuentro, le seguía otro. Durante la semana pasada las acometidas soviéticas se desarrollaron en tres puntos principales: el lago de Hatjalahati, parte del río Vuiski, en un lugar llamado Suvanto, y en el río Taipale. La célebre línea Mannerheim parece inexpugnable, sin embargo, la línea finlandesa puede ser amenazada desde el noroeste por medio de un ataque ruso hacia el sudoeste, partiendo de la región norte del lago Ladoga. Empero, las tropas rojas no han llegado todavía a esta fase de la lucha.

El objetivo principal de los rojos es el frente centro, que corresponde a la parte más estrecha de Finlandia, que tiene una distancia de 530 kilómetros. Los rusos persiguen cortar al país en dos y llegar hasta el puerto de Uleaborg, en el golfo de Botnia. Empero, esta zona es difícil para el ejército rojo. El llamado «talle» de Finlandia es poco accesible para las fuerzas mecanizadas de los soviets y es de esperar que las guerrillas finesas ayudadas por el crudo invierno nórdico desplieguen una fuerte resistencia.

La primera, después de tomar a Kuolarjari, continúa por la carretera de Rovaniemi, centro ferroviario que domina el norte de Finlandia y que todavía está en poder de los heroicos fineses. La otra columna que partió de Ujta, tomó a Kuusamo y a la vez se subdividió en dos columnas una que marchó por el citado camino de Rovaniemi, hacia el Noroeste, y la otra que tiene por objetivo Uleaborg. Desde Repola en Rusia, una columna marchó con el objetivo de cortar el ferrocarril Joensuu Nurmes-Kajana-Uleaborg, cerca de Nurmes. Al momento de escribir estas líneas no se ha confirmado todavía si los rojos han logrado este objetivo. Los partes fineses dicen que sus tropas en esa región de Nurmes han penetrado en territorio soviético con la intención de cortar el ferrocarril de Murmansk, que posiblemente han bombardeado. En síntesis, lo confirmado es que los rusos han tomado a Kemi, ciudad situada a la orilla de un lago, a mitad del camino a Tornes, en el golfo de Botnia.

En síntesis, en menos de un mes de guerra, el pequeño ejército finés con su tenaz resistencia al invasor ha comprometido seriamente la reputación de las fuerzas armadas rusas.

LA SITUACION EN LOS BALCANES

La paz reinará en los Balcanes, como reinó bajo las manos despóticas de los Sultanes de Constantinopla, mientras nadie resista a los mandatos de Hitler y Stalin. El grito «los Balcanes para los

GUERRA RUSO-FINESA

LA SEMANA INTERNACIONAL

balcaneses» con que se venía parodiando en la turbulentísima península el monroismo del Nuevo Mundo desapareció de esta región de Europa desde el aniquilamiento de Austria

La actitud de las naciones balcánicas después de la desaparición de Checoslovaquia ha sido de resignación al destino de «estados vasallos» que se le venía preparando por el Fuherer

Actualmente hay en el sudeste europeo tres corrientes diplomáticas que están ejerciendo pre-



La iglesia ortodoxa de Terijoki, donde se ha asentado el gobierno títere llamado «popular de Finlandia».

sión sobre las cancillerías balcánicas. La del bloque anglo-francés que lucha a través de Turquía para desplazar la presión alemana; la italiana que tiende al mantenimiento del «statu quo» bajo la dirección de Roma; la rusa que exige la Besarabia y la devolución de la Dobruja a Bulgaria; y por último, la alemana, que deseaba antes del conflicto germanizar a los Balcanes por medio de los «Herrschervolk» o minorías selectas que esperaban ansiosamente la llegada del «Tag» o día de la liberación en casi todos los países de la Europa Central que tienen contingentes de población vicaria alemana. Hoy el peligro nazi sobre los Balcanes se encuentra aplazado. Si Alemania continúa recibiendo provisiones de los cuatro países agrarios—Hungría, Rumanía, Yugoslavia y Bulgaria—es difícil q. Hitler decida extender el teatro de la guerra a los Balcanes. Según observadores imparciales Bulgaria le vende al Reich el 63 por ciento de sus exportaciones; Hungría un 60 por ciento de la producción agrícola; y lo más sorprendente de todo, Rumanía no sólo le vende el 90 por ciento de su exportación de madera, sino que le entrega casi toda su producción petrolífera a pesar de que las principales empresas son de capital anglo-francés y norteamericano.

El otro gran peligro que se cierne sobre la fatídica península es que Rusia, una vez solucionada la guerra de Finlandia, se vuelva sobre Rumanía con el fin de recuperar la Besarabia primero y luego sobre la propia Bulgaria amenazando a Turquía. Sin embargo, esta posibilidad moscovita parece alejada por la guerra de Finlandia y por el poderoso ejército italiano.

Hasta el momento ninguna de las cuatro influencias diplomáticas que juegan en la península ha logrado una posición dominante. El triunfo decisivo de cualquiera de ellas extenderá posiblemente la guerra a esta región de Europa.

EL JAPON EN LA ENCRUCIJADA

El Japón desde que estalló la guerra está buscando un medio para terminar el conflicto en China. Lo que los japoneses consideraron un paseo militar se les ha convertido en una larga y costosa guerra con la estóica resistencia de Chiang Kai Shek. La guerra en China ha llegado a la etapa

en q. nuevos sacrificios no podrán dar nuevas ventajas. Las guerrillas de los chinos son efectivas y en las regiones que se dicen ocupadas por las fuerzas niponas todavía se encuentran más de un 90 por ciento de «prefecturas» o distritos municipales en poder del Kuomintang. Por este motivo el plan japonés consiste en levantar un gobierno «nacional» chino en el territorio Shanghai-Nanking-Hankow, con la esperanza de que las naciones interesadas en China lo reconozcan y cesen de ayudar al gobierno chino del Generalísimo Chiang-kai-Shek, que tiene su sede en Chungking, en el alto Yantzé. Recientemente con las operaciones de la China Meridional han logrado los japoneses con las tropas que desembarcaron hace más de un mes en Pakoi, tomar Nanning y llegar hasta la frontera de la Indochina francesa cortando el aprovisionamiento que recibía Chiang por Hanoi a Nanning y Kweling hasta el puerto de Haipong. El objetivo de esta maniobra militar japonesa no ha sido solamente cortar las comunicaciones de Chungking sino llevar a Francia y a la Gran Bretaña al reconocimiento de sus conquistas en China

Hasta el momento de escribir estas líneas parece fracasada la maniobra nipona, ya en la Dieta de Tokio se ha pedido la renuncia del Gabinete Abe, de tendencias aliadófilas. En síntesis, desde que comenzó la guerra en Europa tanto los que favorecen una agrupación con las democracias como los que persisten en una alianza con Alemania a despecho de su pacto con Rusia, están de acuerdo que el único camino para terminar la guerra en China es buscar un entendimiento

En efecto, el gobierno de Chungking podrá continuar recibiendo armas de sus amigos del exterior por la carretera que va desde Chungking a Yunnanfú, y de ahí hasta Mandalay en la Birmania, y por la carretera de Siam, que tiene 1,600 millas de largo y que llega hasta la frontera soviética, pasando por las provincias de Chentung, Kansu, la región nórdica del Tibet y el Turquestán chino. Además, si los japoneses no se arriesgan a avanzar 150 millas más en dirección al noreste, los chinos podrán llegar todavía a la frontera de la Indochina por el nuevo sistema de carreteras

¿Se acuerdan ustedes de estas siluetas FEMENINAS?



El deporte violento de la lucha entre profesionales tenía sus practicantes en las «troupe» de los «music-halls» de 1905.— AL LADO: Esta señora condesa de Schulenberg que ganaba campeonatos de tenis a principios de siglo, tiene el gran mérito de haberlos ganado a pesar del sudario.



SUELE decirse, con notoria ligereza, cada vez que se habla de las prácticas deportivas de la mujer, que son una costumbre modernísima. Con tanta insistencia se afirma que podría creerse que es literalmente ayer cuando las mujeres se han lanzado a nadar, a jugar al tenis,

a montar en bicicleta, a realizar, en fin, los ejercicios violentos que para su recreo y para su salud realiza el hombre.

Esto no es rigurosamente exacto, ni siquiera por lo que a las cubanas se refiere. Hace muchos años que las mujeres «hacen» deporte y podría decirse que, ya en los comienzos de este siglo, era ésta una práctica corriente en Europa y América.

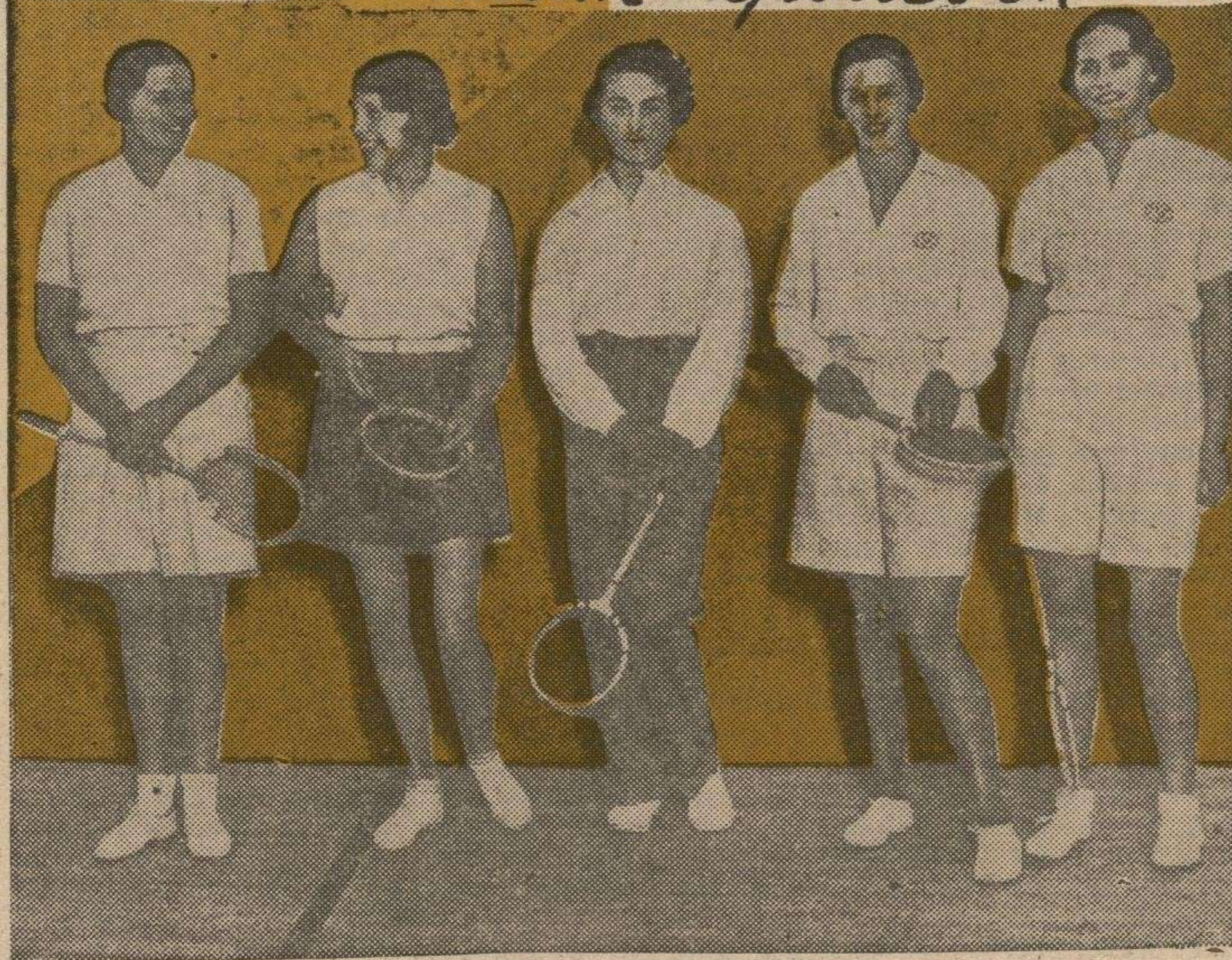
Contemplando una colección de fotografías antiguas, que tanto valor de evocación tienen, podría reconstituirse el pasado, ya bastante alejado, del deporte femenino, que si hoy ha llegado realmente a su esplendor, ha vivido hace muchos años una realidad indiscutible.

Lo que sucede quizá es que, por falta de información, las noticias que llegaban a Cuba acerca del deportismo femenino eran a principios de este siglo muy confusas y muy faltas de documentación exacta.

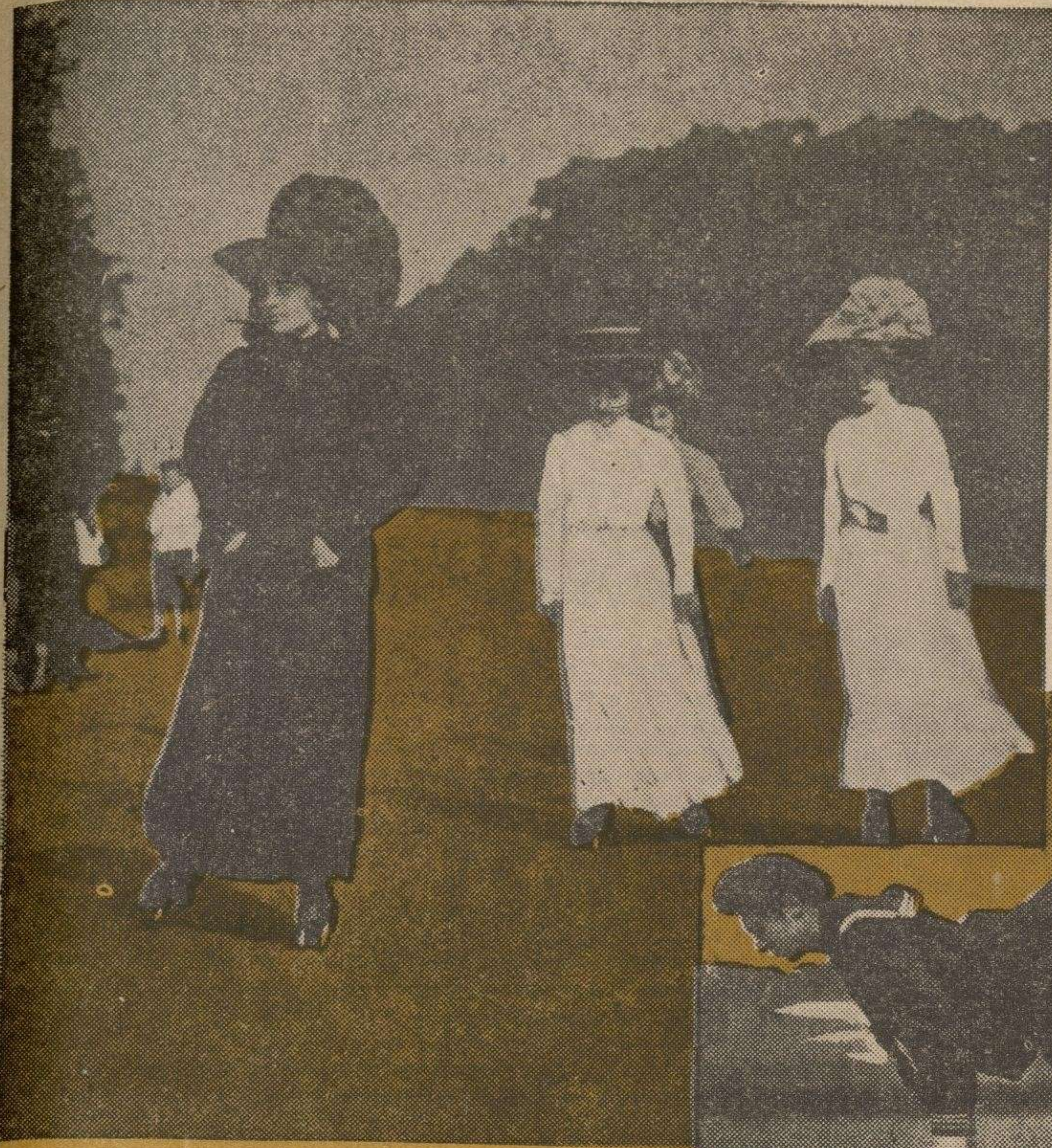
No hablemos de la equitación, que ése sí que era un ejercicio arraigado en las costumbres de las grandes damas durante el siglo XIX; también se adaptó pronto su sucedáneo, el ciclismo, cuando «el caballo de acero» pareció ir a reemplazar para siempre al caballo de sangre como vehículo natural del hombre. Fué, desde luego, un lujo, del que no se privaron las elegantes de principios de siglo, que adoptaban para montar en bicicleta unos deliciosos vestidos y unos sombreritos sujetos por una gasa tirante que les envolvía el rostro en una ratonera.

En Cuba se asociaba la idea del deporte a la idea del circo. No se concebía entonces que se adiestraran las mujeres en la práctica de un sport como no fuera con el propósito de exhibirse luego en un espectáculo. Las gimnastas habían de ser forzosamente «acróbatas» o «trapezistas», que trabajaban luego, enfundadas en mallas bastante espesas, de rosa o azul, bajo las luces brillantes de las fiestas circenses. Las patinadoras eran un número obligado de habilidad y de gracia, que de buena gana hubieran imitado las muchachas de entonces si no hubiera parecido inconveniente ha-

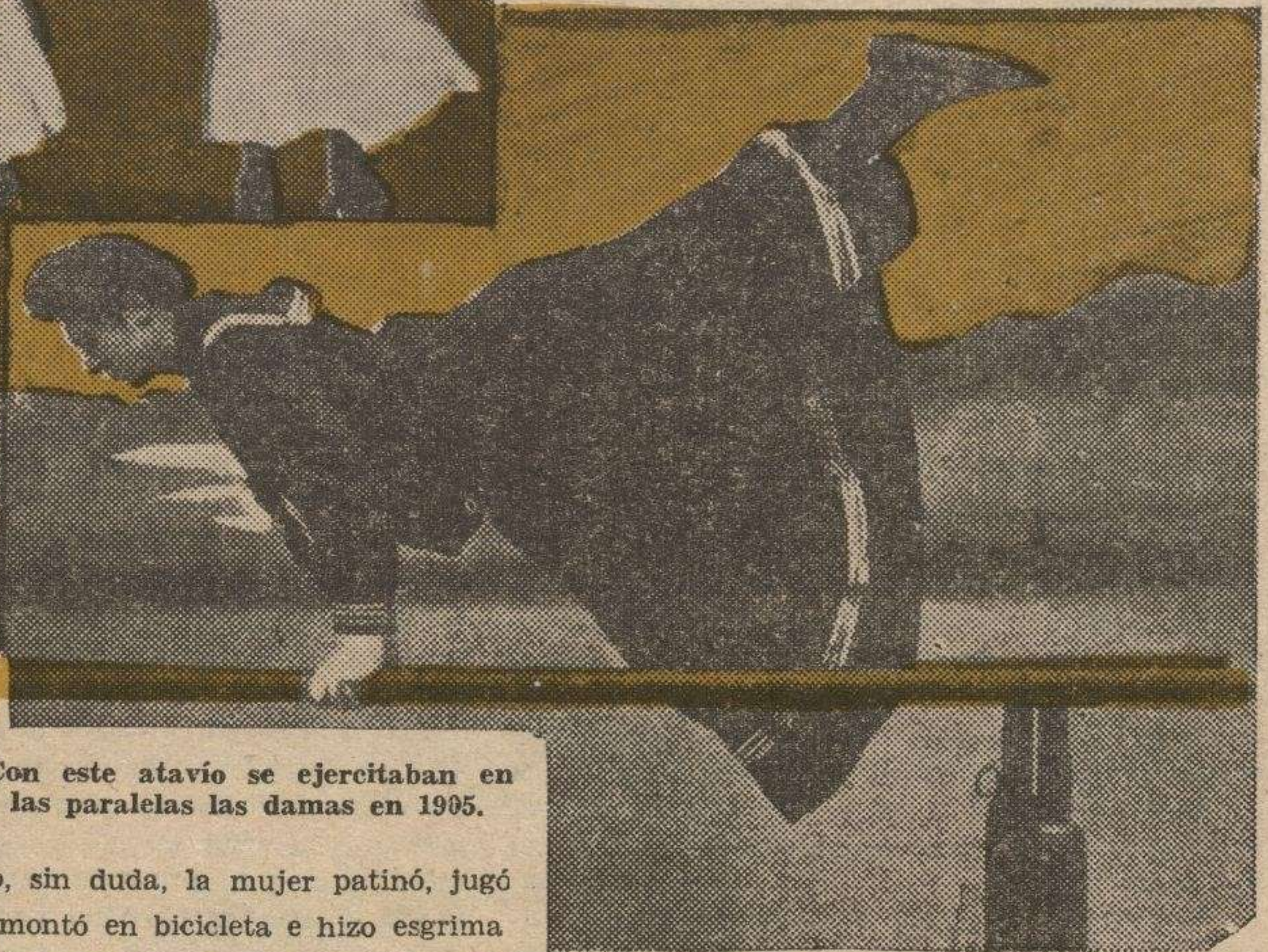
Son las damas que hacían deportes en 1905



Raquetistas inglesas.



¡Qué elegantes estas patinadoras del Bois de Boulogne parisiense!
¡Qué elegantes y qué esforzadas para sostenerse en equilibrio con este peso encima de la cabeza!



Con este atavío se ejercitaban en las paralelas las damas en 1905.

cer en privado y por gusto lo que aquellas profesionales ejecutaban por afán de lucro.

Uno de los acontecimientos que registran las crónicas de la época fué la presentación de la primera troupe de nadadoras en un famoso Circo que obtenían un éxito arrebatador. Parece que la seducción que ejercieron aquellas hermosas mujeres, que seguramente eran rubias, bañándose cada noche en el agua y en la luz del circo y evolucionando graciosamente al compás de la música, era enorme.

Las damas del público deberfan mirar con escalofrío y con escándalo las evoluciones nocturnas de aquellas nereidas semidesnudas. En Cuba, las mujeres, no nadaban; cuando lo hacían era sostenidas por el férreo brazo del bañero y decentemente vestidas, con tanta ropa como la que usaban para andar por la calle.

Poco a poco fueron introduciéndose los deportes femeninos en el país. El tenis y el golf fueron los primeros en arraigar, por considerárseles como los más inocentes y menos violentos. Hoy puede decirse que, en mayor o menor escala, todos los deportes, los mismos que practican los hombres tienen cultivadores asiduos entre las mujeres de todo el mundo.

x x x

Si se compara el atuendo de las deportistas de hace treinta años con el de las de la época actual, se echa de ver que ha sufrido una transformación que seguramente ha influido en la del vestido de la mujer, en general.

En principio, sin duda, la mujer patinó, jugó al tenis, corrió, montó en bicicleta e hizo esgrima acolchonada en las numerosas capas de tela que le imponían los modos de vestir de la época.

Poco a poco debió advertir que la falda demasiado larga levantaba ahogadoras nubes de polvo cada vez que corría en pos de la pelota (el tenis debió ser el primer instigador del acortamiento de la falda, como luego ha sido el que más ha contribuido a reducir las trabas de las piernas femeninas hasta aportar a la indumentaria habitual veraniega los pantaloncitos cortos, que este año han triunfado en todas las playas, menos en las españolas). Más tarde advertiría que las mangas «de jamón» impedían la libertad de los movimientos de los brazos; que los «pompones» y vendajes de gasa que adornaban (?) su cuello constituían una horca perenne, en la que corrían riesgo de perecer durante la práctica, forzosamente enérgica, de los ejercicios deportivos. Con aquellos peinados como edificios, cubiertos con los sombreros surtidos como pajarerías y almacenes de frutas y flores, no se podía patinar, porque el equilibrio era difícilísimo y era feo aquel bambolear de las «azoteas» sobrecargadas que daban a las señoritas semejanza con los cabezudos de las procesiones pueblerinas. Seguramente hubo una gimnasta que se partió un día por la cintura, de no mayor diámetro que el tubo de una chistera, y se reconocieron entonces los peligros del «talle de avispa» para la

práctica del ejercicio. Y fué reducido primero y desterrado después el corsé provisto de «ballenas», duras y punzantes como lanzas, que más de una vez debieron perforar el corazón de una jugadora de golf. El deporte fué, pues, sacando poco a poco la hermosa fisiología de la compañera del hombre de la tumba de tela en que había permnaecido sepultada durante siglos y restituyéndole su valor y su forma natural. Desde hace muchos años, todas las modas femeninas están inspiradas en las conquistas que el deporte había realizado en la simplificación de la indumentaria femenina.

Por otra parte, se modelaba con el ejercicio la escultura de la mujer, y ello contribuía a que se aceptaran de buen grado las reformas del vestido, por atrevidas que parecieran. El corsé, que apretujaba bárbaramente, como un instrumento de tortura las masas de grasa que hasta entonces habían carecido de un elemento natural de defensa y que necesitaban de aquellos diques de acero y

lona, podía suprimirse, porque el ejercicio había consumido la grasa y la faja de músculo se bastaba para contener la posición erguida y arrogante del busto. Las piernas, que aparecían abotagadas y rebosantes, sobre chapines estrechísimos o sobre las horribles botas altas, entre cataratas de encajes y puntillas, podían mostrarse sin timidez, limpias y escuetas, porque habían recobrado su arquitectura natural en las mujeres que habían empezado a correr o simplemente a andar...

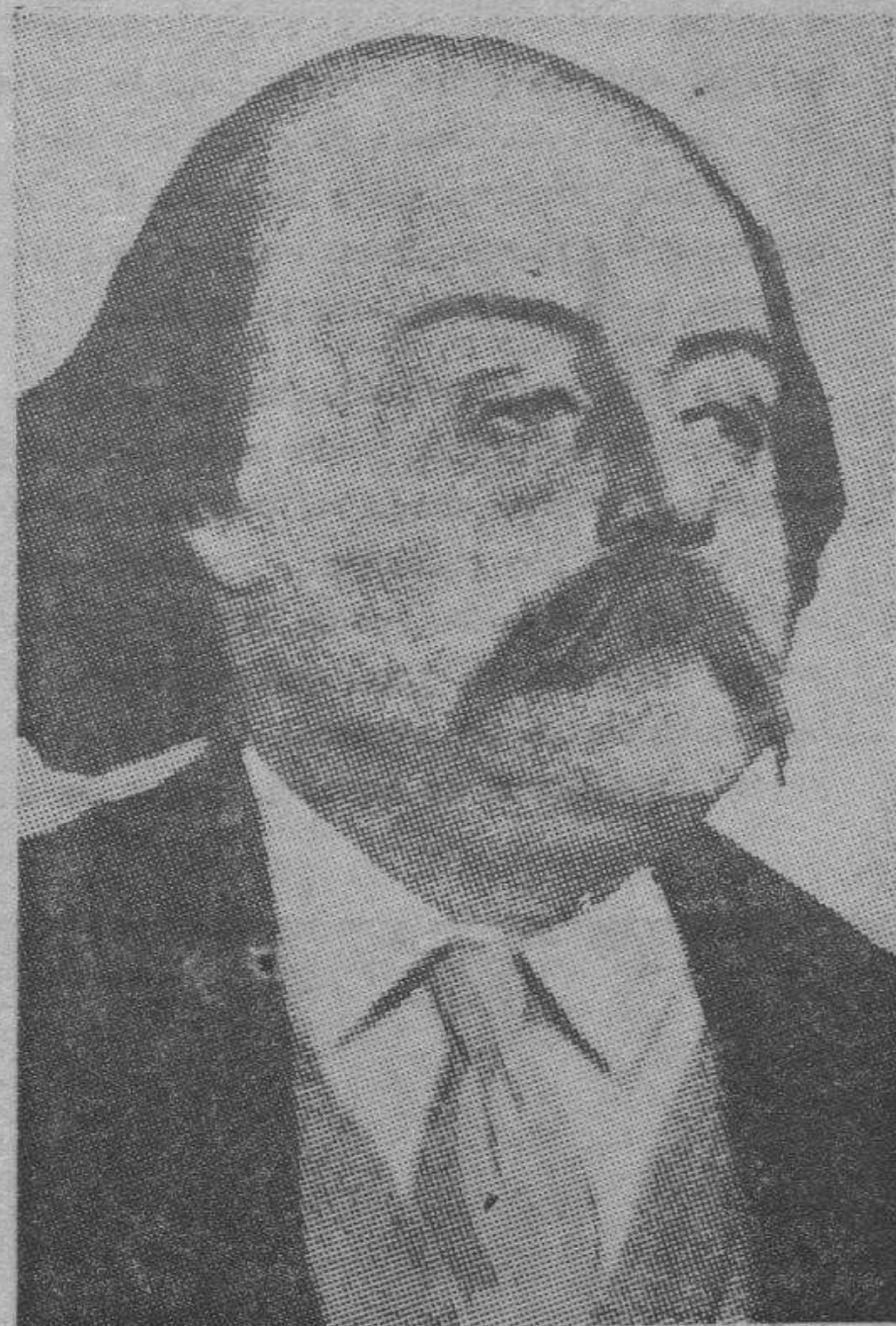
Al deporte femenino, entre otras conquistas de índole moral, débesele, sin duda alguna, esta gran conquista de la transformación del indumentario femenino.

Hasta llegar a su desarrollo actual, ¡cuánto trabajo realizado y cuántas luchas sostenidas!

Por eso, al contemplar esas románticas colecciones de fotografías de las deportistas de principio de siglo, rindamos un homenaje mental a su valentía y a su clarividencia.

Todos, y sobre todo usted, señora, que puede vivir ahora sin corsé y sin llevar una tonelada de pelo—o del «higiénico» crepé—sobre la cabeza, y que puede bañarse y respirar a sus anchas y mover los brazos y las piernas... todos les debemos una incalculable gratitud.

Otra vez la Crinolina de MADAME BOVARY por P. MASSA



Gustavo Flaubert

HACE bastante más de un año, Gastón Baty llevó al escenario del Montparnasse, de París, una adaptación de la famosa novela de Flaubert «Madame Bovary». El finísimo tacto y el depurado gusto que pone el gran director en todos sus empeños resplandecen también en éste, acaso el de mayor dificultad y responsabilidad de cuantos abordara, si se tiene en cuenta el escaso ingrediente teatral que, para uso y abuso de dramaturgos, late en la insigne fábula.

En vida de Flaubert, esta adaptación no hubiera sido posible. Inducidos por las espléndidas resonancias de público y crítica que produjo «Madame Bovary» desde el instante mismo de su aparición, Henry Monnier, primero, y más tarde, Raymond Deslandes y Georges Taylor, solicitaron del autor de «Salambó» el correspondiente permiso para convertir en pieza escénica su novela. Flaubert declinó siempre la demanda, aduciendo la poca teatralidad de su obra. «L'idée est malencontreuse:—escribió a Monnier en 1860—ce n'est pas un sujet théâtral». E igual norma siguieron sus herederos al negarse repetidas veces a que las ansias laceradas de Emma Bovary y tomasen cuerpo en los tablados de la farsa.

Del dominio público la obra, hace siete años, Gastón Baty ha podido con entera libertad realizar su propósito, y el buen suceso logrado por la adaptación prueba que en el libro admirable palpitaba un drama con todo el interés, dinamismo y juego de pasiones que el teatro exige.

Acontecimiento de este porte, por fuerza tenía que despertar en el ambiente literario de Francia evocaciones y recuerdos. Plumas de la más alta autoridad discurrieron a su sabor sobre la protoheroína del naturalismo francés, y no faltó algún crítico que en la interpretación dada al personaje por la actriz Marguerite Jamois encontrase a éste más convincente y conmovedor que en su pristina forma.

Ved cómo por la feliz ocurrencia de un dramaturgo ha cruzado de nuevo, ante la admiración de sus devotos, con su crinolina ochocentista, la dulce y disipada madame Bovary, y la gracia de su belleza, el suspiro romántico de su boca, su ir



Margarite Jamois y Rolla Norman, intérpretes de la obra «Madame Bovary», que dirigió Gastón Baty en 1936 en el teatro Montparnasse

y venir entre las sombras propicias de sus culpables devaneos, su infortunio y muerte, en una palabra, han encantado y emocionado de nuevo a ese fondo inalterable de buen burgués que define al espíritu galo, una de cuyas síntesis más genuinas es, precisamente, esta criatura de ficción, forjada por el genio del novelista en gozosa obediencia a sus imperativos raciales.

Por todo esto, acaso no resulte ocioso fijar aquí algunos perfiles de la figura inolvidable como asimismo señalar algo de lo que para las letras francesas significó la aparición de «Madame Bovary», obra que conserva, en perennidad de gracia, todos sus valores humanos y artísticos, pese al dilatado tiempo que corrió por sus páginas.

x x x

Epoca curiosa y controvertible si las hay, aquella en que Flaubert surge en el horizonte literario de Francia con su «Madame Bovary» debajo del brazo. El romanticismo empieza a ser ya luz pálida y sin virtud, herido en su entraña, ha varios lustros, por el rigor analítico de Stendhal. (Julián Sorel, el héroe de «Rojo y Negro», es romántico, ciertamente; pero su orgullo, su inteligencia y su ambición no le permiten, de ninguna manera, caer en profundas exaltaciones idealistas que le harían ser digno hermano de un René o un Werther, por ejemplo.)

Gautier asesta también certero golpe a la descaecida tendencia al proclamar la impasibilidad y la impersonalidad del arte. Y Mérimée, individualista, ególatra y retraído, al darse por entero a aquel estudio de psicologías de razas, que brilla por modo tan singular en su maravillosa «Colomba», menosprecia, por contraste, las características más acusadas de la declinante escuela, cuya partida de defunción está extendiendo Balzac con esa obra ciclópica que se agrupa bajo el rótulo de la «Comedia humana».

Pero con ser Balzac un naturalista indiscutible, su personalidad desbordada y sin límites, su genio creador, de una exuberancia prodigiosa, le hace escapar a toda clasificación y mote, constituyendo en sí como un mundo aparte, apenas tangente a los movimientos literarios que puedan cuajar a su alrededor. De ahí que, siendo Balzac uno de los que más coadyuvan al nacimiento del realismo naturalista, en modo alguno se le puede considerar como el corifeo de la nueva tendencia, y si una de las luces más poderosas—acaso, la que más—que se encienden en la selva oscura del romanticismo para disipar con su fulgor el fantasmal cortejo que pulula por el vasto mundo alucinante.

Balzac—como dijo Chasles—no es un observador ni un analítico: es un vidente. Y como tal, rechaza, sin proponérselo, el pormenor y el detalle, para calar en el alma humana con una buidez y una sensibilidad tan perfectas, que de hecho lo colocan en el friso de los máximos artifices de vida y humanidad, junto a un Cervantes y un Shakespeare.

¿Qué nombre señalar, pues, como la fuente originaria de la nueva doctrina? Sainte-Beuve apunta éste: Champfleury. Y ved cómo corresponde a un escritor mediocre la gloria de ser el portaestandarte de un credo literario que llena con su aliento toda la segunda mitad del siglo XIX, y aun en los años que van corridos de este naturalistas y no otra cosa son los grandes noveladores del mundo, por estar contenida en esta fórmula la verdad infalible a que el arte se debe.

Aunque el dato real y cronológico no de lugar a dudas uno se resiste un poco a admitir que en «Los burgueses de Molinchart», por ejemplo (la obra de Champfleury que se presenta como el primer fruto del método en cuestión), esté el puro troquel merced al cual pudieron las literaturas modernas enriquecerse con el cúmulo de obras maestras que son hoy su orgullo. Y en efecto, no es en Champfleury donde hay que buscar, en rigor, la expresión primigenia de la gran innovación artística. Ni siquiera en «Fanny», de Ernesto de Feydeau, si bien esta fábula merecía con mayores títulos la debatida prioridad, por su acabadísima disección de almas, cabal pintura de ambiente y estricta verosimilitud de acontecimientos. Es Flaubert quien, al dar a las prensas en 1857 «Madame Bovary», fija, esclarece y talla por modo inmovible la nueva escuela, colocando los basamentos sobre los que habrá de forjarse toda la novelística de nuestros días, al tiempo que pulverizaba de un plumazo las profusas concepciones idealistas del romanticismo, periclitadas ya y a punto de extinguirse.

Se acabó, pues, aquel enjambre de seres lánguidos, espiritados y quiméricos, que surcaban en esquifes de oro, las aguas fosforescentes de la ilusión. No más suspiros al viento, bajo los saucos melancólicos, ni pulsar de lirás, paisajes lunados, dagas y venenos, que de todo esto había hasta la saciedad en las tenebrosas enrucijadas de lo romántico. Ahora va a tomarse la vida humilde entre las manos, para elevarla a la categoría de sujeto estético, y de su entraña, padecida y fecunda, brotará el vasto cuadro de la ficción artística, tanto más valioso cuanto más cerca está de los humanos ejemplos que habrán de nutrirlo.

La palabra definidora está dicha. Lo que en Balzac era imprecisión y atisbo, en Flaubert es ya claridad y norma. El código del nuevo arte acaba de ser botado en aquella historia de un alma burguesa, traspasada de ensueño, vista y contada con el rigor expositivo con que se demuestra un teorema matemático.

Y lo peregrino del caso es que Flaubert, estrangulador con su pluma la gran corriente embriagadora del romanticismo, hundía en sí propio el desgarrador acero de sus más hondas tribulaciones literarias. Porque si hay un espíritu en

Letras francesas superlativamente adorador de los grandes dioses del movimiento que se inicia en 1830, éste es el autor de «Herodias», y a boca llena proclamó siempre ésta su entusiasta predilección. Cuando Gautier, el «romántico tenaz», como se llamó a sí mismo, escribe en «Esmaltes y camaféos»,

Vuélvome a ver los valientes
de mil ochocientos treinta...
cual de Otranto los piratas
¡somos diez, de una centena!

sabía por modo inequívoco que uno de esos «diez valientes» era su gran amigo Gustavo, a pesar de haber puesto todo su genio al servicio de la más antirromántica, impasible y humana de cuantas fábulas cabe imaginar. Y ello tenía que ser así para que el milagro cobrase plenitud de gloria.

Sólo un romántico, con la fuerza arrolladora de esta doctrina, podía llegar a la serenidad absoluta del naturalismo, como un alma turbulenta puede, a veces, desembocar en el más puro sosiego y moderación. Aparte de que Flaubert no se propuso de ninguna manera hacer tabla rasa de lo que constituía su convicción más entrañable. Escribió «Madame Bovary», precisamente para satirizar, sin pujos de moralista, la sociedad de su tiempo por la que sentía la más robusta de las aversiones. Homais, el boticario, es el paradigma más cabal de la estolidez presuntuosa con ribetes de liberalismo jacobino, y ved cómo se ceban en esta figura los acerados dardos del novelista hasta dejarla hecha un guiñapo.

Flaubert no se halla a gusto más que en «Salambo» y en «La tentación de San Antonio», donde su fantasía puede perderse a sus anchas por las selvas maravillosas del simbolismo y la quimera, sin el freno de lo cotidiano y lo real, de lo menudo y mensurable, que tan angustiosamente debieron de sujetar el vuelo aquilino de su pensamiento.

Tan distante se sentía Flaubert de todo lo que significaba «Madame Bovary», en arte y vida, que mil veces rechazó airado el título de fundador del naturalismo e incluso denostó la obra genial con el más grosero de los vocablos.

Sin embargo, ella y no otra es el fruto más espléndido y trascendental que le debe la literatura francesa, y por ella sola merecería todos los lauros que hoy cubren su nombre.

x x x

Ahora dos palabras sobre la fina criatura que es Emma Bovary. Para unos, es una soñadora, tejida de poesía y delicadeza, que se precipita en el adulterio a impulsos de un fatalismo ineluctable. Para otros, es una casquivana más, sin disculpa posible ni aceptable atenuante. Entre uno y otro extremo, está la verdadera zona donde esta mujer sufre, goza y muere. Madame Bovary es el ejemplo más emocionante de un espíritu en lucha abierta con el medio en que le toca vivir y del cual intenta evadirse por todos los resquicios honestos o inhonestos. Es el pájaro loco de fantasías y pequeñas alucinaciones que se ahoga en la estrecha cárcel de lo irresistiblemente vulgar, y busca como sea y donde sea esa chispa de luz que dé un punto de gloria a sus miserias.

Es condenable, sin duda alguna, pues que rompe, en su delirio, con todos los frenos que la moral impone. Pero, ¡cuánta culpa no tienen de su desvariada conducta quienes no aciertan a ver en su alma la llama tierna y chiquita de sus anhelos de mujer! No es el pecado ni la voluptuosidad lo que empuja a Emma a pisar la senda de lo prohibido. Es un ansia, terriblemente dramática, de escapar al tedio que la abrumba, a la fealdad que la acongoja, a ese aburrimiento letal que seca las almas y les hace pensar en la muerte como único medio de liberación. Hubiera hallado Emma en su camino otra clase de hombre para compartir sus días, y la tragedia no se hubiera consumado. Cayó por

soledad, por debilidad, por angustia... Me diréis que esto no justifica el gran desatino de su vida. Es cierto. Y al pensar así, se nos revela plenamente la profunda falla de esta naturaleza de mujer: su incapacidad para el afán humilde de todas las horas, para ver en lo menudo y trivial esa serie de parvas alegrías que nutren y forman la posible felicidad humana. Emma quiso escalar las cimas de la ilusión y la muerte le abrió los brazos en su carrera. Y sólo al morir, chispeó en sus ojos la luz infalible de la cordura.

Dentol

Científicamente creado según los trabajos de PASTEUR

No tema por su dentadura si Vd. usa la pasta científica DENTOL. Debemos tener en cuenta que la higiene de la boca solo se obtiene usando una preparación científica que limpie y desinfecte la totalidad de la dentadura. Con la pasta DENTOL, evitará Vd. la inflamación de las encías, alejará el peligro de las caries, blanqueará sus dientes y purificará su aliento. Entre los accesorios de su toilette no debe nunca faltar un tubo de pasta DENTOL

TUBO MEDIANO 20¢
TUBO GRANDE 40¢

PASTA DENTOL
ANTISEPTICOS COMPUESTOS
preparada según las formulas del Doctor PASTEUR
Casa L. FRERE - 9, Rue Jacob, PARIS
Indispensable para la Higiene de la Boca
Fabricado en Habana, Cuba Apartado 2143
L. FRERE & C^{IA} S^{CA}

Representantes Exclusivos
APARTADO 2143
HABANA

LA ESTABILIDAD DEL AMOR

ELLA.—Lamento no poder complacerlo; precisamente me he comprometido con Arturo la semana pasada.

EL.—¿Y para la semana entrante, no cree usted que ya habrá roto con Arturo?

o o o

No pierdas el tiempo en hablar a tu mujer cuando llegues tardes a la casa. Ella empezará la conversación mucho antes que tú.



A sido propensión del hombre, desde los más remotos tiempos, tender el vuelo hacia las ignotas regiones del infinito; y alejarse lo más posible de la dura e ingrata tierra en que le tocara vivir por designios del Ser Supremo. El embullo viene nada menos que desde los tiempos mitológicos. Icaro, hijo de Dédalo, se fugó de la prisión a que le condenara Minos, con la ayuda de unas alas de cera que se le derritieron al acercarse al Sol; cayendo en el golfo griego que desde entonces llevó su nombre. Se asegura que en los manuscritos científicos que dejara Leonardo de Vinci, se hallan los planos y dibujos de una máquina para volar. Estando en Avignon en 1782—dicen las historias—Esteban Montgolfier, en los días del sitio de Gibraltar, meditaba una noche si sería posible que los aires le ofreciesen un medio para penetrar en la plaza, hasta que dió con la clave del problema; y uniéndose a su hermano José Miguel, construyeron en 1793 su primer aerostato, que ascendió unas mil toesas entre la admiración y los aplausos del público de Versalles que contemplaba las pruebas. Después, y dirigiendo el vuelo por otros rumbos, los hermanos yanquis Wright; el francés Mr. Bleriot; el español Franco; el americano Mr. Lindberg, y el intrépido irlandés Mr. Corrigan, etc., etc., hizo cada cual lo suyo; aunque ninguno de ellos ha podido suplantarle la gloria a las palomas mensajeras en lo de llevar y traer noticias y planos y secretos de las poblaciones sitiadas; y billetes de amor a los enamorados... Antes que todos ellos, con las pruebas y demostraciones en las afueras de París, y de las que el mundo, asombrado, se enteraba por el cable y las revistas, el sudamericano Santos Dumont, abría ya las puertas del futuro a la aviación universal.

La aerostática ha tenido en Cuba sus glorias, sus héroes y sus mártires; y la aviación, no se diga. La primera página de gloria de ésta la llena el aviador cubano Domingo Rosillo con su prodigioso vuelo de Cayo Hueso a la Habana, una mañana del mes de Mayo de 1913. Antes intentó esa misma hazaña Mac-Curdy, pero cayó al mar sin poder llegar a nuestras playas, reservándole la gloria del vuelo, que entonces se estimaba de lo más arriesgado, a nuestro paisano Rosillo. Poco más o menos, por los mismos días, el también paisano nuestro Agustín Parlá, llegó al Martiel desde Cayo Hueso; y como siempre—Habana y Almendares; Almendares y Habana—empezaron a discutir con apasionamiento Rosillistas y Parlaístas, a cuál de los dos cabía mayor gloria.

En un principio, las exhibiciones de vuelos de aeroplanos que se llevaban a efecto en el campo de Columbia—1911-1912—tenían algo de espectáculo público, al que acudía todas las tardes gran número de personas, como si se tratase de un número de circo. Recordamos aquellos aparatosos vuelos de Mac-Curdy, presenciados, entre otros entusiastas, por el P. Gutiérrez Lanza y varios catedráticos de la Universidad y el Instituto. Acabaron por ofrecerse al público paseos alrededor de Columbia, a tanto la vuelta; no siendo muchos los que al principio se arriesgaron a gozar de aquel entretenimiento; después los paseos fueron ensanchando su radio de acción, y acabaron por darse a gran altura, sobre el perímetro de la Ciudad y sus barrios y pueblos colindantes. Valga decir la verdad, aún no se le ha perdido el miedo del todo a la fiera...

En cuanto a héroes, pocos pueblos como el de Cuba pueden ofrecer en holocausto a la aviación, una página más dolorosa que la que trazó el destino en nuestros anales, al caer en Cali—Colombia—los aviadores Menéndez, Jiménez Alún, Risech, los mecánicos Castillo, Naranjo y Medina, y el cronista del viaje, el culto periodista Ruy de Lugo Viña, cuando rendían un vuelo de buena voluntad por las repúblicas de Centro América; y con motivo de cuyo entierro—elocuente demostración de afecto de un pueblo hermano—escribimos los siguientes sencillos versos:

LA MAS CARA
En el entierro de los héroes de Cali
Miles y miles costaron

VIEJAS POSTALES,
DESCOLORIDAS



las coronas y las flores...
mas no hay dinero en el mundo
para pagar la más pobre:
la que el pueblo colombiano
tejió, en espontáneo aporte,
con flores de sus caminos
y con yerbas de sus bosques.

De ascensiones aerostáticas se recuerdan, primero, la de Mr. Stanley, y después las del profesor de Física doctor D-Beon, que tuvo lugar en los terrenos de la glorieta de Almendares, del año 90 al 95; y la del Gordo Granados, por esa misma fecha y en el propio sitio. La Habana entera acudió a ver el descenso del Gordo, esperando hallarse con una hecatombe; pero diez o doce metros antes de tocar tierra, se abrió el paracaídas; y el popular obeso descendió como un angelito, sonriéndose tranquilamente y entre un prolongado ¡Oh!... de admiración, de los que esperaban otra cosa. El doctor D-Beon, hombre de gran cultura, acompañó a Carneado, el popular peletero de Galiano, en calidad de cicerone, en un viaje que aquél hizo por Europa y varias ciudades del Asia y el Africa. D-Beon fué nombrado catedrático de francés en el Instituto de Santa Clara, ya instaurada la República; y ha muerto habrá unos meses, a la avanzada edad de 94 años. Era un hombre que sabía de todo; y muy agradable en su trato.

También se recuerda aquel Mr. Smith, que volaba en Palatino, en 1906, contratado por Alfredo Misa, dejándose caer asido a un paracaídas y después de disparar un tiro. Igual exhibición había intentado hacer años antes, en la primera intervención americana, otro yanqui llamado, según creemos recordar, Mr. J. Jhonson, ascendiendo en un globo, en el circo de Pubillones, instalado detrás de Payret, en una matinée de Noche Buena; pero con tan mala suerte, que apenas se elevó el aerostato, éste hubo de enredarse en la red de

alambres del alumbrado y el teléfono, que existía detrás de aquel teatro, obligando al infeliz navegante, después de desesperados esfuerzos, a soltar las manos; y caer desde doce o catorce metros de altura, estrellándose contra los adoquines de la calle. ¡Qué horrible espectáculo para los miles de curiosos que contemplaban la ascensión! Pertenecíamos entonces a la prensa; y en nuestra calidad de repórter tuvimos ocasión de ver en la casa de Socorro a la esposa del aeronauta, abrazada al cadáver de éste; y gimiendo y llorando amargamente, al lado de su hijito de seis años, que miraba a todas partes con ojos de espanto... No tuvieron buena Noche Buena los que presenciaron aquella horrible desgracia.

Esa misma ascensión estaba acostumbrado a hacerla el Capitán Infante, allá por los años 87, 88, etc., desde los campos del «Aplech», en los terrenos que hoy ocupa el Hotel Plaza; y también, desde el circo de Santiago Pubillones, en la calle de Zulueta, el Capitán Zorrilla, asturiano o montañés; pero este aeronauta, más listo que sus compañeros, se las ingenaba de manera que venía siempre a caer con su globo, lo más lejos, en la Loma del Mazo o en la del Burro, de la Víbora, hasta que en un vuelo que hizo en Santiago de Cuba, o Camagüey, le tocó su hora; y se mató. Muchos aeronautas profesionales recorrían entonces los pueblos de la Isla con sus Montgolfierds; y ello daba lugar al asombro de los ingenuos campesinos de entonces—los de hoy, el que no corre, «vuela»; y se pierde de vista—. Recordamos el principio de la descripción, en verso, de uno de aquellos vuelos, que decía:

De Macurige y el Jobo;
de la Esperanza y Cifuentes;
¡Ave María, cuánta gente
ha venido a ver el globo!

¿Quién no oyó, de los descoloridos de hoy hablar, desde sus primeros años, de Matías Pérez, «que voló en un globo y no apareció más nunca»? Para toda arriesgada aventura se sacaba el nombre de Matías Pérez. Su nombre y su hazaña sirvieron de tema para las décimas de los trovadores callejeros y asunto de los cuentos de las abuelitas; y se convirtió en narración épica en labios de los soñadores populacheros, amantes de todo lo que significara una aventura sin precedente. Unos decían que era isleño; otros, mejicano; otros, de Mantua; otros, del Perú; siendo en realidad un piloto portugués muy cuco y avisado, que se dedicaba a la fabricación de toldos y cortinas. Llegó a tener la apariencia de un ser mitológico. Sólo dejó de hablarse de Matías Pérez, cuando el aeroplano empezó a quitarle importancia a las ascensiones en globo, convirtiéndose entonces, de héroe, en tipo de choteo; en símbolo de una época de oscurantismo y atraso.

Matías Pérez no era de nuestra promoción; quiere decirse, que no está dentro del periodo contemporáneo de nuestras postales. No nos concedió el Altísimo la vitalidad de Matusalén. De él no tenemos más noticias que las muy ligeras que en su obra Tradiciones Cubanas, nos dejó el que fué nuestro compañero en el periodismo, el ameno y laborioso escritor Alvaro de la Iglesia, si bien en ellas hay más fantasía que realidad; y lo que nos contaba nuestro colega en el arte teatral vernáculo, don Joaquín Robreño—vieja postal descolorida, parlante—que, muy joven, fué testigo de la ascensión de Matías Pérez en el Campo de Marte, una tarde de junio de 1859, 60 ó 61. Don Joaquín Robreño escribió una obra bufa titulada «Matías Pérez», que después adaptó para el teatro Alhambra, con el título de «La Isla de la Burundanga». Antes de su vuelo fatal, Matías Pérez había realizado otros con buen éxito.

La joven y agraciada señorita Teresina del Rey, aprovechada alumna de piloto en la escuela de aviación de Columbia, cuyo retrato acompañamos a esta postal, en visita con que nos honró recientemente nos entregó el cuestionario que vamos a reproducir a continuación, por si también algunos de nuestros lectores se encuentran con deseo de contestarlo.

Pregunta la joven aviatrix señorita del Rey:
1.—¿Qué fundamento, causal u origen hubo



FIGARO COMPLACIENTE

—¿Podría afeitarme sin tener que quitarme el cuello?
—Sí, señor, y también podría cortarle el pelo sin necesidad de que se saque el sombrero.

o o o

La Sra. que alquila pieza amueblada

—Aquí estará usted muy bien, tal y como si estuviera usted en su casa.

El futuro inquilino.—¿Ah sí? En ese caso, me voy ahora mismo.

o o o

En casa del clarividente chino

La empleada dirigiéndose a una dama que acaba de llegar:

—¿Usted desea consultar al gran sabio chino Fum-Chin-Cham?

—No mi hijita. Dígale que está aquí su hermana María, que acaba de llegar de Guadalajara.

para que a Matías Pérez se le recuerde siempre en tono de solfa o choteo, y que, por el contrario, solo en muy contadas ocasiones se respete su memoria, calificándolo como lo que realmente es: uno de los pioneros mártires de la aviación cubana? —Es que aquí se le toma el pelo al mismo Padre Adán, si se le ocurriera aparecerse por ahí.

2.—«¿Se sabe si vive, y dónde, algunos de los testigos presenciales que vieron a Matías Pérez remontarse en aquel día memorable?» —Creemos que no quedé nadie; y si queda, estará el pobre tan averiado, que ni se dé cuenta de lo que se le pregunta.

3.—«Cuentan los cronistas que Matías Pérez debió dejar alguna fotografía a algún amigo. ¿Sería posible localizar alguna?» —Creemos que no. Entonces lo que se usaba más corrientemente era el Daguerrotipo. Había en aquella época por los alrededores de los parques unos franceses patiludos, con sus cacharros viejos y unos paños negros, retratando a real la placa. A estas horas el daguerrotipo de Matías estaría más descolorido aun que nuestras postales.

4.—«También cuentan los cronistas de la época, que Matías, abatido por un amor imposible, escogió ese romántico y poco usado medio de suicidio.» —Hay quien asegura que la causa fué no haber salido delegado a la Constituyente.

5.—«En la imaginación fecunda de nuestros escritores festivos, y especialmente, en la de nuestros caricaturistas, Matías Pérez simboliza siempre en todos los temas: la imaginaria volandera del cubano; la brevedad de nuestros entusiasmos, nuestra festinación para todas las empresas, aún las más graves: Matías Pérez, es, en fin, para nuestros artistas del buen humor, algo así como cualquiera y todos los cubanos, que cada cinco años piden la celebración de una «Constituyente libre y soberana». Y el día de los comicios, no pueden votar... Porque se les olvidó inscribirse en el Censo.» O porque vendieron la cédula, que es lo mismo.

Junto al lecho del marido moribundo

EL.—Mira, Cecilia, ahora que me voy a morir no quisiera dejar este mundo sin pedirte que me dijeras toda la verdad. ¿Me has engañado alguna vez?

ELLA.—Yo bien quisiera complacerte en esto último que me pides... pero no debo contestarte. Otros que han estado más enfermos que tú se han restablecido.

o o o



LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

—¿No le choque a usted que esté así el autobús! ¡El pobrecito lleva diez años haciendo quince viajes diarios al castillo!

6.—«¿Qué les parece la idea de convocar a un concurso popular, entre todos los artistas del lápiz en Cuba, para que cada uno haga una concepción gráfica de su Matías-Pérez-Pueblo con un premio para el triunfador? —¿Y por qué no? Que haya un concurso mas, ¿qué importa al mundo?»

Corrieron distintas versiones sobre el final de Matías Pérez; unos decían que había caído en el mar; aunque no se encontró nunca rastros de su globo; y otros aseguraban—«por noticias de unos viajeros que nadie vió ni conoció nunca»—que había caído entre los indios mayas de Yucatán; y que allí, o se lo comieron vivo, o se quedó muy a gusto, llegando a ser con el tiempo jefe o rey de alguna tribu. Barberán y Collar son más de nuestros días, y, sin embargo, nada ha llegado a saberse del paradero de los desventurados aviadores, héroes del asombroso vuelo Sevilla-Habana.

Si la señorita Teresina del Rey llega algún día a pilotear un aeroplano, con el propósito de batir un record de distancia, pedimos a Dios la libre de la mala suerte que le cupo a su colega la aviadora norteamericana Mis Emelita Enhart, desaparecida recientemente en el misterio del océano. Un descolorido nos contaba haberle oído a su abuelita una de las tantas décimas a que dió lugar el vuelo de Matías Pérez; y haciendo un esfuerzo de memoria, nos recitaba la que sigue, con la que se «elevó a las alturas» un versador de aquellos tiempos:

En una tarde serena
subió en su globo Matías,
y a poco con alegría
asomó la luna llena.

Desde entonces, con gran pena,
de él no se ve huella alguna;
y ante la incierta fortuna
del aeronauta infelice,
hay quien asegura y dice...
que se lo tragó la luna.

Ignórase si el vate se tiró, con, o sin paracaídas.



DESCONFORME

—En esta población no hay una sola tienda que valga la pena. En ninguna de las existentes hallé lo que buscaba.

—¿Y qué era lo que buscaba?
—Créd lo.

o o o

En la Playa de Coney Island

El que se está ahogando:

—Auxilio... Socorro... Que no sé nadar... Que no sé nadar!

El de la orilla:

—Ni yo tampoco, mi amigo, y no doy tantos gritos.

o o o

Entre novios

EL.—Si yo te diera un beso, ¿gritarías o pedirías socorro?

ELLA.—Mamá está muy enferma y no debo excitarla, y yo, ya ves lo afónica que estoy.

EL.—Qué mala suerte tengo... todo son inconvenientes!

o o o

En un buen Restaurant

—¿Cuánto vale un bisteck con patatas?

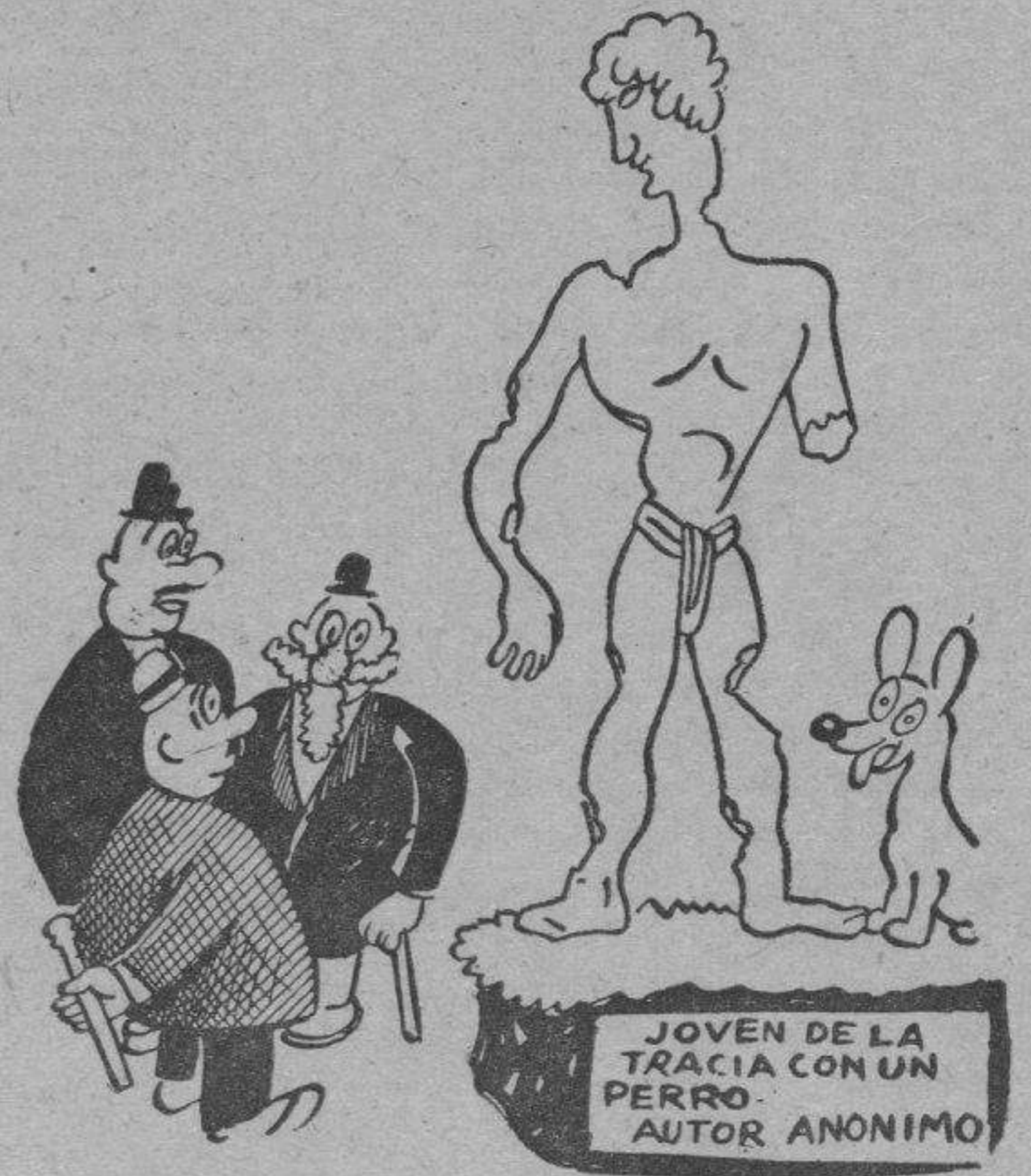
—Dos pesetas.

—¿Y sin patatas?

—Lo mismo.

—En ese caso, sírvame las patatas solas.

o o o



EN EL MUSEO

Un visitante.—¿Se conoce que el animalito estaba hidrófobo!



**DONDE HAY
NIÑOS...**



No puede faltar el
QUINIUM
LABARRAQUE

El organismo infantil precisa para su desarrollo normal y vigoroso, de fuerzas excepcionales y los padres precavidos tienen *siempre* a mano un frasco de este poderoso reconstituyente y febrífugo, que estimula todas las funciones orgánicas y aleja el temible peligro de la anemia infantil, precursora de las más graves enfermedades.



DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
DEPOSITO: MAISON FRERE 19 RUE JACOB, PARIS (60)